

CURIOSIDADES DE LA HISTORIA CON



DADOS DE COPYRIGHT

Sobre a obra:

A presente obra é disponibilizada pela equipe [Le Livros](#) e seus diversos parceiros, com o objetivo de oferecer conteúdo para uso parcial em pesquisas e estudos acadêmicos, bem como o simples teste da qualidade da obra, com o fim exclusivo de compra futura.

É expressamente proibida e totalmente repudiável a venda, aluguel, ou quaisquer uso comercial do presente conteúdo

Sobre nós:

O [Le Livros](#) e seus parceiros disponibilizam conteúdo de domínio público e propriedade intelectual de forma totalmente gratuita, por acreditar que o conhecimento e a educação devem ser acessíveis e livres a toda e qualquer pessoa. Você pode encontrar mais obras em nosso site: [LeLivros.site](#) ou em qualquer um dos sites parceiros apresentados [neste link](#)

"Quando o mundo estiver unido na busca do conhecimento, e não mais lutando por dinheiro e poder, então nossa sociedade poderá enfim evoluir a um novo nível."



¿Sabías que cuando llegaron los romanos a la Península se volvieron locos con una salsa española? ¿Que los nazis buscaron en España el Santo Grial como si de una película de Indiana Jones se tratara? ¿Que Felipe II, Bloody Mary o Isabel I estuvieron relacionados con la alquimia y la astrología? ¿Es cierta la fama de ninfómana de Isabel II? En este libro encontrarás anécdotas que explican la historia de España de forma amena y divertida. De la mano de El Ministerio del Tiempo, la exitosa serie de La 1 de TVE, descubrirás nuestro fascinante pasado desde una perspectiva diferente.

AA. VV.

Curiosidades de la historia con El Ministerio del Tiempo

A Javier Olivares, por su confianza
y por brindarnos la oportunidad de escribir este libro.
Sin él, no habríamos podido vivir
esta experiencia.
Historia 2.0

A mi padre y a mi hermano, por estar siempre ahí.
A Roberto, porque nos teníamos que encontrar.
A mi madre, porque gracias a ella soy quien soy.
IRENE

A aquellas personas que están y a los que estuvieron,
porque me han dado un cachito de ellos,
porque me han enseñado a aprender.
CARMEN

A mi familia. A Jorge.
Todo lo que salga de mi pluma
siempre será gracias a vosotros.
Y siempre para vosotros.
LALIA

A todos los que estáis ahí,
porque me habéis traído hasta aquí.
A Papiros y al Café más radiofónico,
por ser parte de este sueño
Y a ti Javi, por todo y por tanto.
AROA

A mi madre y a mi padre
por cogerme siempre el teléfono.
A David por no dejarme caer.
Vosotros lo sois todo,
ahora y siempre.
PATRICIA

LA HISTORIA DE LAS HISTORIAS

No hay conocimiento sin divulgación del mismo. Y no hay nada más patético y empobrecedor que quien divulga sin saber a fondo de lo que habla. Como guionista, sé que una de las bases esenciales de mi oficio es la documentación. Como historiador, me enseñaron a documentar hasta llegar al concepto clave de aquello que investigaba. En *El Ministerio del Tiempo*, guion e historia se funden, como ya pasara antes en *Isabel* o *Víctor Ros*, las últimas series que he creado junto a Pablo Olivares y Anaïs Schaaff. Curiosamente, mi hermano también hizo la carrera de Historia y Anaïs, la de Humanidades. A veces, la mejor formación de un guionista es estudiar otra carrera lejana al oficio para luego aprender este. Por lo menos, para hacer series como estas.

Si en *Isabel* el rigor histórico superaba el noventa por ciento de sus líneas argumentales, en *Víctor Ros* aprovechamos la excusa de la adaptación literaria de un procedimental de época para irnos a otra (1895) y seguir hablando de Historia y de Humanidades. De leyes, gobiernos, guerras, Baroja, Galdós y Blasco Ibáñez, que se pasean por la serie como necesarios compañeros de viaje.

El Ministerio del Tiempo es otra cosa: es aventura y fantasía ambientada en documentados hechos históricos que sirven de detonante para inventar historias. También es un fenómeno transmedia que genera obras como esta que tenéis en vuestras manos y que es, no podía ser menos, un homenaje a la historia. Una obra, por cierto, que tiene su origen en las propias redes sociales que tanto han hecho por esta serie.

Una noche, en Twitter, descubrí que una web —la de la Asociación Histórico Cultural Historia 2.0— analizaba cada capítulo de *El Ministerio* con relación a sus hechos históricos. Entré a leer y me encontré, estupefacto, que las mismas claves que habíamos utilizado para crear la serie eran relatadas como análisis histórico de cada capítulo. Pocas veces me he sentido más satisfecho como creador de una serie. El aroma de cada capítulo era diseccionado de manera sencilla y a la vez profunda, porque enseñaba caminos que había que seguir por los curiosos que quisieran saber más. Como queremos que haga *El Ministerio del Tiempo*. Quien quiera leerlos, aquí tiene: <http://historiadospuntocero.com/category/analizando-historicamente/el-ministerio-del-tiempo-serie-tv/>

Por eso, cuando surgió la posibilidad de este proyecto por parte de TVE y Espasa decidí volver a ejercer de *showrunner* y pedí encarecidamente que quienes escribían estos análisis capítulo a capítulo fueran las responsables del mismo. Y aquí están, de compañeras de viaje, Laia San José Beltrán, Irene Godino Cueto, Patricia Álvarez Casal, Aroa Velasco Pírez y Carmen Herranz García. Sé de su esfuerzo por estar con nosotros. Y también de su calidad como historiadoras, documentalistas y redactoras. Una calidad que solo está al alcance

de quienes se apasionan por su trabajo. Y esta es una condición indispensable para viajar por las puertas de este ministerio.

Alguien definió las redes sociales como el exhibicionismo de la estupidez y la ignorancia. No digo que no le falte razón en más de un caso. Pero generalizar es también de estúpidos e ignorantes, aunque traduzcan tus libros al alemán y tengas una tribuna semanal en uno de los principales periódicos de este país. Esta es la prueba de ello. Porque escribir series o ser historiador, fontanero o portero de discoteca requiere de conocimiento del oficio, pero también de pasión —y lo he dicho, pero la pasión es algo tan importante que hay que citarla varias veces—, ética y capacidad de comunicación. E *Historia 2.0* derrocha estas cualidades a raudales.

No contentas con ello, sus componentes tienen otra virtud: no solo saben, sino que también saben comunicar su sabiduría. Y uno, que ha tenido más de un rudo debate con departamentos universitarios metidos a analistas de series, tiene la certeza de que dichos departamentos deben seguir investigando sin tener que pensar en hacer accesible sus conocimientos al gran público. Pero también, que quienes divulgan la historia son tan necesarios como ellos. Porque vivimos en una era de comunicación. Y lo que no se comunica, no existe. Y la historia llevaba mucho tiempo escondida en los desvanes hasta que la televisión ha recordado a tantos y tantos espectadores que tenemos un pasado sin el que jamás podríamos entender nuestro presente. Sin dinamizar la sapiencia.

Uno de los momentos más felices de estos últimos tiempos fue cuando antes de una conferencia sobre la serie en Úbeda, un padre se acercó a mí con sus dos hijos. Había venido desde Sevilla para asistir a la charla: su hija se lo había pedido. Se presentó y me dijo:

—Mi hija va a ser historiadora gracias a vuestra serie. Y la mitad de sus compañeros también quiere serlo. Ven *El Ministerio del Tiempo* en clase, al día siguiente de su emisión en televisión.

Solo por cosas como esta, merece la pena hacer series. Y por supuesto, generan unas ganas irrefrenables de abrazar al profesor que utiliza *El Ministerio* como material didáctico.

No sé si en un futuro, esa niña o algunos de sus compañeros se dedicarán a la investigación. O si crearán una web de historia. O si escribirán guiones. Hagan lo que hagan, sé que ayudarán a que quienes les rodean sepan más y a que el mundo sea mejor. Porque esos niños se divierten con la cultura, primer paso para tener la intuición —y pronto tendrán la certeza— de que la cultura y el conocimiento son indispensables para que el ser humano siga siendo eso: humano. Y crítico con lo que le rodea. Y no se puede ser crítico sin memoria y sin referencias. La historia es la maestra esencial de estas materias.

Para conseguir eso, es tan indispensable quien investiga como quien divulga, y quien, por supuesto y como es el caso, hacen ambas cosas a la vez. Porque

como me dijo uno de mis profesores más queridos —Julián Gállego— hablando de la crítica de arte críptica e incomprensible —tan habitual en este país—:

—Quien ha escrito eso de esa manera o no sabe de lo que escribe o no tiene nada que decir.

De momento, tengo el honor de que esa niña y sus compañeros quieran ser historiadores. También tengo el orgullo de que Joseph Pérez —un historiador como la copa de un pino— me felicitara por hacer series como las que hacemos. Ahora, también tengo la gran satisfacción de que Laia San José Beltrán, Irene Godino Cueto, Patricia Álvarez Casal, Aroa Velasco Pérez y Carmen Herranz García escriban este libro, viajando con nosotros por la historia como funcionarias de lujo de *El Ministerio del Tiempo*. Gracias por acompañarnos.

JAVIER OLIVARES

PREHISTORIA Y EDAD ANTIGUA

TIEMPOS REMOTOS

ELENIGMA DE LOS VEINTIOCHO CADÁVERES

Imaginémonos un idílico vergel prehistórico, un lugar en donde corre un río con abundante agua, lleno de cantos de piedra con los que hacer herramientas. Un lugar con numerosos animales como ciervos, uros o los peligrosos osos cavernarios —mucho más grandes que los osos actuales— que caían en las simas o agujeros naturales, ahorrándoles a nuestros antepasados tener que salir a cazar.

Este lugar es la conocida Sierra de Atapuerca, en donde el equipo de arqueólogos ha encontrado numerosos restos y yacimientos. Al excavar una de las simas en las que se esperaba hallar herramientas de hace 427.000 años y restos de animales se encontraron más de seis mil restos óseos pertenecientes a unos veintiocho individuos de la especie *Homo heidelbergensis*.

Para hacernos una idea de cómo eran físicamente, debemos imaginar humanos con rasgos de simios: eran hombres y mujeres más bien bajitos y robustos, sus rostros carecían de barbilla y tenían unos arcos sobre los ojos muy marcados, muy parecidos a sus descendientes, los conocidos neandertales.

Otro de los enigmas que encierra la sima fue el sorprendente hallazgo de una única herramienta de piedra bautizada como Excálibur. Esta herramienta es de un inusual color rojizo y nunca fue utilizada. ¿Qué hacía junto a los cuerpos? ¿Se le cayó a alguno mientras arrojaba los cuerpos o lo tiraron allí a propósito? Si tomamos esta última como la acertada, implicaría que nuestros antepasados, aparte de ser grandes artesanos de la piedra, también tendrían algún tipo de conciencia grupal. Es decir, hoy en día lamentamos la muerte de nuestros seres queridos, pues ellos podrían haber sentido algo así. O bien es una ofrenda a algo o a estos fallecidos. Eso nunca lo sabremos con certeza.

Mucho antes de esta especie hubo otra, una nueva descubierta y bautizada en Atapuerca como *Homo antecesor*. Si los veintiocho muertos de la Sima de los Huesos tenían rasgos simiescos o de mono, estos los tenían aún más acentuados. Lo que llama la atención son las marcas que presentan los huesos. No son de animales, no son de rotura por una caída, son marcas de canibalismo, marcas de herramientas que hicieron otros de su misma especie.

No es la primera vez que se descubren muestras de canibalismo en la historia de la evolución, pero cada vez que se encuentra es impactante. En la mayoría de los casos estas prácticas ocurrían como parte de un ritual; sin embargo, en este caso podría tratarse de un canibalismo territorial; es decir, otro grupo de la misma especie los atacó para quedarse con el territorio y aprovecharon para comerse a los miembros del otro grupo.

¿UN TECHO LLENO DE BUEYES?

Y es que quien descubrió las pinturas rupestres de la famosa cueva de Altamira no fue otra que la pequeña María, hija del erudito Marcelino Sanz de Sautuola. Una mañana de 1879, mientras el padre interesado en buscar objetos prehistóricos que había visto en la Exposición Universal de París miraba por el suelo, la hija se dedicó a observar las paredes y el techo de la cueva. En ese momento se cuenta que le dijo a su padre:

—¡Mira, papá, hay bueyes en el techo!

El hombre alzó la vista y observó numerosos bisontes de un rojo sangre, con los detalles y el perfil en negro. Unos saltaban, otros dormían y otros mostraban la lengua fuera como si hubieran huido de algún enemigo.

Los científicos franceses al principio creyeron que era una falsificación, hasta que se descubrieron otras cuevas en Francia también con pinturas rupestres, y no les quedó más remedio que retractarse, aunque ocurrió cuando Marcelino ya había muerto devastado entre calumnias y tachado de mentiroso.

Esta es la llamada Capilla Sixtina del Paleolítico, o de la prehistoria. Una o varias personas entraron en esta cueva hace más de 15.000 años y pintaron figuras de animales como los famosos bisontes y la cierva, y numerosas formas abstractas cuyo significado aún desconocemos.

Los hombres y las mujeres de la prehistoria decoraban las paredes con figuras de animales que representaban la fauna que habitaba durante la Edad de Hielo, un periodo donde los glaciares cubrieron el norte de Europa y zonas montañosas como los Pirineos. Estas pinturas debían de tener alguna intencionalidad, posiblemente simbólica, ya que a las figuras de animales les acompañan manos, puntos, líneas y símbolos sexuales femeninos.

Según los estudios antropológicos, estos símbolos están relacionados con visiones que se tienen tras la ingesta de alucinógenos, posiblemente por los guías espirituales que realizarían estas pinturas y a los que se les conoce como chamanes o brujos. Aunque también se cree que algunos de estos dibujos — como las manos estampadas en la pared— serían mensajes entre diferentes grupos.

La cueva de El Castillo, muy cercana a Santander, fue habitada por neandertales y por los *Homo sapiens*, es decir, por nuestra especie, y aquí encontramos numerosos símbolos como el famoso techo que contiene unas treinta y dos manos de diferentes individuos. En medio de un camino hay una estalagmita, una columna de calcita que se forma desde el suelo, que fue retocada en tiempos prehistóricos y cuando se ilumina por detrás aparece la sombra del llamado hombre-bisonte, un híbrido cuyo significado aún se desconoce.

¿Qué significaban las pinturas para la gente de la prehistoria? ¿Por qué

eligieron lugares concretos dentro de las cuevas? Estas y otras muchas preguntas no tienen de momento respuestas.

UNA MODELO PREHISTÓRICA

Durante la prehistoria aparecen por toda Europa unas figurillas de mujeres, la mayoría sin rostro, en hueso y en piedra. Son de pequeño tamaño, por lo que los grupos las portarían de un lugar a otro; algunas incluso tienen marcas de haber sido atadas con una cuerda, por lo que posiblemente se usaran a modo de colgantes.

No sabemos su significado pero todas siguen un mismo patrón: caderas anchas, vientre marcado y senos grandes. Este patrón se corresponde con una simbología de abundancia y fertilidad. Tenemos que tener en cuenta que estas comunidades debían sobrevivir al clima adverso de la Edad de Hielo, tenían que arriesgar sus vidas luchando contra los leones cavernarios o los lobos, tenían que cazar animales que triplicaban su tamaño como los megaceros —una especie de ciervo— o los bisontes.

Estos habitantes debían de rendir culto a un tipo o idea de divinidad femenina, a un concepto de fertilidad y abundancia, necesario para poder sobrevivir. No solo tenemos muestras en pequeñas esculturas, también se han encontrado grabadas en las cuevas junto a otros símbolos femeninos como las vulvas.

CALENDARIOS SOLARES

Con la llegada de la agricultura y la ganadería, nuestros antepasados tuvieron la necesidad de controlar el tiempo, los días y las estaciones. Querían saber cuándo debían plantar, cuándo cosechar y cuándo se iniciaba el frío invierno, y para ello se fijaron en el cielo. La élite religiosa aprendió no solo que la luna iba cambiando su forma según avanzaba el mes, sino que comenzó a fijarse en la duración de los días, detectando los solsticios de verano e invierno y los equinoccios de primavera y otoño.

Aunque parezca paradójico, la llegada de la agricultura significó muchas veces hambre y miseria, ya que aun controlando los días, no podían predecir el tiempo, ni medir la calidad del suelo para cultivar y no podían dominar las plagas de insectos. Tener o no una cosecha no solo dependía de los días. Por este motivo es muy posible que crearan una religión y un sistema de distracción de la población en torno a los ciclos solares.

Mientras había hambrunas o no era tiempo de cosechas, la élite ordenaba construir o levantar grandes monumentos con bloques de piedra denominados megalitos. A veces estos se usaban de tumbas colectivas —sobre todo en tiempos tempranos—, pero después las construcciones pasaron a funcionar como un

calendario, así que se colocaban de tal manera que una o varias de las piedras se iluminaban o señalaban un punto concreto con su sombra durante algunos días al año al amanecer o al atardecer coincidiendo con los solsticios o equinoccios.

Existen numerosos casos en Europa —el más conocido es el de Stonehenge—, pero en España también hay ejemplos como son los dólmenes de Antequera. Estas comunidades debían arrastrar, mediante un sistema de cuerdas y troncos por el suelo, bloques de más de siete metros de altura y de hasta de ciento ochenta toneladas de peso, y colocarlas en vertical por medio de rampas y zanjas. Estos dólmenes también tienen orientaciones hacia los equinoccios y solsticios, como por ejemplo el dolmen de Viera (Antequera), que ilumina su interior durante el equinoccio de otoño.

CUANDO LA SAL VALÍA MÁS QUE EL ORO

La sal era, durante la prehistoria y la Edad Antigua, un elemento indispensable para la conservación de los alimentos. Este preciado elemento no se extraía a través de las salinas que podemos ver en las zonas costeras, sino de minas. Llegó a ser tan valioso que durante la época de los primeros celtas era considerado mucho más valioso que el oro, por eso se conoce comúnmente como el oro blanco de la prehistoria.

Daba poder y prestigio y era un artículo de lujo que no todo el mundo podía permitirse, ya que no solo servía para la conservación de los alimentos, sino que se hacían tintes —como el preciado púrpura— y permitía la unión del oro y de la plata en la orfebrería. También tiene propiedades antisépticas, por lo que sirvió, además, como medicamento.

Este elemento ha sido de gran utilidad para conocer de primera mano a los celtas, pues si nos trasladamos a las minas de sal que hay en Austria podemos ver objetos orgánicos conservados, como piel con la que hacían los sacos para transportar la sal o zapatos.

El número de minas aumentaría y se descubrirían otros medios para conseguir la sal: la evaporación del agua del mar o la ignición, como se ha observado en Fuente Camacho, Granada.

LOS QUE VINIERON DEL NORTE

LA CULTURA CELTA

Los celtas o keltos estaban compuestos por distintas tribus o grupos que compartían una misma cultura, lengua y religión. Ejemplo de ello son los famosos galos y los britanos; en la Península están los insurrectos vetones o los arévacos entre otros muchos. Cada pueblo estaba dirigido por un líder elegido por el resto de la élite guerrera por sus cualidades de mando y sus aptitudes en la lucha.

Conocemos sus costumbres, su religión y la lengua que hablaban, pero ¿cómo llegaron a la península ibérica? En origen, desde mucho antes de que llegaran los griegos y los romanos, la zona atlántica de la Península —es decir, lo que correspondería a Galicia, Asturias y Portugal— ya tenía contactos comerciales con el noroeste europeo —las islas Británicas y la Bretaña francesa—. Comerciabán con metales preciosos, oro, plata y con armamento inicialmente en bronce y luego en hierro.

Aunque en principio se habló de la invasión de los pueblos celtas, en realidad estos llegaron desde el norte y entraron en la Península expandiéndose por todo el noreste y el centro. Parece ser que fueron llegadas progresivas y que la población autóctona adquirió sus costumbres y su modo de vida, ya que no hay pruebas de signos de violencia, ni guerras, ni incendios ni nada que demuestre que fuera una invasión.

Los griegos y romanos los describían como altos y delgados, con la tez clara, cabellos rubios y ojos azules. Los varones se caracterizaban por llevar largos bigotes y barbas cortas —así nos vienen imágenes de los cómics de *Astérix* y *Obélix*—. Vestían túnica larga y pantalones, además portaban joyas en oro y plata muy bien trabajadas, como las famosas fíbulas para sostener la capa, o los torques, collares de oro y plata macizos en forma de herradura. Las mujeres también llevaban este tipo de joyas, la ropa era similar a la masculina, solo que la túnica era más larga. Son en las tumbas masculinas y no en las femeninas donde se encuentran pinzas de depilación y navajas para afeitarse, lo cual choca con las sociedades actuales en donde la higiene femenina es más acusada que la masculina —heredado del mundo romano, totalmente opuesto al celta—.

Cuando no estaban enfrentados a los propios romanos, eran fieros y excelentes guerreros que formaron parte de las filas del ejército romano como mercenarios. Se habla de mujeres mercenarias, mujeres entrenadas y preparadas para combatir. Un ejemplo de ello es la reina Boadicea, que dirigió a su pueblo en su lucha contra los romanos.

Se saben muchas cosas de este pueblo a través de los escritores griegos y romanos —el propio Cicerón tenía a un amigo druida con el que se carteaba—. Hay que tener especial cuidado al leerlos porque los escritores se encargaban de engrandecerles o denigrarlos en función de los intereses políticos que el propio escritor tuviera. Tenemos historiadores que engrandecen a Viriato aunque luego los romanos le vencen. Cuentan que un celta antes de entregarse a la esclavitud romana acababa con su propia familia y luego se suicidaba. El honor y el orgullo de ser quienes eran debían prevalecer sobre la vida.

FIESTAS PAGANAS QUE AÚN CELEBRAMOS

Al llegar el cristianismo a tierra celta, tuvo que adaptarse a las fuertes costumbres que tenían estas gentes y que ni siquiera los romanos al conquistarlos habían logrado eliminar. Estos pueblos paganos no solo celebraban banquetes y libaciones en honor a sus dioses; sino que sus dioses eran la propia tierra, la propia naturaleza y su adoración estaba ligada a ellos y a sí mismos. Celebraban el inicio de las cosechas y su fin, celebraban los solsticios, los cambios de estación, la vida y la muerte.

Muchas de estas festividades se debilitaron hasta el punto de desaparecer, pero muchas otras se readaptaron a las religiones monoteístas que estaban apareciendo. Así pues, el cristianismo adoptó las festividades importantes de esos pueblos y, por ejemplo, el solsticio de verano, Litha en el mundo celta, se convirtió en lo que hoy conocemos como San Juan.

La actual fiesta de Halloween —llevada a Estados Unidos por los millones de inmigrantes irlandeses durante el siglo XIX y principios del XX— es una reinterpretación de la antiquísima fiesta de Samhain celta —el equinoccio de otoño—. La conmemoración de los fieles difuntos o día de todos los santos fue instituida por el papa Bonifacio IV en el siglo VII para suplantar este festival pagano.

Originalmente, la fiesta del Samhain era la celebración del año nuevo celta. Se cree que lo festejaban durante tres días y que era su fiesta más importante. Solían encender miles de velas para conmemorar la muerte del «dios» cornudo que volvería a renacer en la fiesta de Imbolc, que era la fiesta de las luces y de la purificación, donde resurgía el dios y los días se alargaban. El cristianismo nuevamente actuó y le cambió de nombre: la Candelaria, época en la que se sucede la purificación de la Virgen María —1 y 2 de febrero—.

¿Sabías que...?

La tradición de vaciar calabazas y hacer con ellas caras diabólicas es la continuación de la del *Samhain*, fiesta en la que se vaciaban nabos de gran tamaño para poner velas dentro.

Otra de las grandes fiestas paganas fue Beltane, que indicaba la mitad del año. Se celebraba aproximadamente el 1 de mayo y estaba dedicada a la diosa madre. Curiosamente, en este mes también se celebran multitud de fiestas relacionadas con la Virgen. En Irlanda se sigue festejando el inicio de la época calurosa, como el «portal» del verano.

Uno de los pueblos paganos de esa época fue el propio Imperio romano, donde también se celebraba el solsticio de invierno con un significado muy similar al de los vikingos o germanos —« cuando el sol vence a las tinieblas y los días empiezan a alargarse»—. Sin embargo, en el año 313 el emperador Constantino I decretó la libertad de culto y el cristianismo dejó de perseguirse gracias al edicto de Milán. En el 380 el emperador Teodosio I promulgó otro edicto —el de Tesalónica—, por el que el catolicismo se convertiría en la religión única y oficial del Imperio.

Como era de esperar, el pueblo romano no se cristianizó de golpe y siguió celebrando sus festividades ancestrales, por lo que a la Iglesia no le quedó otro remedio que llevar a cabo una estrategia de absorción de las costumbres paganas dándoles un nuevo sentido cristiano. Si lo que celebraban los romanos era que el sol vencía a las tinieblas, la Iglesia le dio un nuevo significado; el nacimiento de Jesucristo era «ese» sol vencedor a las tinieblas. ¿Pero por qué el 25 de diciembre exactamente? Algunos autores creen que es mera coincidencia y que ese día no tiene nada que ver con el paganismo; sin embargo, esta hipótesis carece de sentido cuando somos conscientes de que ninguna otra teoría histórica avala el nacimiento de Jesús como real en esa fecha. No hay evidencias que así lo confirmen.

¡Dato Curioso!

No se sabe muy bien si fue en 336 o en 379 d.C. cuando aparece por primera vez la palabra Natividad y Navidad en el calendario romano. Lo que sí está claro es que a mediados del siglo IV dejó de celebrarse el nacimiento del Sol y comenzó a festejarse el de Jesús.

Otros autores creen que se escogió el 25 de diciembre para hacerlo coincidir con el solsticio de invierno de los romanos paganos. Estos tenían una festividad llamada Saturnalia, en honor a Saturno, que comenzaba el 17 de diciembre y duraba siete días. Al final de Saturnalia —el 25 de diciembre— se celebraba el Natalis Invictis Solis o Deus Sol Invictus, el nacimiento del sol invencible dedicado al dios Apolo.

Ese mismo 25 de diciembre se festejaba también la fiesta de Brumalia, que coincidía con el solsticio y que estaba dedicada al dios Baco. Durante esos días los romanos descansaban, no guerreaban, intercambiaban regalos e incluso los esclavos recibían prebendas como raciones extras de comida o, incluso, la liberación.

LA ATLÁNTIDA Y SU ÚLTIMO REY

Tartessos fue una cultura de la Edad del Bronce —finales del siglo IX a. C.— que surge gracias a los contactos de la cultura autóctona con los fenicios y griegos que llegaban por mar. Se localiza en el bajo Guadalquivir y su crecimiento se debió en parte a las riquezas mineras de esta zona.

Muchos investigadores lo asociaban con una ciudad concreta —cuando realmente se sitúa en una amplia zona del sur peninsular—, aunque otros la han identificado como la ciudad perdida de la Atlántida, lo cual es un error porque la Atlántida es un mito.

Ambas culturas se confunden porque las dos se encontraban en la orilla occidental del Mediterráneo. Este equívoco se debe a Platón, quien en sus diálogos dice que la Atlántida era una isla situada frente al estrecho y conocida como las Columnas de Hércules, que desapareció en un solo día en las profundidades del mar. Y esta es la única referencia histórica que tenemos de la

mítica ciudad.

¿Sabías que...?

Las Columnas de Hércules se refieren al actual estrecho de Gibraltar, y era el límite del mundo conocido por los griegos. El nombre se debe a los textos griegos que dicen que Hércules, en su décimo trabajo —el del ganado de Gerión— colocó dos columnas aquí a modo de monumento. Dichas columnas las podemos ver hoy en el escudo de España.

Argantonio, el último rey de Tartessos, es conocido por su enfrentamiento con los fenicios. Tartessos era rica en plata y los fenicios decidieron dejar de comprar plata allí para obligarles a bajar el precio. Argantonio enfureció, pues la supervivencia de mucha de su gente dependía de ese comercio fenicio, así que decidió darles un escarmiento y atacó dos factorías fenicias. Los fenicios respondieron al ataque asaltando su ciudad en el momento en el que estaba más desprotegida. La ciudad quedó totalmente destruida y los habitantes masacrados. Argantonio, en un intento por salvar su ciudad, cayó también frente a los fenicios. Tan solo un hombre sobrevivió, y escondiéndose entre los cadáveres, robó las insignias reales de Argantonio y salió corriendo en busca de Terión, el hijo y heredero del rey, a quien se las entregó. Terión, no queriendo que los fenicios se hicieran con las joyas, las metió en una vasija y las enterró al lado del río. Terión murió luchando y nadie fue en busca de las joyas tras la batalla. El tesoro fue olvidado hasta que en 1958, realizando unas obras en el cerro del Carambolo, fue encontrado por unos trabajadores.

¿Sabías que...?

El tesoro del Carambolo está formado por veintiuna piezas de oro de veinticuatro quilates. Son joyas decoradas y presentan un estado de conservación muy bueno.

EL PAÍS DE LOS CONEJOS Y SUS TOSCAS COSTUMBRES

El pueblo fenicio, procedente del Líbano, llegó a nuestras costas entre los siglos XI y V a. C., buscando metales y su propia expansión. Fundaron muchas ciudades que hoy en día siguen en pie, y comerciaron con los indígenas, los pueblos ibéricos.

Los fenicios llamaron a nuestra tierra «el país de los conejos» —que en fenicio es I-shepham-im, por la gran cantidad de conejos que había—. Por estas fechas también empezaron a llegar los griegos, quienes llamaron a la Península, Iberia —tierra del río Iber (Ebro)—, y así todos los habitantes se conocieron como los iberos. Y este es el nombre que se quedó, hasta que los romanos prefirieron la forma fenicia y trasladándola a su lengua se convirtió en Hispania.

Los iberos eran de mediana estatura, morenos, con el pelo recogido en trenzas, barba rasurada, y vestían con calzones.

El geógrafo Estrabón (64 a. C.-20 d. C.) decía que los pueblos ibéricos tenían ciertas conductas salvajes, que eran incapaces de aguantar la vida civilizada. Aunque había diferencias y diferentes grados de salvajismo, el sur de la Península era el más civilizado por la influencia de los fenicios, y el norte mucho más bárbaro:

Todos los habitantes de la montaña son sobrios: no beben sino agua, duermen en el suelo, y llevan cabellos largos al modo femenino, aunque para combatir se ciñen la frente con una banda. Comen principalmente carne de cabrón. Practican luchas gímnicas, hoplíticas e hípicas, ejercitándose para el pugilato, la carrera, las escaramuzas y las batallas campales.

En las tres cuartas partes del año los montañeses no se nutren sino de bellotas, que, secas y trituradas, se muelen para hacer pan, el cual puede

guardarse durante mucho tiempo. Beben *zýthos*, y el vino, que escasea, cuando lo obtienen se consume enseguida en los grandes festines familiares. En lugar de aceite usan manteca. Los alimentos se hacen circular de mano en mano; mientras beben, danzan los hombres al son de flautas y trompetas, saltando en alto y cayendo en genuflexión.

A los criminales se les despeña, y a los parricidas se les lapida, sacándolos fuera de los límites de su patria o de su ciudad. Se casan al modo griego. Su sal es purpúrea, pero se hace blanca al molerla. Así viven estos montañeses, en el lado septentrional de Iberia.

Tenían costumbres un poco raras, como poner a los enfermos en las calles para que los transeúntes los examinaran y dijeran si conocían algunos remedios para aquellas dolencias.

Costumbre rara o higiénica, ya que algunos investigadores piensan que esto sería cierto para evitar la propagación de enfermedades. Aunque esto tiene su origen en el pueblo fenicio. Otra costumbre que tenía su origen en el pueblo fenicio consistía en colocar en la puerta el tratamiento para la enfermedad curada, tradición tomada por los griegos.

Una de las muestras más significativas del arte ibérico es la archiconocida Dama de Elche. Fue hallada en agosto de 1897, en L'Alcudia de Elche. Un tan Manuel Campello Esclapez estaba picando su tierra y a esto que el pico topó con algo duro. Pero no se trataba de una piedra. Empezó a retirar los escombros y ante él apareció la hermosa cara de la Dama y pronto la noticia del descubrimiento recorrió España y su país vecino, Francia.

Los franceses, que supieron ver el incalculable valor de esta pieza, la compraron por unos cuarenta mil francos —veinte euros más o menos de ahora— para llevarla al Louvre de París, donde pasó los siguientes cuarenta y cuatro años hasta que en 1941, después de que los nazis invadieran la ciudad, el gobierno francés la intercambió con el español por unos cuadros del Greco y de Velázquez.

VIRIATO Y LOS TRAIADORES

La conquista romana de Hispania comenzó tras el desembarco romano en Ampurias en el año 218 a. C., y no fue totalmente conquistada hasta el año 19 a. C. por César Augusto. Uno de los grupos que más problemas dio a los romanos durante la conquista fueron los celtíberos. Dentro de este gran bloque hay numerosas etnias entre las que están los lusitanos, con uno de los míticos personajes considerado uno de los héroes de nuestra historia: Viriato.

Viriato fue el líder de los lusitanos durante el siglo II a. C., momento de la conquista de la península ibérica por parte de los romanos. Su figura es

importantísima porque llegó a dar verdaderos quebraderos de cabeza a Roma, frenando su expansión en el suroeste de la Península.

Existe una anécdota de Viriato de la que se duda de su veracidad, pero la cuentan los historiadores clásicos y tiene un final con moraleja. La leyenda narra que una localidad de Jaén, leal a Viriato, se pasó pronto al lado romano, y este, cansado de este pueblo tan «chaquetero» les relató la historia de un hombre casado con dos mujeres: una joven y otra vieja. Con la joven, para que no desentonara con ella, le fue arrancando las canas de su cabeza; mientras, la vieja, le fue arrancando los pelos negros. Al final el hombre acabó calvo.

Lo que estaba haciendo Viriato era en realidad contar la historia de esta localidad, que mientras los romanos les mataban, ellos se aliaban con el enemigo y así se iba quedando despoblada.

Los romanos por fin consiguieron vencerle, aunque de una manera muy ruin. Roma compró a tres de sus compañeros y estos le asesinaron. Cuando los tres fueron a pedir cuentas de la parte que les tocaba, el cónsul Escipión ordenó que fueran ejecutados por traidores, al tiempo que les decía «Roma no paga traidores», frase que ha pasado a la posteridad.

Las leyendas cuentan que las cenizas de Viriato terminaron junto a las de su mujer, y fueron esparcidas por la Ciudad Encantada de Cuenca.

Pero Viriato, como buen guerrero, siguió proporcionando historias una vez muerto, algunas incluso muy recientes, como es el caso de la inauguración de su estatua en Zamora. Y es que en 1882, el escultor Eduardo Barrón terminaba en Roma su estatua de Viriato, adquirida por España y que actualmente pertenece al Museo de Arte Moderno. Pero claro, no era una estatua para estar encerrada, así que el célebre político Federico Requejo consiguió que fuera cedida a Zamora, y la buscaron sitio: en la plaza del Hospital de la Encarnación —hoy conocida como plaza de Viriato—. Y así fue como en 1903, el líder lusitano quedó subido al pedestal y envuelto en un lienzo blanco esperando su inauguración. Pero la inauguración no llegaba y ningún organismo oficial se hacía cargo de ello. Así que un buen día, un albañil de la zona, hostigado por los transeúntes, se subió a la estatua y la inauguró él mismo. Y como corresponde a una buena inauguración, comenzaron las fiestas capitaneadas por un grupo de intelectuales, y para así llamar la atención sobre el desinterés de las autoridades.

CÉSAR E HISPANIA

Antes de que el gran Julio César fuese emperador, ya estuvo por nuestra Península en busca de inspiración. Y es que al tener que tratar ciertos asuntos económicos por aquí, llegó hasta Gadir —la actual Cádiz—, en donde se encontraba el Templo de Júpiter.

Los historiadores clásicos cuentan que en este lugar se encontró con la

escultura de su idolatrado Alejandro Magno, que se echó a llorar y que en ese momento afloraron sus aspiraciones de poder, pues se comparaba con el gran Alejandro. Así que ni corto ni perezoso se volvió a Roma e hizo todo lo posible por llegar al máximo poder.

Tanto poder hizo que al final todo el mundo hablara de su vida privada. Se le relacionó con el rey Nicomedes IV de Bitinia. Parece ser que ambos tuvieron un vínculo que fue más allá de lo político, provocando todo tipo de comentarios. Incluso el gran Cicerón hablaba de ello: « Los guardias del rey le acompañaron y se acostó en un lecho de oro revestido de púrpura ». Además, Nicomedes ofreció un banquete en el que César aceptó ser su copero « a imitación de algunos efebos seductores que componían el harén de su regio amigo ». También contaba que César fue llevado a la cámara real y que se acostó en la cama de oro cubierta de púrpura. Las malas lenguas comenzaron a decir que César sometió las Galias y Nicomedes a César.

¿ Sabías que. . . ?

La famosa frase de *veni, vidi, vici* fue pronunciada por Julio César describiendo una de sus victorias frente al Senado. Significa «vine, vi y vencí».

Pero no solo le iban los reyes a nuestro querido César; también era amante de varias mujeres. Sus soldados, el día del triunfo sobre las Galias, cantaban: « Ciudadanos, esconded a vuestras esposas; aquí traemos al adúltero calvo » .

En la batalla era el más entregado y en cierta ocasión, en la guerra de Alejandría, tuvo que nadar unos doscientos pasos hasta una nave para salvar su vida, llevando en la mano los escritos y cogido con los dientes su manto de general —no fuera a ser que se despistase y se lo quitasen—.

¿ Sabías que... ?

Cuando llegaron los romanos a la Península se volvieron locos con una salsa española: el garum; una especie de pasta de anchoas con hocicos, intestinos y peces grandes —como atún o muerna— fermentado al sol. Se añadía a casi todas las comidas y era considerada afrodisíaco y consumido solo por las clases altas. El aliento de los que la tomaban no debía ser muy agradable, porque el poeta Marcial relataba que si recibías una tufara de aliento pestilente, «ecce, garum est».

Uno de los capítulos más repetidos de la historia respecto a la conquista romana es la del asedio de Numancia —que podríamos comparar con la resistencia gala de los personajes de *Astérix y Obélix*, aunque nosotros no tenemos nada que envidiarles—. Y es que al ser una zona de extremado interés estratégico, Roma lo quería para sí, así que asedió a la ciudad durante largo tiempo. Finalmente, Roma venció, pero Numancia fue destruida por los propios habitantes, ya hambrientos y exhaustos tras el asedio de Publio Cornelio Escipión.

Cuando cayó Numancia, los romanos se adueñaron de toda la Península, salvo el norte, donde cántabros, astures y vascones aún darán que hablar.

¿ Sabías que... ?

Los romanos consideraron el cabo Finisterre, en la costa gallega, como el punto más occidental del mundo. Vamos, que era el fin del mundo por entonces.

La Península se romanizó poco a poco, y las nuevas gentes se adoptaron a las novedades. Como fue el caso del atleta lusitano Diocles, uno de los mejores aurigas de todos los tiempos, un ídolo de multitudes de las carreras de carros —el fútbol de ahora—, que comenzó con dieciocho añitos y se retiró a los cuarenta y dos, con mil quinientas victorias a sus espaldas.

Pero a Roma lo que más le gustaba eran las artistas de variedades de Cádiz. Los banquetes señoriales, si querían estar a la última, debían tener una actuación de algún grupo de *puellae gaditanae*, quienes cantaban y bailaban al son de las castañuelas andaluzas. Pero no solo bailaban, pues los romanos eran un poco golfos y las gaditanas se dejaban querer.

¿ Sabías que... ?

Las castañuelas son un instrumento ya conocido por los fenicios quienes mediante su comercio las distribuyeron por todo el Mediterráneo.

EL ACUEDUCTO DEL DIABLO

Una de las obras constructivas romanas que aún se conservan en pie en nuestro país es el acueducto de Segovia. Una obra de ingeniería maravillosa para la época en la que se construyó, pero que se creía que era una obra del diablo.

Una leyenda cuenta que una niña debía recorrer los quince kilómetros distantes entre la ciudad y el río para buscar agua, y que no dejaba de lamentarse por el largo camino que tenía que andar. Un día, mientras clamaba que daría lo que fuera por no tener que hacer el recorrido, el diablo, siempre presto a este tipo de servicios, se le apareció, y ella aceptó enseguida el trato que este le propuso: darle su alma si él conseguía acercar el agua a la ciudad antes del amanecer. Existen varios finales de la leyenda: unos dicen que la niña enseguida se arrepintió; otros que la niña era muy astuta y despertó al gallo antes, adelantando el amanecer y así el diablo no pudo terminar su obra a tiempo. Fuera como fuere, el acueducto de Segovia sigue en pie.

EDAD MEDIA

CASI QUINCE SIGLOS, QUE SE DICE PRONTO

La Edad Media es uno de los periodos más largos de nuestra historia. Si queremos fechas, entre el año 472, con la caída del Imperio romano, y 1492, con el descubrimiento de América.

Ahora bien, dentro de cada país o territorio las cosas variaban un poco; por ejemplo, muchos historiadores consideran que en el caso concreto de la península ibérica, el verdadero cambio que propició un antes y un después no fue especialmente la caída del Imperio romano, sino la conquista musulmana del territorio ibérico, ya que tras los romanos en la Península se establecieron los visigodos y estos no supusieron una ruptura, sino más bien un continuismo tácito del sistema romano.

A principios del siglo VIII los musulmanes, procedentes del norte de África, entraron en la península ibérica y la ocuparon casi en su totalidad, quedando solo fuera su dominio la zona más norte.

Los omeyas constituían el linaje árabe que ejerció el poder primero en Oriente, con capital en Damasco, y posteriormente en al-Ándalus, con su capital en Córdoba.

Un califa es el cargo sucesor y delegado del profeta Mahoma tras su muerte en la gobernación o dirección de la comunidad islámica. Y un califato vendría a ser algo similar a un Estado musulmán o islámico. Y eso es lo que hubo en al-Ándalus.

628-634	Dominio completo de la Península Árábica
634-638	Dominio de la zona de Siria
638-643	Dominio de Egipto
636-642	Dominio de Mesopotamia
644	Dominio de Libia
642-650	Dominio de Persia
670	Dominio de Marruecos
705	Dominio del Norte de África

Pero los musulmanes no entraron en la Península a lo loco, sino que llevaron a cabo un plan meticuloso. En el año 687 se produjo la primera incursión musulmana en las costas levantinas y en el 710 tenía lugar la conquista de Ceuta, una fortaleza por la que habían pugnado visigodos y bizantinos durante largo tiempo y que por aquel entonces estaba en manos hispánicas.

Se considera la batalla de Guadalete (711) el inicio de la invasión y conquista árabe y el punto final de la Hispania visigoda. Esta batalla se produjo cerca del río Guadalete entre las tropas del último rey visigodo, Roderico o don Rodrigo, y las tropas del califato omeya de Walid I, comandado por Tāriq ibn Ziyād. Don Rodrigo perdería la vida en esta batalla.

¿ Sabías que... ?

La isla de Tarifa debe su nombre al líder musulmán Tarif, comandante de Táriq, que desembarcó en ella con sus tropas en el año 710 como preludio a la conquista de la península ibérica.

Leyenda o realidad, sí que existen hipótesis que apuntan a que estos acercamientos y primeros tanteos que dieron lugar finalmente a la invasión, habrían sido posibles por los tratos entre los musulmanes y aquellos hispanos opositores a las élites visigodas y a la subida al trono de don Rodrigo. Para ponernos en contexto, a finales del 710 o principios del 711 moría el rey Witiza y le sucedía don Rodrigo, dux de la Bética, nieto aparentemente de Chindasvinto, y elegido y proclamado rey en Toledo por el Senatus de la aristocracia visigoda. Sin embargo, esta decisión no terminó de convencer a toda la nobleza y un sector de esta apoyó a Agila II, dux de la Tarraconense, que gobernaría como rey en el nordeste —sur de Francia, actual Cataluña, Valle del Ebro—. Aparentemente Agila II habría sido rey asociado a Witiza y probablemente formase parte de su plan sucesorio, ya que lo encontramos acuñando moneda propia desde el año 708.

En el año 716 los árabes se dirigieron hacia los Pirineos en un intento de penetrar en el Imperio carolingio —lo que hoy sería Francia—. Sin embargo, su campaña por tierras francesas fracasó; en el año 732 tenía lugar la batalla de Poitiers o batalla de Tours entre el ejército musulmán y el ejército carolingio. La contienda se saldó con la derrota musulmana, una derrota que supuso el inicio del retroceso islámico y puso freno a la expansión musulmana desde la península ibérica.

Población	
Mudéjares:	árabes musulmanes que permanecían en territorios cristianos tras ser reconquistados los dominios musulmanes con la Reconquista. En un principio se les permitió seguir practicando su religión, el islam, su lengua, el árabe, y sus costumbres.
Moriscos:	musulmanes bautizados y convertidos al cristianismo que habitaban en la península ibérica tras la conversión forzosa implantada por los Reyes Católicos.
Mozárabes:	población de origen hispanovisigodo y cristiano que vivía en territorio bajo dominio musulmán durante la Reconquista. En el siglo VIII supusieron alrededor del noventa por ciento de la población; en el XII la mayoría de ellos se habían convertido o habían sido deportados y desterrados al norte de África.

La invasión islámica fue prácticamente una penetración relámpago; se conquistó la Península en muy pocos años y se tardó alrededor de ocho siglos en reconquistar todos los territorios ocupados por los árabes.

A raíz de la conquista musulmana la sociedad y la población que habitaba la península ibérica se diversificó considerablemente.

De una parte estaba la población cristiana, sustancialmente desigual y a que el reparto de tierras provocado por el avance de la Reconquista beneficiaba en su mayoría a la nobleza guerrera, que iría acumulando en su haber grandes posesiones. Era una sociedad eminentemente ganadera y en la que arraigó profundamente el sistema feudal de señores y vasallos.

De otra parte, la población musulmana —mudéjares—, cuya sociedad se dedicaba a la agricultura y a la pequeña industria. Por último, la población judía, que se dedicaba principalmente al comercio, al negocio de los préstamos y a la artesanía y que llevaba en la Península desde tiempos de los romanos.

LA HERENCIA MUSULMANA

En los ocho siglos en los que los musulmanes estuvieron en al-Ándalus dejaron un amplio legado cultural: inventos, productos, lenguaje, ideas, etc. La sociedad árabe del medievo era, probablemente, la más avanzada del momento

en muchísimos aspectos y los cristianos no dudaron en recoger y adaptar. Introdujeron productos hasta entonces desconocidos: desde Asia la seda, el algodón, el papel, las alfombras y la pólvora.

También trajeron alimentos como el arroz, el café, la naranja, el limón, el melón, las alcachofas, las zanahorias, las berenjenas, el albaricoque, el azúcar o los garbanzos. Así como el uso de las hierbas y las especias, procedentes de Oriente y que hicieron que Colón acabase en América mientras las buscaba.

¡Dato Curioso!

La pólvora fue inventada en China en un intento de crear una poción para la inmortalidad, pero se dieron cuenta de su poder destructor y la usaron para otros menesteres más bélicos. Los mongoles expandieron esta sustancia por toda Asia y los árabes la trajeron a la península ibérica.

No solo nos han legado alimentos, también formas de cocinarlos. Uno de los platos más conocidos de nuestra gastronomía es el cocido, que es obra de los árabes. Como también lo son las albóndigas y las empanadas —alimentos que aprovechaban los sobrantes de platos—, las gachas hechas con harina de garbanzos, o las migas, con trozos de pan. Otra herencia son las llamadas «frutas de sartén», esto es, buñuelos, churros, pestiños, roscos de huevo... Y también el empleo de sabores dulces en platos salados con el uso de frutos secos o miel.

En lo que respecta a la medicina, la rescataron del abandono y la dignificaron. Construyeron numerosos hospitales y edificaron facultades y escuelas de farmacia, creando numerosos medicamentos. Durante buena parte de la Edad Media, los galenos —Galeno era el médico de los emperadores Lucio Vero, Marco Aurelio y Cómodo— cristianos no poseían titulación médica, eran curanderos, barberos, en muchos casos charlatanes que cobraban por hacer más mal que bien. Mucho aprendieron todos estos médicos de árabes —¡y de judíos!

¿ Sabías que. . . ?

El origen del café se encuentra en Abisinia (África) y hay una leyenda que cuenta que un pastor de allí vio los efectos tonificantes de dicha planta en sus cabras. Él mismo, al día siguiente, lo probó y comprobó ese efecto energizante. Acabó llevando estos frutos a un santo musulmán para que no se quedase dormido. Sin embargo, los efectos del café eran tales que los imanes ortodoxos y conservadores de La Meca en el siglo XVI lo prohibieron. Pero la popularidad del mismo anuló esta prohibición poco tiempo después.

En cuanto a la cultura, gracias a ellos el conocimiento de la Antigua Grecia volvió a la Península al traducir los textos clásicos y estudiarlos. Y disciplinas como las matemáticas, la astronomía o la física se recuperaron del olvido.

¿ Sabías que. . . ?

Abbas ibn Firnas, poeta, astrónomo, músico e ingeniero musulmán creó lo que se considera el primer paracaídas: en el siglo IX saltó desde el minarete de la mezquita de Córdoba con una capa reforzada con madera. Su intención era volar, pero lo que consiguió con su invento fue amortiguar la caída.

Por supuesto tantos siglos de ocupación tenían que calar en el lenguaje. Son más de cuatro mil vocablos los heredados —lo que llamamos arabismos—. Aceite, ataúd, berenjena, escabeche, fulano, gacela, guitarra, hachís, jabalí, jaque, máscara, mazmorra, mezquino, nuca, paraíso, real, rehén, robo, rubia, tambor, valija son algunos de ellos. También todos los topónimos que empiezan por *beni-* —Benimaclet, Benidorm...—, muchos de ellos, curiosamente, en la Comunidad Valenciana. Más topónimos son Guadalquivir, Algeciras, Gibraltar, La Mancha, Guadalajara, Albacete o la misma Andalucía.

¡Y la de expresiones que nos dejaron! «Ojalá» significa «si Dios quiere» —Alá no es otro que el Dios de los musulmanes—. Nuestro clasiquísimo canto de guerra —y para lo que se tercié— «olé» significa literalmente «por Alá»; y nuestros típicos «fulano» y «mengano» significan «un tal» y «quién sea», respectivamente. En el plano más escabroso, la palabra «asesino», significaba «adicto al cáñamo indio». Pero ¿quiénes eran los adictos al cáñamo? Se llamó así a una peculiar secta militar adicta al hachís, y que se dedicaban a matar a personajes importantes como reyes o militares. La palabra se generalizó para referirse al acto de quitar la vida a alguien y se adaptó a las diferentes lenguas europeas.

¡Dato Curioso!

Les debemos a los árabes la numeración empleada en casi todo el planeta (0-9) y no seguir utilizando los números romanos (I-V-D-C-L-X...); además, ellos establecieron el cálculo decimal y la introducción del cero como valor nulo. Sin embargo, Europa no adoptaría el sistema decimal hasta el siglo XII. El cero apareció por primera vez en Babilonia en el siglo III, pero los romanos no lo usaron en sus cuentas.

Algunas de nuestras expresiones de cortesía también tienen sus orígenes en el mundo árabe, como «estar a su disposición» o «estar a sus órdenes», y que era una manera de dar la bienvenida a una persona. Otra expresión que en castellano es común es la de «está en su casa» y proviene directamente del espíritu hospitalario de los árabes.

¡Dato Curioso!

Cuentan que la guitarra española fue introducida en la península ibérica por los árabes durante su conquista, y que se denominaba la ud, en árabe. Sin embargo, los españoles lo trastocamos y lo llamamos directamente laúd, que fue lo que realmente introdujeron los árabes en su conquista. Una vez aquí, un célebre músico andalusí y tañedor de este instrumento del siglo IX, llamado Ziryab, además de ser un precursor en las modas en el vestir y la cosmética —un hombre con intereses variados, desde luego—, agregó una quinta cuerda al laúd, dando lugar así a la guitarra española.

Los musulmanes crearon bibliotecas públicas y privadas y en las mezquitas y madrazas se impartía ciencia y jurisprudencia. La educación y el conocimiento fueron muy importantes para el mundo musulmán, y se escribieron numerosas obras sobre este tema. Era tal el interés por el saber y las letras que los reyes competían entre sí por lograr el más alto grado de erudición cultivando la poesía. Uno de los escritores más célebres fue Ibn Hazm, con unas cuatrocientas obras a sus espaldas —no sabemos de dónde sacaba el tiempo—, y del que se dice que «su lengua era tan afilada como la espada de al-Hach-chach» —valió de al-Ándalus del siglo VIII y con fama de tener cierta facilidad para sacar su espada—.

La música y la danza estaban presentes en cualquier tipo de celebración en el mundo musulmán. En al-Ándalus se produjo una mezcla entre lo oriental y lo autóctono que dio como resultado las coplas andaluzas. La música andalusí fue cantada por trovadores y juglares que más tarde serían los conocidos cantaores de flamenco, y que desempeñan la labor de transmitir el arte andalusí, como hicieron otrora trovadores y juglares en sociedades cristianas.

UN PAR DE BAÑOS ALAÑO NO HACEN DAÑO

Los cristianos y musulmanes convivieron en dos territorios distintos con abundantes diferencias durante muchos siglos; fueron sociedades muy distintas en cuanto a cultura, idioma, religión... e higiene.

Las costumbres, todas ellas, varían sustancialmente a lo largo del tiempo, y una de las que más han cambiado es posiblemente la que tiene relación con la higiene y el cuidado personal. Nos duchamos o bañamos todos los días, nos cambiamos de ropa diariamente, cepillamos los dientes varias veces al día, cuidamos el aspecto corporal, el peinado, el olor; el mundo del maquillaje, los perfumes y los cuidados corporales es infinito en el siglo XXI, tanto para mujeres como para hombres.

Sin embargo, esto no ha sido siempre así. De hecho, los hábitos higiénicos actuales tienen, como aquel que dice, cuatro días. El hecho cotidiano de darse un baño durante el medievo era, en realidad, un acto extraordinario. La gente se bañaba una o dos veces al año, generalmente coincidiendo con los cambios de estación o con acontecimientos importantes. O si el médico lo recomendaba —cuando les debía ver más en el otro barrio que en este, porque si no, tampoco—. Además, los galenos no es que fuesen muy amigos de los baños; creían que una capa de suciedad protegía contra las enfermedades. El aseo tenía que ser en seco, con paños limpios y frotando. En el caso de los niños, con mucho cuidado, porque se corría el riesgo de retirar el color natural —esto es, sucio— de la piel y podía ser perjudicial. Por si fuese poco, la Iglesia condenaba el baño porque lo consideraba un lujo y un comportamiento pecaminoso. Y si el médico y la Iglesia decían que no, ¿quiénes somos nosotros para llevarles la contraria?

¿Y cuándo se producía tan magno evento? Pues generalmente en mayo o junio, cuando llegaba el calor y el verano y coincidía con un cambio de ropa por unas más frescas que ayudasen a no sudar tanto.

Como los olores podrían llegar a ser tan nauseabundos, la mayoría de bodas se habrían celebrado durante estos meses, porque toda la familia, e incluso las novias, estaban limpias y relucientes.

Pero no nos llevemos a engaños. No pensemos en baños relajantes y burbujeantes como los que nos podemos dar hoy tras un duro día de trabajo. Aquí la historia era bastante más práctica... y poco higiénica. Se llenaba un barreño o tina con agua templada que se calentaba en el hogar de la casa, las bañeras como las conocemos hoy en día no existían y solo los más pudientes podían permitirse algo similar a una bañera, y por ella iban desfilando todos los miembros de la familia; primero el padre, luego el resto de los hombres de la casa y posteriormente las mujeres, siempre por orden de edad. Niños y bebés eran los últimos.

¿Sabías que...?

Algunas novias no debían oler todo lo bien que se esperaba y por eso llevaban flores que camuflasen su olor en un día tan importante. Este es el origen de los ramos de novia. Cero romántico.

El de mayo o junio parece ser que habría sido el baño que casi todo el mundo habría cumplido sí o sí. El segundo baño —más optativo aparentemente— habría sido el de invierno, con el cambio de estación y el cambio de ropas a unas que soportasen más el frío, se habría vuelto a la tina para empezar bien lustroso la nueva estación.

Una sociedad medieval muy distinta a los cristianos fueron los vikingos; la sociedad escandinava que vivía en Dinamarca, Noruega, Suecia y posteriormente en Islandia, Groenlandia y otros muchos puntos de Europa que colonizaron durante los siglos VIII y XI. Si bien se les ha tachado de bárbaros y salvajes, lo cierto es que en temas de limpieza les ganaron el punto, el set y el partido a los cristianos. Sabemos que se bañaban una vez a la semana, los sábados, que además era día de lavar y cambiarse la ropa —sí, una vez a la semana, frente a una o dos veces al año—. También sabemos que se peinaban a diario y que cuidaban muchísimo su imagen.

Tan raros debían ser los vikingos a ojos de los cristianos, que el clérigo inglés John de Wallingford, en una crónica del año 1220 dejó escrito que « los daneses —los ingleses llamaban a todos los vikingos daneses—, gracias a su costumbre de peinarse el cabello todos los días, de bañarse todos los sábados y de cambiar regularmente su ropa, fueron capaces de minar la virtud de las mujeres casadas e incluso de seducir a las hijas de nobles para convertirlas en sus amantes» .

Otros que se escandalizaron frente a los quehaceres higiénicos vikingos fueron los musulmanes, pero en otra dirección. Mientras el cura inglés los acusaba de tener intenciones deshonestas por lavarse tanto, Ibn Fadlan, un musulmán que en el siglo X convivió con los vikingos, se escandalizaba de lo guarros que eran y nos dejaba también sus impresiones en su crónica, en la que decía:

Cada día tienen que lavarse la cara y las cabezas y esto lo hacen de la manera más sucia y más inmundada posible: a saber, todas las mañanas una

servienta trae un gran recipiente con agua, lo ofrece a su amo, quien se lava las manos y la cara y su cabello, el cual se lava y peina con un peine en el agua, luego se suena la nariz y escupe en el cuenco. Cuando ha terminado, la sirvienta le ofrece el cuenco al siguiente, que hace lo mismo. Ella ofrece así el cuenco a toda la familia y cada uno se suena la nariz, escupe y se lava la cara y el pelo en ella [...]. Son las criaturas más sucias de Alá. No se lavan ni tras sus necesidades corporales, ni después de mantener relaciones sexuales, y mucho menos se lavan las manos después de comer.

¿Qué debía pensar un musulmán de un cristiano? Pues nada bueno, probablemente. Primero, porque los musulmanes se aseaban cinco veces al día, cada vez antes de rezar. Por otro lado, porque tenían lo que conocemos con el hombre de *hammam*, en castellano «baño árabe» o «baño turco». Estos eran una derivación de los baños y termas romanas y los musulmanes los llevaron por todos los territorios islámicos, incluido al-Ándalus. No solo eran lugares para bañarse —de hecho, eso era lo de menos—, eran centros de reunión social y puntos de encuentro donde se podían llegar a discutir temas muy serios e importantes. Curiosamente, los mandó prohibir Isabel la Católica, una reina de la que se dice que no era muy —o nada— amiga de la higiene. Europa occidental los reintrodujo como símbolo de lujo bohemio a mediados del siglo XIX procedentes del Imperio otomano, una cultura que fascinaba a los románticos europeos.

En un mundo con tan poca higiene los mecanismos para soportar los olores no se hicieron esperar y no solo existieron los ramos de flores para las novias. Aunque muchos usamos y creemos que el abanico se inventó para darnos tregua en los infernales días de verano, lo cierto es que se creó para dar tregua a las narices medievales y dispersar así el olor. Los más pobres se abanicaban a sí mismos; y los más pudientes tenían quien les abanicase.

TIEMPOS DE CONQUISTAS Y RECONQUISTAS

Prácticamente desde el momento de la conquista se inició la Reconquista. El inicio oficial de esta fue la batalla de Covadonga, en Asturias, entre los ejércitos del cristiano don Pelayo y de los musulmanes de al-Ándalus. Se originó entonces un lento avance de norte a sur que se saldaría con la creación, en un primer momento, de los reinos cristianos de Asturias, León, Navarra, Portugal, Castilla, Aragón, los condados catalanes, etc. Progresivamente se irán formando los dos grandes reinos de la España medieval y Moderna: la Corona de Castilla y la Corona de Aragón, que se unirían —no de forma institucional, pero sí bajo la figura del mismo monarca— a partir del reinado de los Reyes Católicos a finales del siglo XV. Por otro lado, a lo largo de los siglos, al-Ándalus iría perdiendo territorio en favor de los reinos cristianos para ver reducido su dominio al reino Nazarí de Granada.

ETAPAS DE LA RECONQUISTA

—Primera etapa (siglos VIII-X). El esfuerzo se centra en consolidar las nuevas estructuras político sociales de los nuevos reinos cristianos. Se inicia el feudalismo con mayor incidencia en la zona pirenaica. Hacia el oeste se forma el reino asturiano y hasta el este se forma la Marca Hispánica que, posteriormente, se disgregará en varios núcleos distintos. La zona de la Marca Hispánica será durante un tiempo tributaria de Abd al-Rahman III (912-961).

—Segunda etapa (siglos XI y XII). Derrumbe del califato y establecimiento de los reinos de taifas. Se produce el avance cristiano por la zona de la meseta y del valle del Ebro. Los reinos cristianos cobrarán parias a los reinos musulmanes (un impuesto para que estos no les atacasen y para ser protegidos de otros reinos de taifas y otros cristianos), que se convertirán en una suerte de protectorado. Los reinos de taifas eran militarmente inferiores a los cristianos pero más prósperos económica y culturalmente. Será la época en la que comience la repoblación de los territorios conquistados a los musulmanes.

—Tercera etapa (siglos XII y XIV). Se producirá la alianza de la mayoría de los reyes cristianos con importantes batallas, como la de las Navas de Tolosa, en el año 1212. El reducto musulmán quedará circunscrito al reino nazarí de Granada. Será la época de la expansión y consolidación de las Coronas de Castilla y Aragón, y una época de auge para el poder de la

nobleza, frente a los reyes.

—Cuarta etapa (siglo XVI). En 1492 los Reyes Católicos, aunando fuerzas de la Corona de Castilla y la de Aragón, pondrán fin al poder musulmán en la Península con la Toma de Granada. Se producirá la unión dinástica (que no institucional) de los reinos de Castilla y Aragón. Aumentará el poder de los reyes en detrimento del poder de la nobleza que se verá disminuido y acotado. Los Reyes Católicos promoverán la expulsión o conversión forzosa de todos los no cristianos de la Península; muchos judíos y musulmanes abandonarán el territorio.

EL CID, ¿LEYENDA O REALIDAD?

El título de cid proviene de la palabra de origen árabe *sidi*, que significa «señor», ya que así le llamaban sus propios súbditos. Campeador significa, literalmente, «el que ejerce en el campo», es decir, donde se batalla, el lugar donde don Rodrigo se encontraba como pez en el agua. Los mote no siempre aciertan, pero no podremos negar que en este caso el Cid se ganó un merecido pseudónimo.

Y, ahora, la pregunta del millón, ¿fue el Cid Campeador real? Pues si nos referimos a que si fue una persona de carne y hueso, sí, fue una persona real. Si nos referimos a si todo lo que nos ha llegado sobre él —su historia, sus hazañas y toda su aura heroica y gloriosa—, ahí entra en juego el Cid de la leyenda, del *Cantar de Mio Cid*.

Rodrigo Díaz de Vivar, el de carne y hueso, nació hacia el año 1048-1050, durante el reinado de Fernando I de León, y murió en 1099, con el reinado de Alfonso VI. Sabemos mucho de su vida gracias a su propia crónica: *Historia Roderici*, aparte de las crónicas cristianas y musulmanas.

Pudo haber nacido en Vivar —hoy Vivar del Cid, aunque nada nos prueba tal cosa—, pero pronto se fue a Burgos a servir en la corte del infante primogénito Sancho II, donde despuntará enseguida como un gran guerrero.

¿ Sabías que... ?

Su caballo se llamaba Babieca, un corcel de raza andaluza y pelaje blanco que le acompañó en todas sus batallas. Existen dos teorías sobre cómo el Cid se hizo con él: la primera dice que se la regaló su padrino, un sacerdote llamado Gran Pedro; y la segunda, que fue la marquesa de Aguilar de Campoo quien se lo dio. El nombre se eligió por un comentario que hizo la marquesa sobre el animal, ya que la palabra babieca quiere decir «flojo o inferior».

Cuando Sancho murió heredó el trono Alfonso VI de León, con el que se enemistó hasta tal punto que el rey le dejó de hablar, le desterró y expulsó, confiscó sus bienes y encerró a su familia. Cuenta la leyenda que entonces, enfadado, el Cid se dedicó a hacer la guerra a los infieles por su cuenta tomando parte considerable de la taifa de Valencia y luchando contra los almorávides. Su legado no duró demasiado y a su muerte los almorávides reconquistaron Valencia.

Ese guerrero que la leyenda nos ha vendido como alto y fuerte, pero que en realidad —según Menéndez Pidal— no llegaba apenas al metro y medio de estatura, se casó con Jimena, sobrina del rey Alfonso VI, e hija del conde de Oviedo. Aunque como la historia no es tan divertida ni romántica, los juglares se inventaron a una tal Jimena Gómez, hija de un imaginario Gómez, conde de Gormaz, al que Rodrigo dio muerte en un duelo.

¿Sabías que...?

El Cid usó dos espadas. La primera de ellas fue la famosa Tizona, arrebatada según cuenta el *Cantar* por Rodrigo al rey Búcar de Marruecos en Valencia —del que no hay constancia histórica alguna—, aunque el Museo de Burgos exhibe una supuesta Tizona que costó a la Junta de Castilla y León un millón y medio de euros en el 2007. La otra espada, llamada Colada, se ganó como botín de guerra a un «Remont Verenguel», conde de Barcelona. Ambas espadas fueron regaladas a los infantes de Carrión, sus yernos y personajes totalmente ficticios.

Con Jimena tuvo tres hijos, dos hijas que aparecen en el *Cantar de Mio Cid*, mientras que su único hijo es ignorado por la leyenda. Se llamaba, sin embargo, don Diego Rodríguez de Vivar, y falleció muy jovencito, con apenas veintidós años, en agosto de 1097 en la batalla de Consuegra, donde se enfrentaron las tropas castellano-leonesas de Alfonso VI contra los almorávides —como curiosidad, desde 1997, la localidad de Consuegra conmemora su fallecimiento con una ceremonia funeraria anual—.

¿Sabías que...?

La figura del Cid se ha alimentado de su propio mito, y a veces es difícil distinguir lo real de la leyenda. Uno de estos casos es el que cuenta que ¡ganó una batalla incluso muerto! Parece ser que habiendo fallecido ya Rodrigo, Valencia volvió a ser sitiada por los musulmanes y entonces cogieron a su caballo, Babieca, y le montaron a su dueño muerto atado con cordeles para que no se cayera. Al verle de nuevo, los musulmanes huyeron sin mirar atrás.

Se dice que el Cid estuvo luchando durante treinta y cinco años y que nunca conoció una derrota, y que por ello sus hombres confiaban ciegamente en él. Murió en Valencia, entre mayo y julio de 1099, y sus restos inhumados en el monasterio trapense burgalés de San Pedro de Cardeña. Sin embargo, durante la guerra de la Independencia, los soldados de Napoleón profanaron la tumba, y los restos no fueron recuperados hasta 1842, momento en el que se trasladaron a la capilla de la Casa Consistorial de Burgos. Desde 1921 sus restos reposan junto a los de su esposa, doña Jimena, en un emplazamiento privilegiado de la catedral de Burgos.

Ni el mismísimo Cid podría haberse imaginado la trascendencia de su vida tras su muerte, ni que todos los juglares de los siglos posteriores contarían en forma de cantares de gesta su vida y sus hazañas. Y que inventarían su leyenda.

Tenemos varios escritos sobre el Cid y su vida, pero destaca el *Cantar de Mio Cid*. ¿Y por qué cantar? Ni más ni menos porque estaba ideado para ser tomado como la letra de una canción y no como un poema. Lamentablemente, la partitura no nos ha llegado. Al principio fue transmitida oralmente, hasta que tiempo después fue puesta por escrito.

Es una de las obras más importantes y extensas de nuestra literatura, y la primera escrita en romance, pero ¡está incompleta! De las setenta y cinco

páginas de las que consta —guardadas a buen recaudo en la Biblioteca Nacional en Madrid— falta el comienzo y alguna página de en medio, aunque fue reconstruido por el célebre medievalista Menéndez Pidal con ayuda de otros textos medievales.

Para más inri, se desconoce el autor de la obra. Muchos investigadores opinan que el autor fue Per Abbat, pero otros dicen que solo fue el copista. Otros creen que la obra fue escrita por varios, o incluso que lo hizo un musulmán. Tampoco hay acuerdo sobre si fue escrito por alguien culto o derivado de la tradición oral de los juglares.

El *Cantar de Mio Cid* se ha querido ver como una obra con un héroe moderno, que llora al ser desterrado y contempla su casa vacía, que lucha contra el maltrato que sufren sus hijas y contra su propia suerte, quizá, este, uno de los primeros episodios de violencia machista que aparece registrado en la literatura.

¿Sabías que...?

Es tal el mito del Cid que ha traspasado las fronteras españolas llegando incluso hasta Japón. Hay un personaje en el juego de Final Fantasy que se llama Cid Highwind; y también está El Cid de Capricornio, de Los caballeros del Zodiaco. Otro homenaje directo es el de Ruy, el pequeño Cid, una serie de dibujos animados de los ochenta que contaba las aventuras del Cid niño.

Quién le iba a decir al Cid que su vida, obra y milagros no solo llenarían páginas y más páginas, sino que llegaría al mismísimo cine. La película basada en su vida se estrenó el día 5 de diciembre en Londres y el 27 de diciembre de 1961 en el cine Capitol de Madrid. El rodaje se había iniciado un año antes, en 1960, aunque la idea llevaba tiempo fraguándose, desde los años cincuenta. Un primer guion se empezó a gestar por entonces, asesorado por Gonzalo Menéndez Pidal, hijo del medievalista experto en el Cid, don Ramón Menéndez Pidal. Esta primera idea no prosperó, el guion se desechó y el proyecto se aparcó para,

tiempo después, volver a retomarse centrando la idea en el actor Charlton Heston en el papel del Cid. El director de la película, Anthony Mann, quiso colar a su mujer —una jovencísima por entonces Sara Montiel— en el papel de doña Jimena, sin embargo, el papel se lo llevó Sofía Loren. De un pequeño proyecto se había pasado en unos años a una superproducción hollywoodiense, tremendamente ambiciosa y de proyección internacional. ¡El Cid iba a dar el salto mundial! El rodaje se produjo sobre todo en España, en lugares como Ávila, el castillo de Belmonte, León, Ripoll o Peñíscola, donde la producción aquí supuso un importantísimo empujón económico. A los vecinos de la localidad que participaron en el rodaje les pagaron veinte duros al día y les dieron un bocadillo de tortilla.

MISTERIOS, ENFERMEDADES Y MUERTES MEDIEVALES

LA PRIMERA BRUJA OFICIAL DE IRLANDA

Conocida como la Bruja de Kikenny, Alice Kyteler acabó con la vida de sus cuatro esposos al más puro estilo viuda negra. Dama de la alta nobleza irlandesa, descendiente de los vikingos que se establecieron en Irlanda a partir del siglo IX, empezó a ser conocida cuando en el año 1302, ella, y el que se convertiría en su segundo marido, asesinaron al primero —aunque por entonces aún no se sabía—. Tras el primero, los dos siguientes también fallecieron víctimas de lo que parecía la misma enfermedad degenerativa. Pero cuando su cuarto marido enfermó en 1324, este sospechó que estaba siendo envenenado, o al menos sufriendo el mismo destino incierto que los anteriores maridos de su esposa. Cuando falleció, su hijo, junto a los hijos de los otros maridos, decidieron acusarla de haber matado a sus padres con brujería y hechizos para favorecer así a su primogénito. Fue acusada de negación de la fe de Cristo y de la Iglesia, de sacrificar animales para el dominio y dejarlos en cruces de caminos para encontrarse con él, llevar a cabo reuniones nocturnas en iglesias para hacer magia negra, de controlar a los cristianos con pociones y magia... Y finalmente, en última instancia, de haber matado a sus maridos. A nadie se le ocurrió que los hubiera matado de una forma menos sobrenatural que usando magia, pero aquellos tiempos eran otros y la historia que más vendía era esta.

Cuando intentaron arrestarla utilizó su amistad con grandes personajes políticos para que las tornas se invirtiesen y terminase entre rejas el obispo que llevaba su caso; sin embargo, la suerte se le terminó y Alice se vio obligada a huir si quería conservar la vida. En su lugar fue apresada una de sus sirvientas, que tras ser torturada confesó ser una bruja e implicó a Alice y fue azotada y quemada viva en la hoguera en 1324. Se arrestó al círculo cercano de Alice —su hijo, sus sirvientas— y todos fueron acusados de ser cómplices. No obstante, no se pudo comprobar y no corrieron la misma suerte que la sirvienta, que sirvió, sin duda, de cabeza de turco.

Fue la primera persona juzgada —y condenada— por brujería en Irlanda, aunque se libró de su destino al huir, y uno de los primeros juicios por brujería de toda Europa, cacería que comenzó entre finales del siglo XIII y principios del XIV gracias a la bula *Super Illius Specula* del papa de Aviñón, Juan XII.

Cuando hablamos de Barba Azul nos referimos al famoso cuento que Charles Perrault publicó en 1697 en el que narra la historia de un marido que asesinaba a sus esposas y escondía sus cadáveres en una habitación, hasta que una de ellas lo descubrió. Su poderoso atractivo radicaba en su misteriosa barba de color azul.

Pues bien, muchas veces los cuentos y las historias no aparecen de la nada o no se fraguan íntegramente en la mente de su autor, sino que en ocasiones tienen una base real detrás, casi más macabra que el propio cuento. Y esto es más o menos lo que sucede con el noble francés Gilles de Rais, inspirador de Barba Azul.

Gilles de Montmorency-Laval nació a principios del siglo XV y luchó durante la guerra de los Cien Años al lado de Juana de Arco, a la que admiraba con tantísima devoción que creía que sus acciones provenían del mismísimo Dios. Por sus éxitos militares fue ascendido a mariscal a edad tempranísima, tan solo veinticinco años. De él se dice que desprendía gran agresividad y que por ello era tan bueno en cuestiones militares.

Cuando en 1431 condenaron a la hoguera a Juana de Arco, intentó salvarla desesperadamente, pero no tuvo éxito. Perdió entonces su título de mariscal y se retiró a vivir a uno de sus múltiples castillos, donde nadie se preocupó lo más mínimo durante un tiempo de lo que hacía o dejaba de hacer. Fuera del ejército su agresividad no tenía dónde canalizarse y se volvió todavía más excéntrico; se dice que llegaba al éxtasis escuchando canto gregoriano y que le volvían loco los órganos, que hasta los hacía construir portátiles.

En su delirio religioso se arruinó y empezó a mostrar interés por el esoterismo y la alquimia. En poco tiempo sus aposentos se habían convertido en una reunión dantesca de brujas, nigromantes, alquimistas y embaucadores como el florentino Prelati, que empezó a practicar magia negra para Gilles, llevándole, definitivamente, al lado oscuro. Le diría que, para obtener todo aquello que quería, debía realizar sacrificios humanos, y aquí es donde comenzaría la historia macabra que tuvo en vilo a media Bretaña francesa cuando sus hijos comenzaron a desaparecer.

Para sus terroríficos experimentos, Gilles necesitaba de niños y adolescentes. ¿Cómo los conseguía sin levantar sospechas? Al principio envió a sus sirvientes a las casas de aquellos más pobres y necesitados para reclutar a los hijos pequeños como pajes al servicio de este gran noble francés. Las familias, por supuesto, los entregaban encantados, pues suponía una enorme mejora económica al tener una boca menos que alimentar y un futuro para los críos. Los problemas llegaron cuando dejaron de tener noticias de ellos y nadie les daba explicaciones. La alarma se generalizó en la zona y entonces Gilles pasó a algo más arriesgado, los raptos nocturnos. Se estima que entre 1432 y 1440 hubo más de mil niños desaparecidos de entre ocho y diez años.

En sus castillos y dependencias, los torturados —niños de entre siete y veinte

años— sufrían todo tipo de aberraciones; violaciones y sodomía, decapitaciones y degollamientos, incisiones en la yugular para después colgar a los torturados y dejarlos desangrar para beber su sangre, sacrificios con sus órganos, orgias sexuales y éticas y todo tipo de juegos macabros.

El obispo de Nantes fue el encargado de investigar las desapariciones de Bretaña, y Gilles fue arrestado en septiembre de 1440. Se le llevó a juicio — recogido en documentos del siglo XV que aún se conservan—, donde demostró bipolaridad, profirió insultos y después se arrepintió; se declaró demente, inocente, luego culpable, después inocente de nuevo hasta que terminó por explicar con detalle todo lo que había cometido. Se le condenaba por asesinato, sodomía y herejía, y moría colgado en la soga.

EL BARBERO DE LA MUERTE Y EL PASTELERO DE LA CARNE HUMANA

Si hablamos de Sweeney Todd, seguro que nos viene a la mente la fabulosa película de 2007 dirigida por Tim Burton y protagonizada por Johnny Depp y Helena Bonham Carter en la que un barbero del Londres victoriano se dedica a asesinar a sus clientes y se los pasa a su mujer para que haga unos deliciosos pastelitos de carne... humana. Bien, no fue la primera película de Tim Burton sobre el tema, y no fue tampoco en el Londres victoriano. Pero sí se trata, al parecer, de una historia real.

Bernabé Cabard, barbero, y Pierre Miquelón, pastelero, son la versión francesa, e histórica y real, de Sweeney Todd. Entre los dos asesinaron y convirtieron en suculentos pastelitos famosos en todo París a un número indeterminado —pero elevadísimo al parecer— de inocentes caballeros que solo buscaban un afeitado apurado. Así aparece recogido en *El pastelero de carne humana y el barbero asesino: causa célebre*, publicado en España en 1877.

La historia cuenta que en el París de 1415, en la calle Mont-Saint-Hilaire, el barbero Bernabé Cabard regentaba una exitosa barbería a la que acudían nobles y plebeyos. Su éxito se debía no solo a su excelente hacer, sino a su bella hija, Marguerite, a la que todos los hombres admiraban. Sin embargo, se decía que la muchacha estaba maldita, pues aquellos que la cortejaban desaparecían sin dejar rastro.

Al lado de la barbería de Cabard, Pierre Miquelón regentaba a su vez la pastelería más famosa de todo París, cuya especialidad era la empanada de carne. Tan secreta era su receta que cuando la preparaba, el resto del personal debía abandonar el recinto. No faltaba en casa de los nobles, ni tampoco en la de los plebeyos, que ahorraban solo por degustar tal manjar. Frente a ellos, monsieur Gomire poseía una humilde herrería que no le daba suficiente para alimentar a sus ocho retoños, por lo que se pasaba el día mirando y admirando por la ventana

a sus exitosos vecinos.

Un buen día de ese año 1415 llegaron a París dos españoles y se alojaron en una posada contigua a la herrería de Gomire; Andrés había llegado para estudiar, pero Julio era un faldero y enseguida se fijó en Marguerite. Por ello, fue a la barbería para cortejarla, pero la muchacha no estaba, así que aprovechó para acicalarse las barbas... y terminó en el sótano de Cabard, listo para que Miquelón hiciese de él unas ricas empanadas. Su compañero Andrés, preocupado, avisó a las autoridades parisinas, que pasaron por la posada a tomar nota. Gomire, que había estado todo el día alcahueteando, les informó de que Julio había entrado en la barbería de Cabard, pero no había salido de ella jamás, no que él hubiese visto. Al entrar en la barbería la policía descubrió el mecanismo por el cual el barbero degollaba y mandaba al sótano a sus víctimas, a estas colgadas del techo como mojama que se está secando y los pasillos que conectaban la barbería con la pastelería. Se había descubierto el pastel. Literalmente. París estaba horrorizado y se estima que se habían convertido en pastel de carne unos ciento cuarenta y tres parisinos.

Cabard y Miquelón fueron inmediatamente arrestados y rápidamente condenados a muerte en una ejecución pública que suscitó muchísimo interés.

¿De dónde salió, pues, el barbero victoriano y londinense? *Sweeney Todd: el barbero diabólico de la calle Fleet* aparece por primera vez en 1846 en la publicación *The People's Periodical* como un cuento inventado por Thomas Prest. Algunos autores británicos aseguraron que Sweeney Todd existió realmente y que fue procesado en Old Bailey y ejecutado en Tyburn en 1802. Sin embargo, no hay ningún tipo de evidencia al respecto; ni documental, ni archivos sobre el juicio, ni noticias en los periódicos y almanaques de la época.

FANTASMAS HISTÓRICOS EN CASTILLOS DEL MEDIEVO

Los castillos medievales españoles están llenos de fantasmas y de sus historias. Uno de ellos se encuentra en el castillo de Almodóvar y su nombre es Zayda. Este fantasma se aparece cada 28 de marzo en las torres y muros del castillo esperando, en vano, a su difunto amado. La historia de Zayda, la Encantá, se remonta al siglo XI, con los reinos de taifas en la Península y la Reconquista avanzando. Es en este momento cuando el príncipe de la taifa de Sevilla, Abu Nasr al Fath al-Mamun, envía a su esposa Zayda y a sus hijos al castillo de Almodóvar. El príncipe murió en el asalto almorávide y Zayda, que fue hecha prisionera, murió de pena y de dolor.

Está constatada la existencia de Zayda y su príncipe, pero no de lo que realmente ocurrió en el ataque almorávide; además, la historiografía tiende a identificarla con la cuarta esposa del rey Alfonso VI, llamada también Zayda y que le dio un heredero a Alfonso VI, el príncipe Sancho. Se la cambió el nombre

por el de Isabel, y fue enterrada en el monasterio de San Benito de Sahagún, aunque en el panteón de los reyes de San Isidro de León hay una inscripción en donde se puede leer: «Reina señora Isabel, esposa del rey Alfonso, hija de Benauet, rey de Sevilla, que primero fue llamada Zayda» .

En San Martín de Valdeiglesias tenemos otro castillo con fantasmas, el de Coracera, construido por don Álvaro de Luna, valido del rey Juan II, padre de Enrique IV, en 1434. Sin embargo, y a pesar del poder que tuvo este valido, no terminó muy bien pues fue acusado de brujería y sería decapitado en Valladolid.

Cerca del castillo, junto a los toros de piedra de los vacceos, Isabel de Castilla pactó con su hermano Enrique con el objetivo de llevarla al trono de Castilla —y después de la Península entera—.

Tras varios avatares históricos, el castillo acaba en manos de Juan de Ganza, que lo compra en 1978, un personaje bastante déspota, y al que le gustaba disparar desde la torre del homenaje contra la campana de la iglesia, además de asustar al pueblo con los rugidos de un león que retenía en el pasillo y que incluso sacaba a pasear. Como era de esperar, Juan no terminó muy bien, pues fue encontrado muerto en su habitación cerrada con llave por un disparo en la cara.

Otra historia de fantasmas y de amores imposibles la encontramos en la localidad segoviana de Pedraza, donde es conocida la historia de amor y de venganza que ocurrió en el siglo XIII, en la que dos enamorados, Elvira y Roberto, fueron asesinados por los celos del señor del castillo, prendado de Elvira. Este la hizo su esposa y el joven Roberto, viendo que no tenía ninguna posibilidad, se fue a un monasterio. Pasó el tiempo y Roberto llegó a ser capellán del mismo castillo, donde se volvería a reencontrar con su amada, en ese momento sola, pues el señor del castillo se había ido a la guerra. Y pasó lo que era de esperar, que el amor entre ambos resurgió y el señor del castillo se enteró. Para darles un buen escarmiento decidió celebrar una fiesta en donde obsequió al capellán Roberto con una corona de acero, con grandes púas en la parte baja y al rojo vivo, lo que le causó una muerte muy trágica. Elvira huyó, y fue encontrada en sus aposentos con un puñal clavado en el pecho. Desde entonces, algunas noches se pueden ver dos figuras andando de la mano por los pasillos del castillo.

LA EPIDEMIA QUE TRAJERON LAS PULGAS

Decir peste negra suena aterrador. ¿Podría haber una enfermedad con un nombre más explícito y a la vez más misterioso? Lo que sí que sabemos es que este nombre tuvo a toda Europa en vilo durante muchísimo tiempo, ya que se utilizaba la palabra «peste» para designar cualquier tipo de epidemia o de enfermedad contagiosa. Cualquiera. Por tanto, muchas veces es complicado distinguir enfermedades concretas que asolaron a una población en las crónicas, ya que todas llevan el mismo nombre.

Sin embargo, aunque llevasen el mismo nombre, sus efectos, causas y consecuencias no fueron los mismos en todos los casos. Cuando se dice peste negra, generalmente se piensa en una de las más conocidas, la peste o plaga bubónica, aquella que en 1347 acabó con el ¡sesenta por ciento de la población europea...! Es decir, seis de cada diez personas en Europa murieron por esta enfermedad. O, lo que es lo mismo, cincuenta de los ochenta millones de habitantes europeos que se estima que había por entonces. Una barbaridad.

Esta peste se originó unos veinte años antes allá por el desierto de Gobi y se extendió por toda Asia, siendo portada por los mongoles hacia Europa. Una vez arribó a Europa apareció en diferentes momentos con brotes hasta el siglo XVII, aunque no con la virulencia de 1347.

Dado que las medidas higiénicas y de salubridad durante aquella época no eran las mejores ni las más propicias para contener enfermedades, la peste se transmitió de forma muy rápida y violenta. En las ratas negras habitaban unas pulgas que eran las portadoras de la enfermedad y que, al entrar en contacto con los humanos, estos la contraían. Eso en la Edad Media no se sabía, por supuesto, por ello, las explicaciones que se dieron ante el fenómeno fueron de lo más variopintas; desde que se trataba de un castigo divino por los pecados de la sociedad hasta culpar a los judíos de envenenar el aire y las aguas, lo que generó un terror y odio hacia las comunidades judías que había repartidas por las distintas ciudades europeas.

¡Dato Curioso!

¿Fue la peste la única enfermedad medieval? En absoluto, durante la Edad Media, antes de la llegada de esta, ya había otros males que asolaban poblaciones como el sarampión o las gripes, aunque especialmente había una muy temida: la lepra.

La gente que pudo permitírselo —en general nobles y comerciantes— se trasladaron a vivir al campo, como bien muestra el *Decamerón*, de Giovanni Boccaccio, aunque a muchos ni esto les salvó, ya que eran portadores de la enfermedad.

Y si su nombre daba miedo, sus síntomas aún más. La enfermedad se

caracterizaba por la aparición de unos bubones —bultos negros, de ahí el nombre— en casi todas las zonas con ganglios del cuerpo; bajo las axilas, en las ingles, en el cuello... La bacteria que causaba la enfermedad se extendía causando la aparición de hematomas, de ahí también que se la llamara negra.

Mientras, en el mundo musulmán —mucho más avanzado que el cristiano en cuanto a medicina— se pedían medidas de precaución e higiene. Los cristianos, ajenos a las peticiones, se acumulaban en las iglesias para orar por su vida y para aplacar la ira de Dios; por tanto, lo único que conseguían era un contagio cada vez mayor.

En aquella época los médicos sabían poco más que reconocer los síntomas de la enfermedad. La mayoría lo achacaba a miasmas o vapores que contaminaban el aire y por ello recomendaban marcharse al campo un tiempo, en busca de un aire más limpio y menos putrefacto que el de las ciudades.

Aunque no fuese ese el motivo de la enfermedad, las ciudades medievales era un nido de porquería; las personas convivían en las casas con los animales, a veces ni siquiera separados por plantas, no había retretes ni aseos, las necesidades se hacían en cubos y palanganas y todas las aguas sucias que producía la familia en el hogar salían por la ventana al grito de «¡agua va!» y a la calle que llegaban. Calles sin sistema de alcantarillado —un sistema que habían implantado los romanos, pero que las sociedades medievales no asimilaron y no se volverían a ver en Europa hasta el siglo XVIII o el XIX—. Las casas se hacían las unas con las otras, formando calles estrechas y tortuosas que se llenaban de enfermos, vagabundos, mendigos, leprosos y mucho más. No era de extrañar que muchos creyesen que en esas condiciones, el problema era el propio tufo y la propia aura de la ciudad.

Los médicos propusieron tratamientos como la extracción de sangre mediante sangrías y sanguijuelas con el fin de eliminar la sangre infectada, lo que, en realidad, aceleraba la muerte del paciente. También podían suministrar tónicos de diverso origen —poco o nada recomendables hoy— o hacer llevar amuletos a sus pacientes. Si la medicina no podía con la enfermedad, a ver si lo conseguía la fe.

Y si el nombre y los síntomas de la enfermedad daban miedo, los médicos del momento se nos antojarían recién disfrazados para una terrorífica noche de Halloween. Por aquel entonces los galenos vestían de color negro, además, como creían que la enfermedad se transmitía por aire, llevaban una máscara con lentes de vidrio y una larga y afilada nariz en forma de pico que se rellenaba con sustancias aromáticas mezcladas con paja para que la enfermedad no traspasase. Parecían pingüinos negros con largas narices picudas y gafas.

Este fue un periodo de frustraciones, agonías y desesperación, cuyas consecuencias supusieron un enorme cambio de mentalidad. Las continuas muertes que se producían sin ningún motivo aparente y que se llevaban a

familias enteras, a amigos, a vecinos, y que no perdonaba ni a nobles ni a reyes, dieron lugar a las representaciones de la muerte como es la *Danza macabra*, una alegoría de la universalidad de la muerte.

Sin embargo —y aunque no sea el mejor consuelo— la pérdida de población supuso volver a tener equilibrio entre los recursos —tierras, alimentos— y la densidad de población. Los que sobrevivieron, aparte de ser los más fuertes y de quedar inmunizados contra esta enfermedad, pudieron mejorar su forma de vida. Al parecer, el enorme crecimiento demográfico que había sufrido Europa durante los siglos anteriores, había supuesto una falta de recursos progresiva, con cultivos cada vez de menor calidad y de bajo rendimiento ante la necesidad de expandir las zonas de cultivo para alimentar a todo el mundo. Esto desencadenó en un problema de malnutrición general de la población.

VELAR ALMUERTO POR SI SE DESPIERTA. LOS PELIGROS DEL PUDIENTE

Vivir en la Edad Media era como vivir al límite, y nunca ser rico fue tan peligroso. Las casas más pudientes poseían platos y vajilla de estaño, un material que se oxida en contacto con ciertos alimentos, lo que provocaba envenenamientos. El contacto de algunas bebidas como el *whisky* o la cerveza con este elemento producía efectos narcolépticos que, en un primer momento, inducían a creer —con los conocimientos médicos de la época— que la persona había fallecido. Sin embargo, a veces algunas despertaban del letargo en medio de entierros y funerales y parecía un milagro, claro. U obra del diablo, según a quién le preguntásemos.

Para evitar estos sustos —porque, admitámoslo, debía de ser una experiencia que ni en los mejores cines— surgió la idea del velatorio. La de velar al muerto un tiempo antes de enterrarlo y que seguimos poniendo en práctica a día de hoy. Se ponía al difunto sobre la mesa de la cocina durante unos cuantos días antes de enterrarlo, por si las moscas. Con el tiempo, se pasó de las cocinas a otras estancias como las habitaciones o los salones.

Los pobres tenían menos probabilidades de sufrir algo así. La población más corriente no tenía platos, y los cubiertos no existían como tales. En la mayoría de las ocasiones las comidas —generalmente cocidos— se servían en cuencos y, a veces el pan hacía de plato; se colocaba la carne o la comida sobre el pan y se comía directamente.

EDAD MODERNA

LOS REYES CATÓLICOS Y LA INQUISICIÓN

En abril de 1451 nació en Madrigal de las Altas Torres la regia Isabel I la Católica. Fue hija del rey don Juan de Castilla y de la reina doña Isabel. El cronista que grabó la efeméride resultó tan profesional en su labor que confundió el día, el mes, el año, el lugar y hasta el nombre de la madre. De casualidad acertó con el del padre y el de la niña.

En 1469 se celebró en Valladolid la boda de una joven y rubia Isabel —de cara redonda y tendencia a engordar— con Fernando —un joven que pronto se quedaría calvo de media cabeza—, conformando el matrimonio de los Reyes Católicos. Fue una boda en secreto, ya que a Isabel no le correspondía reinar. Estaba detrás de su medio hermano Alfonso y su sobrina Juana, la Beltraneja, en la línea sucesoria. Alfonso murió y tacharon a Juana de bastarda, hija de la reina Juana de Portugal y su amante don Beltrán de la Cueva. Isabel se las apañó para encerrarla en un convento y reinar a gusto junto a Fernando de Aragón.

Isabel I ha quedado para la historia como una mujer de fuerte temperamento, como lo demuestra la siguiente anécdota que nos cuenta Queralt del Hierro:

 Estando Fernando el Católico jugando a los dados con su tío, el almirante de Castilla, este le ganó la partida. Eufórico gritó: «¡Te he ganado!», e Isabel, que estaba presente, le recriminó sus palabras diciendo que así no se hablaba al rey. El almirante respondió que en aquellos momentos no hablaba con el rey, sino con su sobrino, y la reina replicó que «el rey no tiene parientes ni amigos, solamente súbditos».

El matrimonio de los Reyes Católicos siempre fue visto como ejemplar, pero realmente estaba muy lejos de ser así. No fue un enlace romántico, como se ha querido hacer ver a veces, sino más bien un arreglo interesado por ambas partes.

Isabel, mujer acomplejada y con aires de grandeza, que acumuló un poder casi absoluto —su marido se quedó a su sombra— amaba apasionadamente al rey hasta tal punto que los celos la tenían al acecho de cualquier insidia e infidelidad. La propensión de Isabel a los celos fue una de las causas de enfrentamiento conyugal. Por eso mismo la reina se hacía rodear de un influyente círculo de mujeres que la alertaran de los escauceos amorosos de su marido.

En cuanto a la política, no hay que olvidar que una de las obsesiones de la reina era la toma de Granada. Solo para poder verla ordenó construir la ciudad de Santa Fe, donde, además, dice la leyenda que Isabel prometió no volverse a

mudar su ropa hasta la toma definitiva de la ciudad.

En los últimos años de vida sufrió de hidropesía —acumulación de líquidos en los tejidos—. Debido a ella, parece ser que olía realmente mal, aunque si hacemos caso a otros cronistas con un poco de mala leche parece que era la falta de higiene de la propia reina la causante de aquel desagradable olor.

Al morir, el rey Fernando se casó enseguida con Germana de Foix —princesa francesa— con la esperanza de tener un heredero para Aragón, ya que el hijo que había tenido junto a su difunta esposa había fallecido y no quería dejar su reino en manos de un nieto criado por los Habsburgo. A pesar de tener una edad que no acompañaba al objetivo, puso tanto empeño en la tarea que se dedicó a comer testículos de toro creyendo que eran un poderoso afrodisíaco. Tuvo tan mala suerte que en vez de disfrutar el resultado murió de una indigestión.

El reino de Castilla fue a recaer en su hija Juana la Loca en 1504, quien a pesar de ello nunca llegó a reinar. De eso ya se encargaron otros por ella, como su padre, su manipulador marido Felipe el Hermoso o su hijo. Aun así, se la podría considerar como la primera monarca de todo el reino de España.

Pero ¿y por qué se les llamó Reyes Católicos? El nombre se lo puso el papa Inocencio VIII basándose en dos aspectos: la toma de Granada —y expulsión de los musulmanes— y la expulsión de los judíos de España. Y es que en la época de los Reyes Católicos convivían las tres religiones más importantes del momento: judía, musulmana y cristiana.

Los reyes deseaban uniformizar la fe y para llevarlo a cabo decidieron eliminar lo diferente; esto es, los judíos, —los musulmanes ya habían sido expulsados previamente—. Cerca de ciento cincuenta mil judíos tuvieron que abandonar España.

LA NO TAN SANTA INQUISICIÓN

Si hay una institución que en este país nos provoque solo un poquito más de miedo que la actual Hacienda, esa es la Santa Inquisición. En un principio se fundó para desarraigar la herejía que se estaba difundiendo entre aquellas personas que profesaban el judaísmo y que, según los propios Reyes Católicos, «se habían convertido al cristianismo solo en nombre y apariencia» mientras practicaban clandestinamente la ley de su pueblo. Persiguió a todos los enemigos de la fe: judeoconversos, moriscos y protestantes, a brujas y otras desviaciones heréticas y ya en el siglo XVIII, a masones y librepensadores. Pero sobre todo, sirvió como instrumento político para la monarquía durante los siglos XVI y XVII.

Cuando los Reyes Católicos unieron las Coronas de Castilla y Aragón, se produjo un cambio radical: los monarcas fueron conscientes de los problemas

religiosos y sociales que acarrearba la cuestión judeoconversa en sus reinos, y deseando obtener la legitimación eclesiástica de su poder, instaron al papa Sixto IV para que dotara por fin a la Corona de Castilla de esta institución.

Sin embargo, no fue ni aquí ni en este momento cuando se fundó, sino que nació en el Languedoc, sur de Francia. Para cuando llegaron Isabel y Fernando, la Inquisición era una realidad en lugares tan dispares como Bohemia, Bosnia, Portugal, Polonia o Alemania, mientras que los reinos latinos de Oriente, Gran Bretaña, Castilla y Escandinavia carecían de ellos.

Este antisemitismo, sin embargo, no puede explicarse simplemente por cuestiones de fe. En la ahora España, a partir de finales del siglo XIII, la crisis demográfica y económica sufridas, así como sus consecuencias, fueron factores que desencadenaron la violencia contra los judíos.

Nuestra Inquisición, la patria, la española, se creó el 1 de noviembre de 1478 bajo el papado de Sixto IV, quien puso esta institución bajo el poder directo de los Reyes Católicos. Dos años más tarde se nombró a los primeros inquisidores, que eran sevillanos, y el primer auto de fe se celebró en la ciudad hispalense el 6 de febrero de 1481, cuando se quemaron vivas a seis personas, comenzando por todo lo alto la leyenda de tan terrorífico tribunal.

Dentro de la Inquisición, era el inquisidor general —puesto en su cargo a dedo por el rey y el papa— quien ostentaba el control a través del llamado Consejo de la Suprema. No puede decirse que los inquisidores tuvieran una agenda muy apretada. Las sesiones del Consejo tenían lugar los días no festivos, pero solo tres horas por la mañana, excepto martes, jueves y sábados que dedicaban dos horas más por la tarde. Por las mañanas se trataban cuestiones de fe y por las tardes se ocupaban de los pleitos públicos y de los casos de sodomía, bigamia, hechicería y superstición. Desde luego no se aburrían. Los viernes se analizaban las informaciones sobre la limpieza de sangre y desde 1633 se dedicaron al control de la Hacienda.

El centro de reclutamiento para los inquisidores —pertenecientes mayoritariamente a la baja nobleza— fueron las universidades.

El punto de partida para comenzar la instrucción del proceso era la denuncia basada en sospechas suscitadas por comportamientos, gestos o frases por parte del acusado, o bien, a través de la acusación o la indagación que llevaba a cabo directamente el tribunal. Más te valía no caerle mal al vecino si no querías ser denunciado —problema que ha acompañado siempre a la idiosincrasia española a lo largo de su historia—.

Tras establecerse un tribunal en una determinada ciudad, daba lugar a un periodo de gracia de unos treinta o cuarenta días en el cual se imponía la obligación de denunciar al santo oficio cualquier sospecha de herejía y en el que los herejes podían confesar y reconciliarse en la fe católica. Con este procedimiento se salvaban de penas posteriores y más graves, y solo cumplían

una penitencia menor y pagar una limosna.

Una vez presentada la denuncia —que, para más inri, a principios del siglo XVI se remuneraba—, que implicaba el arresto provisional del inculcado —en prisiones secretas y con total aislamiento durante semanas o incluso meses, sin saber quién ni de qué se les acusaba—, intervenía el fiscal. La detención iba siempre acompañada de la incautación de bienes. Los testigos debían ser cristianos, mayores de catorce años, gozar de plenas facultades mentales, ser lo suficientemente ricos como para no aceptar sobornos y no ser ni parientes ni enemigos del acusado. Esa era al menos la teoría. Si solo había dos únicos testimonios provenientes de mujeres, entonces no permitían condenar a la pena ordinaria, puesto que había mucha desconfianza de sus testimonios.

La no confesión, mantenida bajo dolorosa tortura, creaba una presunción favorable hacia el acusado, haciendo impensable una condena.

La culminación del procedimiento era el auto de fe. Este consistía en un acto solemne de frecuencia anual, con misa, sermón y lectura de la sentencia. Eran públicos porque servían para instruir e infundir terror y porque durante el auto se humillaba al condenado, lo que conseguía impresionar al pueblo cristiano y exaltar su religión. El acto público pretendía, y conseguía, disuadir a otros posibles herejes de la comunidad. Con el fin de obtener el mayor efecto se esperaba a tener un número suficiente de condenados para que el auto fuera lo más multitudinario posible.

La procesión pública hacia el estrado seguía este curioso orden: leñadores, soldados de la fe o miembros de congregación de San Pedro Mártir —los llamados familiares—, la Cruz Verde de la Inquisición y el estandarte con las armas del santo oficio —el olivo como señal de misericordia y la espada como señal de castigo—, el sacerdote portador del Santo Sacramento —bajo palio rojo y dorado—, el sacristán con la campanilla que avisaba de la llegada del sacramento, otro grupo de soldados, los condenados, cada uno custodiado por dos dominicos, los alabarderos del rey, y detrás los guardias del santo oficio. Cerrando el séquito de tan espeluznante espectáculo iban los portadores de unos muñecos —efigies— que representaban a los que habían huido o habían muerto en prisión. Junto a ellos, los portadores de los cofres con los restos de aquellos que no aguantaron la tortura o el encarcelamiento y los que eran exhumados tras ser declarados herejes después de muertos. Por último, las mulas en las que iban los inquisidores y los oficiales del tribunal que portaban la cruz en sus ropajes.

Los gastos de la organización del acto eran financiados por la subasta de los bienes de los condenados y por las penas pecuniarias.

A pesar de que todo lo anterior no es moco de pavo, parece probado que la imagen de una Inquisición cruel y despiadada fue en muchos casos exagerada. Es cierto que la tortura se utilizaba para hacer confesar al acusado de su delito en el caso de que hubiese indicios de culpabilidad, cuando no quería confesar o sus

declaraciones variaban. Sin embargo, la tortura era todo un arte y se practicó siguiendo unas estrictas normas de duración, técnica y frecuencia y, de hecho, durante su ejecución, no podía producirse derramamiento de sangre ni mutilación de miembros. Al menos, esa era la teoría, porque de entre los diferentes y numerosos métodos de tortura, los más usados y conocidos fueron la horca, el poste —la hoguera—, la rueda y el péndulo o garrocha. Es cierto que no corría la sangre ni mutilaban los miembros del pobre desgraciado, pero estos métodos dislocaban brazos y piernas, rompían el cuello o consumían los cuerpos entre llamas. Hecha la ley, hecha la trampa.

Los arrepentidos condenados al poste podían contar con la gracia de ser estrangulados con la ayuda de un garrote antes de prenderles fuego, algo que, por horrible que parezca, suponía un alivio al condenado. A los menores de veinticinco años nunca se los quemaba, se los azotaba y, si eran varones, eran enviados a galeras. Si eran mujeres, al destierro. Si había que ejecutar a una embarazada esperaban a que diera a luz.

Sin duda, los métodos de tortura más utilizados por la Inquisición fueron los de escarnio público, que aunque no consistían en una tortura física, sí lo era psicológica. Un ejemplo fueron los sambenitos, cuyo nombre proviene de saco bendito, que los penitentes debían vestir durante un tiempo como señal de su infamia. Los condenados a muerte llevaban otra versión del saco en negro decorado con llamas o demonios.

Tomás de Torquemada Valdespino es, sin duda, uno de los personajes históricos más conocidos a la par que temidos por ser el gran inquisidor general durante el reinado de los Reyes Católicos. Nació en 1420 dentro del seno de una acomodada y bien conectada familia y siguió los pasos de su tío el cardenal y fraile dominico Juan de Torquemada. Llegó a ser doctor en Teología y ocupar la cátedra de Derecho Canónico y Teología.

Curiosamente, aunque su ascendencia es discutida —sus bisabuelos pudieron ser judíos convertidos—, Torquemada fundó un priorato dominico en Ávila, donde se exigía la pureza de sangre: los componentes de la orden no podían tener antecesores judíos.

En 1455, fue designado prior en el Convento de Santa Cruz de Segovia donde conocería a la infanta de Castilla, Isabel. En 1482 fue nombrado inquisidor general a instancias del rey Fernando, y sentó las bases de la Inquisición, creando cuatro tribunales permanentes y el Consejo Supremo, del que sería su presidente perpetuo.

Se le ha descrito como el martillo de los herejes, el salvador de su país, el honor de su orden. De hecho, durante su mandato se calcula que fueron quemadas más de diez mil personas y unas cien mil fueron cruelmente torturadas.

Pero la Santa Inquisición no solo la tomó con herejes y marranos. Los libros

también fueron pasto de las llamas en ese intento de controlar y dirigir la fe y la moral católicas. Nada estaba a salvo de la sospecha inquisitorial. Los libros heterodoxos se consideraban herejes mudos de gran poder. De hecho, la censura a la que se vieron sometidos fue en cierto modo un fenómeno peculiar de esta época donde la represión ideológica estaba a la orden del día.

En torno al libro se creó una auténtica red de vigilancia policial y los métodos que utilizaron para identificar el tomo conflictivo fueron similares a los procesos a los que sometían a los herejes. Además, la obra también podía ser denunciada ante el tribunal, solo que aquí se enfrentaba a los llamados calificadores. Si el libro resultaba culpable, se prohibía total o parcialmente y se anunciaba tanto en misa como a través de edictos.

Hasta las bibliotecas fueron objeto de control y catalogadas perniciosas para la fe. Como cada vez prohibían más autores y lecturas, aquellos edictos donde se anunciaba una pequeña cantidad de títulos, terminaron convirtiéndose en auténticos listados o índices de libros prohibidos.

En 1558, por ejemplo, el primer *Índice romano de libros prohibidos* censuraba leer y poseer nada más y nada menos que un millar de títulos entre los que se encontraban obras de Erasmo, Maquiavelo, Descartes o Rabelais. Kepler, Galileo o Víctor Hugo también fueron, entre otros tantos, prohibidos. Una auténtica declaración de guerra contra la élite intelectual europea.

Aquella lista negra que se actualizaba regularmente se fue sofisticando con el tiempo y terminó clasificando a los propios autores por su grado de toxicidad. Incluso condenaron libros religiosos si estos estaban escritos en lengua vernácula —distinta al latín— y demonizaron los romances. Esta congregación del *Índice* sobrevivió como institución oficial hasta 1917. El Vaticano lo abolió en 1966.

TIEMPO DE REYES**LA VIUDA, LA REVUELTA Y LOS COMUNEROS**

Los comuneros fueron las personas que participaron en las revueltas de la Comunidades de Castilla —de ahí su nombre— entre 1520 y 1521, durante el reinado del emperador Carlos V y en contra de la política imperial del nuevo gobernante. Los motivos serán muy sencillos: las ciudades, alarmadas por los costes económicos que este tipo de nombramientos pudiera acarrear, protestaron contra esta elección imperial. Por si esto fuera poco, la venida del nuevo monarca no fue recibida con entusiasmo en España, ya que apenas llegó empezó a nombrar cargos públicos importantes en su corte flamenca, desplazando a los castellanos del poder, a los que como es lógico, no les gustó mucho aquellas decisiones.

La rebelión comenzó en Toledo de mano de Juan Padilla, extendiéndose al resto de ciudades rápidamente. Los rebeldes constituyeron una milicia ciudadana que tomó como enseña el pendón rojo de Castilla. La revuelta terminó en Villalar en abril de 1521, con los líderes de la revuelta decapitados. Sin embargo, todavía quedaba una chispa rebelde en la ciudad de Toledo, una chispa femenina.

1504	Muerte de Isabel la Católica
1517	Llegada de Carlos I a España
1520	Carlos I es nombrado emperador y cambia a Carlos V. Se inician las revueltas de las Comunidades
1521	Batalla de Villalar y muerte de los líderes: Padilla, Bravo y Maldonado
1522	María de Pacheco huye de España y fin de las Comunidades

La insurrecta se llamaba María de Pacheco, y fue hija de Íñigo López de Mendoza y Quiñones, primer marqués de Quiñones y segundo conde de Tendilla, y Francisca Pacheco. Una mujer culta y de armas tomar que sabía latín, griego, matemáticas, historia, y a la que habían hecho recientemente viuda de uno de los líderes a los que habían decapitado, Juan Padilla.

Por entonces la llamaban «leona de Castilla», «brava hembra» o «centella de fuego», ya que volcó todo su énfasis y odio hacia los verdugos de su marido.

A la muerte de este se subió al alcázar llamándole a gritos «¡Padilla! ¡Padilla!», y se erigió dueña de la ciudad. Tomó el alcázar, designó nuevos puestos y empezó a implantar nuevas contribuciones e impuestos. Además, como veía venir una pronta represalia por parte del poder real, ordenó el rearme para la batalla.

Pronto, la leyenda de María de Pacheco comenzó a correr como la pólvora, y los comuneros encontraron al líder perdido en ella. Entró por la fuerza en la catedral de Toledo, y apresando al cabildo le obligó a pagar seiscientos ducados. Se dice también que ella misma entró en la catedral de rodillas y al llegar al altar hizo pedazos la custodia y la cruz de plata para repartirla entre sus soldados.

Debido a la insurrección de María de Pacheco, comenzaron los enfrentamientos entre ambos bandos. Uno de los más célebres fue el de Oñas del Rey, en agosto de 1521, en donde aparte de morir cerca de mil rebeldes comuneros, resultó herido el poeta Garcilaso de la Vega, que luchaba en el bando del prior de San Juan y el de Juan de Ribera. Sin embargo, el bando comunero se vio asediado y tuvieron que pactar una amnistía.

La llama de la revolución no se apagó en María de Pacheco, quien encontró en Juan Gaitán, Hernando de Ávalos y Juan de Carrillo a sus compañeros más fieles a la causa.

Tras el asedio, los comuneros volvieron a alzarse en armas, usando la casa de María de Pacheco como fortín principal y comenzar así otra rebelión. Sin embargo, a aquellas alturas ya quedaban pocos afines a su causa, y los rebeldes no tenían fuerzas para aguantar otra embestida, por ello, tuvo que pactarse una tregua en la que la Pacheco huyó disfrazada de Toledo.

La derrota de Toledo supuso la derrota de las Comunidades y el fin de la rebelión. Como medida se mandó derribar la casa de los rebeldes Juan y María hasta los cimientos. Impregnaron el suelo de sal y erigieron una columna.

María de Pacheco huyó de la ciudad montada en asno, vestida de labradora. Obviamente fue exceptuada del perdón general que el emperador Carlos V concedió en 1522, y fue condenada a muerte por rebeldía. María, huida de todo y de todos, fue cuidada bajo el arzobispo de Braga y finalmente murió en Oporto en 1531. Siguiendo su voluntad fue enterrada en la catedral de esta ciudad. En su tumba figura el epitafio escrito por su hermano Diego Hurtado de Mendoza: « Si preguntas mi nombre, fue María; si mi tierra, Granada; mi apellido de Pacheco y Mendoza, conocido el uno y otro más que el claro día; si mi vida, seguir a mi marido; mi muerte, en la opinión quéel sostenía; España te dirá mi calidad que nunca niega España la verdad» .

DE LA LEYENDA NEGRA Y LA LEYENDA BLANCA

Conocido como el Prudente, Felipe II nació en Valladolid el 21 de mayo de 1527 y falleció en San Lorenzo de El Escorial el 13 de septiembre de 1598. Hijo de Carlos I de España y V de Alemania, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico —título que no consiguió heredar, aunque empeño le puso para dar y tomar— y de Isabel de Portugal, su reinado es uno de los más longevos de la historia de nuestro país, casi medio siglo que se extiende entre 1556 y 1598. Pero no solo fue rey de España, sino que también lo fue de Sicilia y Nápoles (1554-1598), de Portugal y el Algarve (1850-1598) y rey de Inglaterra e Irlanda (1554-1558). No en vano el Imperio español de la época era conocido como «el imperio en el que no se pone el sol», ya que tenía posesiones en todos los continentes.

Una educación esmerada, pero severa y rígida, basada en una profunda religiosidad, sumado a las enormes dificultades de su reinado y a las tragedias personales imprimieron en el monarca un carácter retraído y hosco. Le gustaban la naturaleza y las actividades al aire libre, como la caza o los jardines a la flamenca. Gran amante del coleccionismo, poseía la mayor biblioteca de Occidente —se cree que con más de catorce mil volúmenes—. Pero no solo coleccionaba libros, sino todo tipo de objetos entre los que destacaban los de índole religiosa. También fue gran mecenas de las artes plásticas y la música y no así del teatro, y a que parece que no le gustaba.

Su padre, el emperador del Sacro Imperio, pasaba largas temporadas fuera de casa y estuvo ausente durante gran parte de su vida —como él mismo haría con su primer hijo, Carlos— y su madre falleció siendo él muy joven. Las tragedias personales estuvieron marcadas por sus numerosos matrimonios y su escasa descendencia; se casó primeramente con María Manuela de Portugal, con la que tuvo al infante don Carlos, el heredero de la Corona hasta que falleció rodeado de misterio y especulaciones en 1568 y del que seguidamente hablaremos. En el año 1554 se casó con María I de Inglaterra, con la que no tuvo descendencia, y al morir esta contrajo matrimonio con Isabel de Valois, con quien tuvo dos hijas: Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela. Su último matrimonio fue con Ana de Austria con quien, si bien tuvo mucha descendencia, poca sobrevivió: Fernando, Carlos, Diego, Felipe —el futuro Felipe III— y María.

Las dificultades de gobierno en su reinado pasaron por problemas en los Países Bajos, la conquista de Portugal o las desavenencias con Inglaterra y el resto de potencias protestantes. Felipe II ha sido uno de los personajes más discutidos de la historiografía española, tanto dentro como fuera de nuestras fronteras. Poderoso soberano, gobernador de un inmenso Imperio en constantes rebeliones y disputas, con una política claramente antiprotestante y gran defensor de la Iglesia católica, no fueron pocos los enemigos que se granjeó el monarca, como tampoco los fervientes defensores que tuvo. Todo ello fue forjando lo que ha pasado a la historia como la leyenda negra, una especie de opinión y sentimiento antiespañol creado desde fuera de España por los enemigos que en aquel momento concreto tenía la monarquía hispánica con el súbito interés de provocar el descrédito de Felipe II y sus políticas. Hemos de decir que tuvo mucho éxito, aunque también sería justo declarar que existió lo que se ha llamado la leyenda blanca, rosa o dorada, justo con la intención de todo lo contrario.

¿Por qué la leyenda negra? Desde fuera de España se pintó a Felipe II como un monstruo responsable de los horrores de la Santa Inquisición, del exterminio de los indios americanos, así como de la destrucción de sus enemigos políticos y religiosos, se le intentó cargar el muerto —nunca mejor dicho— de ser el causante del envenenamiento que llevó a la muerte a su tercera esposa —Isabel

de Valois— y de la defunción de su primogénito, el infante Carlos. Felipe II era visto como un soberano despótico y fanático hasta el extremo; criminal e imperialista, al que se le minimizaron las victorias y se exaltaron las derrotas. La leyenda negra comenzó a fraguarse a lo largo del siglo XVI y alcanzó su cénit en el XVII de la mano de opiniones de publicistas y cronistas antiespañolistas y anticatólicos.

Por otro lado, la leyenda rosa, blanca o dorada, en la que era visto por sus seguidores como el arquetipo del buen gobierno, de la moralidad y de toda clase de virtudes. Sus defensores y sus más acérrimos seguidores veían en Felipe II poco más que a la figura del mesías; el descubrimiento de las Indias y la liberación de los indios de su vida de herejías eran percibidos como signos de la elección del rey de España para cumplir la misión de evangelizar y catolizar no solo Europa, sino el orbe entero. Y para ello se necesitaba poder y hegemonía, elementos que debía mantener a toda costa.

¿ Sabías que... ?

Bloody Mary, o María I de Inglaterra, fue hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón, por lo tanto, nieta de los Reyes Católicos y perteneciente a la dinastía Tudor. Reinó en Inglaterra, Irlanda y como consorte en España tras su matrimonio con Felipe II, con quien se casó a los dos días de conocerle. Es conocida como La Sanguinaria (Bloody Mary) porque persiguió y ejecutó a cerca de 300 protestantes en su afán de reimplantar la religión católica en Inglaterra y por el intento de decapitación de su hermana Isabel I, la futura Reina Virgen, para mantener el trono.

Y es que si de algo estuvo marcado su reinado fue de una especie de aura de providencialismo que no solo afectaba a la persona del rey, sino a la de muchos españoles. Felipe II estaba convencido que debía esperar los éxitos y temer los

fracasos ya que ambos venían del favor del cielo y, para ello, era necesaria una estricta moralidad personal y social, para no perder así este favor.

EL CÍRCULO ESOTÉRICO DE FELIPE II

Una de las obras cumbres del rey Prudente fue la construcción del monasterio de El Escorial, en honor a San Lorenzo. De Felipe II sabemos que era un ser fervientemente religioso, lo que poca gente sabe es que también tenía un enorme lado esotérico.

Todas las creencias esotéricas de este rey se materializaron en este monasterio que fue proyectado con la idea de crear un templo salomónico y en el que se siguieron unas pautas astrales, como el hecho de que la primera piedra se colocó según las predicciones del horóscopo. Felipe II se adjudicó el papel de nuevo Salomón, quizás por su título de rey de Jerusalén, y quiso dar al monasterio ese carácter de cosmos.

En la biblioteca de su templo del saber conservan varias cartas astrales que el mismo Felipe II hizo hacer, una de ellas de John Dee y otra del médico Matías Haco, llamado *Prognósticos*, la cual usaba Felipe II como libro de cabecera. En los frescos de la misma biblioteca se pueden ver cientos de ejemplos del hermetismo en el arte.

Pero, sin duda, lo más conocido de Felipe II en relación al ocultismo es lo que se conoce como el Círculo de El Escorial, un grupo constituido en torno a 1580 por médicos, espagíricos, alquimistas y astrólogos que se reunían en torno al monarca. Entre los nombres que integraron este círculo aparece Juan de Herrera, el arquitecto de El Escorial.

¡Dato Curioso!

Lo que se conoce como la Silla de Felipe II cerca de El Escorial, en realidad, no es tal. La tradición nos la ha hecho llegar como el observatorio desde el cual Felipe II seguía la construcción del monasterio, pero no es cierto. Lo más probable es que se trate de un altar de sacrificios del pueblo prerromano de los vetones.

No solo se reunían por el gran afán del monarca de obtener conocimiento y saber, sino para experimentar con el rey y su mala salud, y es que Felipe II fue un hombre de constitución y salud débil, una situación que con la edad se fue acrecentando, por lo que era intervenido continuamente con purgas y sangrías. Tanta purga, tanta sangría y el atiborramiento a diuréticos dejaban a Felipe II más muerto que vivo, así que aconsejado por ese círculo de sabios, empezó a utilizar otros productos mucho más misteriosos: cuernos de unicornio —que eran de narval—, piedras bezoares —que eran del riñón—, pezuña de gran bestia —que era de alce—, todas las piedras preciosas habidas y por haber o piedras del águila —limonita—. Y por supuesto cientos de miles de bálsamos, frutos y hierbas. Al final de su vida, cuando ya estaba a punto de morir en su cama, se volvió aún más paranoico: no permitía que nadie le tocase sus amuletos. Además, mandó poner a todos los lados de la cama y por las paredes de su dormitorio crucifijos e imágenes. Entre dichas imágenes hubo una enorme colección del Bosco: la *Mesa de los pecados capitales* o *El Jardín de las Delicias*.

¿Sabías que...?

Felipe II no fue el único monarca relacionado con el ocultismo: María Tudor e Isabel I financiaron numerosas publicaciones de alquimia y astrología; Nostradamus fue admirado y protegido en Francia y sus premoniciones admitidas por los reyes; María de Médicis se dejaba aconsejar por la hechicera esposa de Concino Concini; Rodolfo II de Praga se rodeó de cabalistas, astrólogos y alquimistas; y el mismo Carlos V tuvo a su servicio a Cornelio Agrippa, quien fue encarcelado en los Países Bajos por la publicación de su obra *De Occulta Philosophia* en 1530.

Tuvo también encima de la cama el crucifijo con el que murió su padre en las manos, el emperador Carlos V, y pidió que tras su muerte se guardase en un cajón a la espera de la muerte de su hijo y sucesor Felipe III. Eso sí que era un

regalo.

Finalmente, cuando ya veía que sus días estaban terminando, pidió la extremaunción y « mandó a su confesor que le llevase el Manual, libro donde se administran los Santos Sacramentos, y le leyese todo lo que este tocaba sin dejar letra ». Para recibirla, se esmeró en su higiene personal, algo con lo que parece estaba un poco obsesionado —y algo nada habitual en la época—.

LA ARMADA (QUE NO FUE) INVENCIBLE

Felipe II dijo que él había enviado sus naves a pelear contra los hombres, no contra los elementos. Y es que el verdadero nombre que se le dio a la flota que debía invadir Inglaterra fue el de *La grande y felicísima Armada*, nada del pretensioso título de la Armada Invencible, que no es sino un apelativo forjado por la historiografía anglosajona sin otro fin que el de resaltar y ahondar en la derrota española en esta empresa. Sin embargo, derrota, lo que se dice derrota, no fue. Aunque tampoco una victoria, no pequemos ahora nosotros de triunfalistas.

El intento de invadir Inglaterra con la Armada Invencible —a la que la llamaremos así para no crear confusiones, ahora que se ha desvelado la verdad — se encuentra dentro del contexto histórico que conocemos como la guerra angloespañola, un conflicto que tuvo lugar entre los ejércitos y armadas de Felipe II de España y el de Isabel I de Inglaterra entre 1585 y 1604, y que no fue sino la culminación de una serie de hechos o eventos que fueron acrecentando hasta estallar la rivalidad entre ambos reinos.

Tan importantes son los conflictos o los hechos históricos como las causas que lleven a ellos y, en el caso de la Armada Invencible, sería imposible comprender su razón de ser sin conocer dichas causas. ¿Por qué España e Inglaterra acabaron entrando en guerra? Básicamente, porque ambas potencias se consideraban amenazadas y cada acción de la una suponía el enfado de la otra.

En primer lugar, en el año 1580 Felipe II se hacía con el trono de Portugal y lo incorporaba a los territorios de la monarquía hispánica. Lo hacía por derecho, pues su madre era portuguesa. Los ingleses —a los que Portugal se la debía traer bastante al paio, pero si se metían, mejor— decidieron apoyar en el conflicto al candidato portugués al trono, Antonio de Crato.

En segundo lugar, una vez conquistados los territorios de Portugal y las Azores, la monarquía hispánica se vio en la tesitura de tener que poner fin a los ataques que sufrían los barcos españoles que venían de las Indias —conocidos como la Flota del Tesoro, un nombre que, probablemente, ya avisaba de lo que había dentro— a manos de holandeses, franceses y sobre todo ingleses. Estas acciones las llevaron a cabo principalmente corsarios ingleses —pagados o no por la Corona inglesa— como John Hawkins o el conocidísimo Francis Drake.

España se estaba enfadando.

En tercer lugar, tanto España como Inglaterra quisieron meter mano en la sucesión al trono francés —nadie tenía suficiente con lo que había en casa, que debían ir a buscar los problemas fuera—; España quería un heredero católico e Inglaterra uno protestante y todos pactaron con quien hizo falta para conseguirlo.

En cuarto lugar, y en medio de la guerra de los Ochenta Años, Isabel I firmó un tratado con los rebeldes holandeses por el que se comprometía a suministrarles un ejército bajo mando inglés durante el tiempo que durase la guerra con España. El desembarco de tropas inglesas en los Países Bajos suponía una declaración de guerra implícita hacia Felipe II, que ahora sí estaba ya muy enfadado.

Por último, las conspiraciones católicas en Inglaterra para destronar a Isabel I y colocar a María Estuardo, reina de Escocia y católica dieron como fruto que Isabel I mandase ejecutar a María, que falleció en el cadalso el 18 de febrero de 1587. Este fue el detonante final para que Felipe II decidiese atacar e invadir Inglaterra.

Como apuntó el propio monarca hispánico, la Armada Invencible o la Felicísima Armada fue, más que cualquier otra cosa, una serie de catastróficas desdichas, incluso antes de zarpar. No podemos saber qué habría sucedido si todos los astros necesarios se hubiesen alineado como tocaban y las cosas hubiesen salido como estaban previstas —o, al menos, planeadas—, pero desde luego, lo que sí sabemos es que fue un problema tras otro desde el minuto uno.

Una vez resuelta la decisión de atacar Inglaterra, el siguiente paso era preparar la empresa. Felipe II escogía como almirante al marqués de la Santa Cruz, quien quería la friolera de quinientos barcos que transportasen más de sesenta mil hombres. El problema es que había que construir buena parte de esos barcos —la mayoría en astilleros españoles e italianos— y ello requería de mucho tiempo. Del que no se disponía, por cierto, si se quería atacar con presteza y evitar que los ingleses no solo lo supiesen, sino que se preparasen para ello.

En medio de todo esto se producía el ataque sorpresa del corsario Drake —dicen que amante de Isabel I, a la que se conocía como la Reina Virgen— a Cádiz a finales de abril de 1587, que se llevaría por delante una veintena y obstaculizaba la llegada de la flota de América que era la que, en gran parte, financiaba la empresa. Y por si fuera poco, el marqués de la Santa Cruz moría repentinamente de tifus, por lo que había que buscar a toda prisa un sustituto, que finalmente sería el duque de Medina Sidonia, al que se le daba orden de partir hacia Lisboa. Él no poseía experiencia como almirante ni experiencia naval, por lo que intentó rehusar el cargo, sin mucho éxito, porque al rey no se le dice que no.

Al retrasarse la partida de la Armada Invencible, esta pasaba a ser de todo menos secreta, y los ingleses comenzaban a prepararse para su llegada. ¿Qué

estrategia pensaba seguir la Armada Invencible? Esta debía aproximarse a los Países Bajos donde el ejército del duque de Parma —en barcasas— cruzaría el estrecho y pondría pie en Inglaterra. Pero esta estrategia planteaba problemas. En primer lugar, la propia inexperiencia del duque de Medina Sidonia, que no lo veía nada claro. En segundo lugar, que se trataba de un plan que requería un nivel de coordinación poco probable —por no decir imposible— en el siglo XVI. Y en tercer lugar, ningún puerto en los Países Bajos tenía profundidad suficiente como para acoger a la Armada mientras esperaba.

Finalmente, el 30 de mayo del año 1588 zarpaban ciento veintinueve barcos —mayormente mercantes requisados— con unos cien mil hombres como tripulación —entre los que había siete mil marineros, mil caballeros de fortuna y nada menos que ciento ochenta clérigos— y diecinueve mil como soldados infantiles.

Solo un mes después, los problemas con los temporales comenzaban; barcos dispersados que tenían que volverse a juntar, barcos a la deriva que se perdían y debían volverse a encontrar... Un no parar. Pero no solo afectó a los españoles; los ingleses, parados y esperando el ataque, tampoco podían zarpar debido al temporal. Y además, como debía haberse esperado, el encuentro que debía haberse producido entre la Armada y las tropas de Farnesio jamás llegó a efectuarse. Finalmente, el 30 de julio setenta barcos ingleses salían de sus puertos y rodeaban la Armada y al día siguiente se producían los primeros ataques. Los ingleses enviaron barcos incendiados contra los galeones españoles y la Armada tuvo que romper su sólida formación. El duque de Medina Sidonia consiguió reunir los barcos a la altura de Gravelinas, pero un fuerte temporal —sí, otro— arrastró los barcos hacia el norte, que fueron perseguidos por los ingleses hasta las islas Orcadas, donde viraron hacia el sur para regresar a España.

¿ Sabías que. . . ?

María Pita mató al alférez inglés durante el intento de asalto de A Coruña por parte de la Armada Inglesa a grito de «Quen teña honra, que me siga» («quien tenga honra que me siga»). Se convirtió en heroína de la ciudad ya que gracias a su hazaña, las tropas inglesas se desmoralizaron y acabaron retirándose.

El rey Felipe II le concedió una pensión que equivalía al sueldo de un alférez más cinco escudos mensuales y le concedió un permiso de exportación de mulas de España a Portugal.

Los daños fueron muchos, aunque podría haber sido peor. Se perdieron un tercio de los barcos y la mitad de los hombres, además de una gran cantidad de naufragios y navíos maltrechos que acabaron encallando en las costas de Irlanda y de Escocia —algunos de los cuales, curiosamente, se han recuperado y excavado en los últimos años—.

Se calcula —aunque estas cosas siempre son difíciles de aseverar de forma exacta— que se invirtieron en la empresa más de diez millones de ducados, lo que —como se ha hecho a lo largo de toda la historia una y otra vez— supuso el aumento de impuestos para enjugar el enorme déficit de la Hacienda de la monarquía hispánica, lo que acarreó, como podría esperarse, grandes quejas y muchos disturbios en varias ciudades de la Corona de Castilla.

¿Fue un desastre la Armada (In)Vencible? Desde luego que no fue una victoria ni una hazaña que habría que celebrar, eso lo tenemos todos claro. Sin embargo, no fue un desastre tan acusado como el que popularizó la propaganda inglesa y antiespañola del momento. Lo que sí fue es un enorme golpe a la moral española, que creían que habían sido abandonados por Dios.

Como consecuencia, Inglaterra se hacía con el dominio del Atlántico, aunque ello no llegó a interrumpir de forma total el sistema de flotas entre España y América y viceversa. Otra consecuencia era el fin de la toma de los Países Bajos por parte de Alejandro Farnesio y, por último, ingleses, holandeses y

hugonotes consideraron el fracaso de la empresa española como la salvación de la Europa protestante.

Si lo de la Armada Invencible fue un fracaso, los ingleses no se quedaron cortos y tuvieron el suyo propio. Mucho menos publicitado y difundido, claro está. El almirante de la flota era, desde 1581, el famoso pirata convertido en sir, Francis Drake, y los objetivos eran tres. El primero, destruir los restos de la Armada Invencible —reparándose en la costa cantábrica en aquel momento—; el segundo, destronar a Felipe II como monarca portugués y colocar a su candidato; y el tercero, desde las Azores, capturar la flota de Indias y así poder atacar los barcos españoles que procedían de las Américas y acabar con las rutas de comercio españolas. ¿Cuál fue el resultado de la contraarmada? Pues un fracaso estrepitoso que hizo, incluso, caer en desgracia al propio Drake —héroe popular por las fechas—. Se ve que Dios, ni el católico y ni el protestante, estaba muy por la labor.

¿CUESTIÓN DE GENES O UNA SERIE DE CATASTRÓFICAS DESDICHAS?

Como hemos mencionado, uno de los hechos que más alimentaron la leyenda negra fue lo acontecido alrededor del primer hijo de Felipe II con su primera esposa, María Manuela de Avis o de Portugal.

Se le ha descrito como enfermizo, agresivo y conspirador. Un personaje histórico rodeado de enigmas, de imprecisiones y de lagunas en su historia que no ayudaron demasiado a la forja de la imagen de su padre. Muchos estudiosos han visto en el comportamiento y el devenir de los sucesos que envuelven a la figura del príncipe Carlos un problema genético. Sus padres eran primos hermanos por partida doble. ¿Por qué se casaron entonces? Los matrimonios en aquel momento no solo se producían muy pronto —ambos tenían tan solo dieciocho años—, sino que eran alianzas y transacciones de gobierno; esta fue una boda pactada por el monarca Carlos I debido a la cuantiosa dote que aportaba la novia y porque garantizaba estabilidad política para la península ibérica al forjar una asociación matrimonial con el reino vecino de Portugal.

Sin embargo, que sus padres fuesen parientes cercanos y que durante generaciones se hubiesen practicado políticas matrimoniales endogámicas en la Casa de Austria no es lo único que podría explicar su actitud; ello estuvo agravado o potenciado por una posible demencia y las secuelas de la trepanación a la que se vio sometido muy joven y de la que hablaremos a continuación. Aparentemente, todo un cúmulo de factores y situaciones debieron de incidir en su carácter, no solo los genes.

La desgracia le llegó pronto; su madre falleció a los cuatro días de dar a luz debido a las complicaciones del parto —algo bastante habitual en la época— y

Carlos, a causa del absentismo de su padre por cuestiones de política y gobierno, quedó durante su infancia y parte de su adolescencia al cuidado de terceros.

Estos cambios, junto con la ausencia de una figura paterna fuerte hizo que, según algunos cortesanos, Carlos creciese mimado, sin que nadie le pusiese límites y manifestando comportamientos exagerados y preocupantes. Mostró evidencias de bestialismo y excentricidades así como cambios de humor constantes y radicales, su temperamento era violento e impulsivo y evidenció poco racionalismo y escasa lucidez mental; no habló hasta los tres años, no aprendió a leer ni a escribir hasta edad muy avanzada y, con el tiempo, desarrolló excesos en la mesa tanto con la comida como con la bebida que, sumados a su escasa afición al ejercicio físico y su constitución débil y enfermiza, no hicieron más que agravar su condición. Mostró problemas de salud y mentales desde la tierna infancia; a los once años sufrió de malaria, lo que le produjo un desarrollo anómalo de la columna vertebral y de las piernas que le obligaban a caminar cojeando y sin poder erguirse.

Se sabe que mandó incendiar una casa de la que, accidentalmente, le habían caído unas aguas sucias que le habrían manchado la ropa, o que arrojó por la ventana a un paje suyo cuyo comportamiento no le había satisfecho y que, en otra ocasión, habría intentado arrojar por la ventana también a su guarda de joyas y ropa. El trato violento al servicio era, al parecer, una constante. Asaba liebres vivas, cegaba caballos en los establos reales y a los once años mandó azotar a una chica por diversión, un hecho que se logró tapar pagando al padre de la muchacha una sustanciosa compensación económica.

Uno de los escándalos más sonados —y que además de sonado le costó, todavía más si cabe decir, la salud— tuvo lugar en abril de 1561, cuando se cayó por las escaleras del palacio de los Arzobispos de Toledo en Alcalá de Henares persiguiendo a una de las sirvientas, la hija del portero de palacio, y se golpeó tan fuerte la cabeza que quedó en estado comatoso durante días. En tal mal estado debió quedar que se le llegó a desahuciar e, incluso, Felipe II preparó sus exequias.

En su desesperación, el monarca mandó llamar al curandero Pinterete, un morisco y sanador no universitario famoso por sus misteriosos ungüentos. Lo cierto es que parece que su tratamiento funcionaba, pero se dice que fue expulsado de la corte por celos por orden de Dioniso Daza Chacón, médico español vallisoletano. Además, se le llegó a poner la momia de fray Diego de Alcalá a los pies de la cama, exhumada para la ocasión y de quien se decía que había muerto en olor a santidad. Finalmente, el príncipe fue atendido por el médico nacido en Bruselas Andrés Vesalio, que le practicó una trepanación del cráneo. Si bien Carlos se recuperó, la verdad es que ello pudo haberle dejado severas secuelas.

Cuando Felipe II regresó de forma permanente a España para hacerse cargo

de la monarquía hispánica a la muerte de su padre, se encontró con un preadolescente al que no conocía prácticamente, por lo que la relación fue tensa desde el primer momento.

Para contentarlo y acercarse a él, Felipe II le prometió que le nombraría gobernador de los Países Bajos, un territorio en rebelión desde hacía tiempo. Con todo, el carácter de su hijo le hizo desistir de esta empresa y retrasó el nombramiento de ese cargo, y de cualquier otro. Ello hizo que Carlos comenzase a impacientarse y creyese que su padre no confiaba en él; finalmente, Felipe II le nombró miembro del Consejo de Estado, algo que, lejos de contentar al príncipe, aún consiguió enojarlo más, pues se trataba de un órgano simplemente consultivo y las decisiones, en última instancia, las seguía tomando el rey.

Como estaba enfermo, no pudo acudir en persona a las Cortes celebradas en la Corona de Aragón en 1564 para jurar sus fueros y constituciones, por lo que estas se negaron a reconocerlo como heredero, cosa que desesperó aún más a Carlos.

Se agudizó su paranoia y la relación con su padre se torció definitivamente, llegando a burlarse de él en público, a espiarlo y a conspirar a sus espaldas. En su empeño por llegar a los Países Bajos y convertirse en su gobernador, conspiró con rebeldes flamencos que más tarde serían encarcelados por el duque de Alba, a quien incluso intentó apuñalar cuando sus planes se torcieron absolutamente. Sabemos, además, que llegó a confesar sus planes de asesinar al rey al prior del convento de Atocha. Incluso se especula que se pasó al bando luterano contra su padre.

En enero de 1568 y a la cabeza de una veintena de guardas y miembros del Consejo de Estado, Felipe II entraba en los aposentos de Carlos en el alcázar de Madrid —el actual palacio real— y se procedía al registro de sus pertenencias y documentos, donde se hallaron numerosas evidencias de sus planes y maquinaciones contra el monarca. Felipe II tomaba la decisión de prender y encerrar a su hijo en sus aposentos y se le privaba de correspondencia y de contacto con el exterior. En su cautiverio, el príncipe amenazó en numerosas ocasiones con el suicidio —como, por ejemplo, tragándose un anillo—, por lo que se ordenó también retirarle cuchillos y tenedores. Se le confinó finalmente en el castillo de Arévalo y en julio de 1568 inició una huelga de hambre. Falleció ese mismo mes de julio, probablemente de inanición y entre constantes delirios.

Para evitar escándalos y descréditos, Felipe II intentó ocultar en la medida de lo posible los incidentes perpetrados por el príncipe Carlos; sin embargo, la noticia del arresto del heredero del rey llegó a los confines del reino —y fuera de este— rodeada de misterio y de especulaciones. Se comenzaba a construir la leyenda negra en torno al monarca hispánico.

¿Pero por qué Felipe II actuó de forma tan ambigua en este tema? Los motivos de esta decisión se desconocen, aunque las especulaciones sobre la

muerte del príncipe no se hicieron esperar, sobre todo por parte de sus enemigos fuera de las fronteras españolas que le acusaron directamente de haber asesinado a su heredero; las versiones variaron desde la muerte por envenenamiento hasta la muerte por asfixia con una almohada a manos del propio monarca o la decapitación. La prensa rosa de la época incluso le atribuyó a Carlos un romance con Isabel de Valois, su madrastra y esposa de Felipe II, a quien en su momento se pensó en casar con el hijo en vez de con el padre. Lo cierto es que surgió amistad entre ambos, pero eso no es un hecho suficiente que pruebe ningún otro tipo de relación. La versión más probable del final de esta historia es que el príncipe muriese de causas naturales, como de su debilidad física y mental, y de la huelga de hambre que había iniciado y agravado todo por las condiciones de su confinamiento.

LOS TERCIOS DE FLANDES

Fue uno de los mejores ejércitos de la monarquía española, organizado en 1516 por la dinastía de los Habsburgo para la defensa de la monarquía hispánica en el territorio que componían los Países Bajos. Han pasado a la historia por ser los mejores soldados de su tiempo a pesar de ser también los peor pagados.

Durante esta época la monarquía española se declara en bancarrota en varias ocasiones. Demasiados frentes abiertos iban dejando las arcas reales vacías y a unos ciudadanos cada vez más descontentos.

Las tropas de Flandes son las que se veían más afectadas por esta falta de dinero, ya que su sueldo dependía de la Corona. Lo primero con lo que se les abastecía era el llamado « pan de munición » o « pan del gobierno » —como dice Sancho « todos los duelos con pan son buenos »—, aunque dicho pan no siempre llegaba, y a veces llegaba malo, fabricado con desperdicios —harina sin moles, y eso...— y era preferible morir de hambre a morir comiéndolo.

Otro de los aprovisionamientos importantes de las tropas era el vestido, solo disponible en dos tallas universales: grande y pequeña. El uniforme consistía en un gabán, calzones, chaqueta, camisa, ropa interior y medias. Luego, los ejércitos de cada lado llevarían sus insignias. Por ejemplo, estaba el tercio más discreto y recatado todo vestido de negro —conocido como el tercio de los sacristanes— y luego estaba un tercio más aderezado, cargado con plumas y vivos colores —el tercio de los almidonados—. Pero estos uniformes duraban bien poco en la guerra y la Corona no podía abastecerles de mucha más ropa, así que con frecuencia vestían con harapos.

¿ Sabías que... ?

La falta de dinero en la monarquía hizo que la sociedad se volviera más pícaro, lo que dio lugar a la aparición de la literatura picaresca. Así, los héroes pasaron a un segundo plano para centrarse en la vida de la gente común que tiene que buscarse la vida para poder llevarse algo a la boca. El mejor ejemplo de este tipo de literatura es *El Lazarillo de Tormes*, de 1554.

Pícaros eran también los soldados que entraron por primera vez en los Países Bajos, allá en 1567, pues no tardaron en manifestar los mismos valores de la picaresca de la sociedad española de este tiempo, es decir, los soldados eran holgazanes, brutos y con sed de juego.

Para ir al territorio enemigo tenían que hacer el Camino Español que se extendía casi enteramente por territorios propios, y así el rey quedaba a salvo. Pero el camino no era fácil, y de aquí procede el dicho de « esto es más difícil que poner una pica en Flandes », el arma del soldado español. El Camino Español era un viaje lleno de obstáculos geográficos y climáticos. Los soldados debían pasar desfiladeros, vadear ríos, penetrar bosques... y sortear a los numerosos ladrones. Así que llevar soldados a Flandes suponía grandes dificultades técnicas, logísticas y humanas, pero aun así, los soldados españoles llegaban a Flandes, combatían ¡y ganaban!

El viaje comenzaba en Milán y terminaba en Bruselas, y a pesar de los cambios en el trayecto, debido a las alianzas o enfrentamientos con los territorios colindantes, en esencia seguía un mismo patrón: partían por mar desde Valencia o Barcelona, desembarcando en Sicilia o Nápoles, la ruta atravesaba Saboya y Lorena, aliados; y también el Milanesado, Franco-Condado y Países Bajos españoles, estados españoles, bordeando Francia. El objetivo era mantener conectados todos los territorios de la Corona española.

En las batallas, los tercios debían combatir por la unidad de la monarquía hispánica, y lo hacían bajo la bandera de la Cruz de Borgoña, o Cruz de San Andrés, de fondo blanco y con una cruz aspada roja que la atraviesa. Dicha bandera fue la de España desde el siglo XVI a XVIII, adoptada por Felipe el

Hermoso en 1506 y utilizada hasta en la actualidad —como en el escudo del rey—, aunque su uso decayó con la bandera adoptada por Carlos III. Se la llama también bandera carlista, ya que dicho bando la utilizó en las guerras carlistas, mientras que las tropas de Isabel II ya usaban la «rojigualda».

SUS REGIAS MAJESTADES GOTOSAS

Este es el nombre que recibía la gota, una de las formas de artritis más dolorosas que existen y una enfermedad que se produce cuando se acumula demasiado ácido úrico en el cuerpo, especialmente en las articulaciones y los pies, debajo de la piel o en los riñones.

Al parecer está asociada al consumo elevado de carne y de ciertos pescados, alimentos con altos contenido en purinas, que provocan el ácido úrico, así como con el consumo excesivo de alcohol, ¿y quiénes podían tomar carne todos o casi todos los días? Pues principalmente los reyes y nobles y, aunque entonces no se sabía que era por eso, sí que caló en el imaginario colectivo que solo la padecían personajes de alta alcurnia, por lo que se asoció como la enfermedad de la opulencia, el libertinaje y los excesos. Hipócrates la definió como la «artritis de los ricos» en contraste al reumatismo que definió como «artritis de los pobres».

Felipe II pasó los últimos años de su vida postrados por esta enfermedad, incluso perdió la movilidad de la mano derecha. Sin embargo, no fue el único. El mal fue identificado por los egipcios en el 2460 a. C., y regios enfermos fueron Pedro de Médici —al que apodaron el Gotoso—, el francés Luis XIV, el inglés Enrique VIII o Benjamin Franklin.

¿Por qué se le llamaba gota? Este nombre se lo pusieron los médicos de la Edad Media, ya que la enfermedad la causaba un humor viciado que fluía gota a gota, especialmente en la articulación del dedo gordo del pie. ¿Y cómo se trataba? Allá por los tiempos del Sacro Imperio Romano se utilizaba una planta llamada *colchicum* para preparar enemas y laxantes, que se creía que eran los causantes de esta enfermedad y cuyos síntomas ayudaba a disminuir, pero no por el laxante en sí, sino por otros factores de la planta. Así, durante siglos la gota fue tratada innecesariamente a base de laxantes, fuese con ese método o con cualquier otro que produjese el mismo efecto al final. Hacia 1600, John Locke, filósofo de profesión, comenzó a intuir que los problemas no debían ir por esa línea y, asociando la enfermedad a la gente opulenta, recomendó moderar el consumo de carne y las comidas copiosas y excesivas. No iba desencaminado.

¡Dato Curioso!

Hasta el siglo XIX, cuando se descubrieron las causas científicas y médicas que provocaban esta enfermedad, se creía que la gota llegaba por un incontrolable apetito sexual, ya que los ataques de dolor se producían especialmente durante la noche y que era debido a algún trauma adquirido durante el coito. Muchos papas —como Julio II, Clemente VIII o Inocencio XI— sufrieron de gota, lo que les debió poner en una situación de lo más comprometida.

AMBROSIO SPÍNOLA. UN HÉROE VENIDO A MENOS

Personajes importantes de la historia de España durante la Edad Moderna los hay a montones y nombrarlos a todos sería imposible; sin embargo, uno de esos que podríamos destacar por su fascinante historia es Ambrosio Spínola.

Bajo este nombre se esconde el brillante genovés, nacido en 1569, uno de los militares más afamados y conocidos de la historia de España; I duque de Sesto, I marqués de Balbases, grande de España, caballero de la Orden de Santiago y poseedor del toisón de oro. General al servicio de la monarquía hispánica llegó a ser capitán general de Flandes y comandante del ejército español. Como vemos, un currículum a la altura de pocos.

Nació en el seno de una familia adinerada e importante y entró al servicio de la monarquía hispánica en 1602 junto a su hermano Federico en calidad de condottiero. Spínola aportaba de su bolsillo gran parte de su fortuna familiar así como más de mil hombres al servicio de Felipe III de España.

¿Sabías que... ?

La palabra condottiero proviene de *condotta*. La *condotta* era un contrato entre el capitán de mercenarios y el gobierno que alquilaba sus servicios. El condottiero era un mercenario al servicio de las ciudades estados italianas desde finales de la Edad Media hasta mediados del siglo XVI.

Spínola participó en los más grandes enfrentamientos bélicos del momento.

Pero no todo fue un camino de rosas para Spínola al servicio de los reyes de España. En 1606 regresaba a España sumido en la ruina completa, ya que había otorgado gran parte de su fortuna personal para continuar con los planes de la monarquía hispánica en Flandes poniendo el dinero por adelantado, dinero que no se le devolvió y que supuso a partir de entonces los intentos de la monarquía por mantenerlo alejado de España. Aun con esas, en 1611 recibió el título de grande

de España, un título que ansiaba enormemente y uno de los más grandes honores que podría recibir nadie por aquel entonces.

Sirvió en la guerra de los Treinta Años, un enfrentamiento que se libró en Europa central —especialmente en lo que hoy conocemos como Alemania— entre los años 1618 y 1648, y en el que intervinieron la mayoría de las grandes potencias europeas de la época, marcando el futuro del conjunto de Europa en los siglos posteriores. En este conflicto, Spínola lideró la campaña por el Bajo Palatinado, conquistando parte del territorio, hecho que le valió el grado de gran capitán.

En 1621, Felipe IV ponía fin a la tregua y se reanudaba la guerra con los Países Bajos. Fue entonces cuando Spínola llevó a cabo una de las acciones más importantes, reconocidas y recordadas de su carrera; el sitio y la toma de Breda. ¿Y qué hizo Spínola en esta guerra que fuese tan importante? Atacar el ejército de Mauricio de Nassau, hijo legítimo de Guillermo de Orange-Nassau —ahora estatúder de las Provincias Unidas— con el objeto de cortar la comunicación y el suministro de armamentos, refuerzos y víveres. Para ello, se construyeron trincheras, barricadas, fortificaciones, túneles e incluso se anegaron terrenos inmediatos. Breda resistió asombrosamente, pero fue conquistada meses después, el 5 de junio del 1625, por los ejércitos de los Tercios de Flandes bajo el mando de Ambrosio Spínola.

Tras ello, regresó a España para solicitar y reclamar fondos para seguir las campañas en Flandes, pero se encontró con grandes desavenencias con el valido de Felipe IV, el conde duque de Olivares, que hizo todo lo que estuvo en su mano por quitárselo de encima. El conde duque era un hombre de armas tomar y, al parecer, Spínola se le puso entre ceja y ceja.

En 1628 se iniciaba la guerra de Sucesión de Mantua y el conde duque vio el filón perfecto para deshacerse de él. Spínola era enviado en 1629 a Mantua para luchar por los intereses de los Habsburgo, pero fallecía el 25 de septiembre de 1630 arruinado, enfermo y parcialmente abandonado y desamparado por la monarquía hispánica de Felipe IV y Olivares. Un héroe venido a menos, que lo perdió todo por quien luchó.

EL CONDE DUQUE DE OLIVARES

« Infatigable en su trabajo, desde la cama al aposento del despacho y desde él al coche, en rincones, escaleras, con breves paradas oye y despacha infinita gente». Estas serían las palabras que le dedicase a nuestro protagonista su buen amigo Francisco de Quevedo y no podrían, al parecer, haber sido más acertadas para describir a don Gaspar de Guzmán y Pimentel, mucho más y mejor conocido como el conde duque de Olivares, valido del rey Felipe IV de España.

Pero ¿qué es un valido? Fue figura política en la monarquía hispánica,

especialmente durante el reinado de los Austrias Menores —Felipe III, Felipe IV y Carlos II— en el siglo XVII. Podría considerarse algo así como el primer ministro, aunque no como lo entendemos hoy, sino como la figura más importante de la corte después del rey. Era el puesto de mayor confianza del monarca en temas políticos y prácticamente gobernaba en nombre de este. El fin de los validos será a partir del siglo XVIII, con la llegada al trono de los Borbones. Algunos de los más importantes son el duque de Lerma, con Felipe III; el conde duque de Olivares, con Felipe IV, y Fernando de Valenzuela, con Carlos II. Los validos como tal solo existen en la monarquía hispánica, pero desde mediados del siglo XVII las principales monarquías europeas tendrán figuras similares, como el duque de Buckingham en Inglaterra o el cardenal Richelieu en Francia.

Procedente de una importante familia nobiliaria castellana, los Zúñiga, Olivares intentó ganarse un puesto en la corte de Felipe III en la que trabajaba su padre como miembro del Consejo de Estado, así como ser nombrado grande de España, sin conseguir ninguna de las dos cosas. Se retiró durante un tiempo de la política para ocuparse de sus haciendas; sin embargo, supo introducirse de nuevo en la corte e ir escalando posiciones que lo llevaron a lo más alto de la política del momento.

En 1615 fue nombrado gentilhombre de cámara de Felipe III por el duque de Lerma, pero cuando surgieron disputas entre este y su hijo y siguiente valido, el duque de Uceda, Olivares se posicionó al lado del bando vencedor, el de Uceda. Se acercó al círculo de poder de su tío, don Baltasar de Zúñiga y Velasco, quien, al ascenso de Felipe IV al trono, fue nombrado valido.

En 1621 Felipe IV otorgaba a Olivares el tan ansiado título de grande de España y, a la muerte de su tío en 1622, obtenía el puesto de valido, cargo que ostentaría la nada desdeñable cantidad de veintiún años.

Una vez en el poder llevó a término una enorme y frenética actividad política que le granjeó no pocos enemigos dentro y fuera del reino, ya que, al contrario que Felipe III y el duque de Lerma, Felipe IV y Olivares llevaron a cabo una política mucho más agresiva.

HISTORIA DE UN CUADRO: LA RENDICIÓN DE BREDA

El asedio de la plaza de Breda se produjo entre agosto de 1624 y junio de 1625 en medio de la guerra de los Ochenta Años y de la guerra de los Treinta Años.

En agosto de 1624 se sitia —contra los deseos del conde duque de Olivares— la ciudad fortaleza de Breda, gobernada por Justino de Nassau —hijo ilegítimo pero reconocido de Guillermo de Orange-Nassau, participante en el año 1588 en combate contra la Armada Invencible y gobernante de Breda entre 1601 y 1625

— y defendida por más de catorce mil soldados.

Diego de Velázquez pintó *Las Lanzas* o *La rendición de Breda* bajo encargo por parte del conde duque de Olivares en el año 1634. El encargo se le hizo al pintor de la corte para el salón de reinos del palacio del Buen Retiro, conjunto arquitectónico construido en Madrid entre 1629 y 1640 bajo la batuta del arquitecto Alonso Carbonell a petición de Felipe IV y, en especial, de su valido el conde duque de Olivares. Comenzó como una ampliación de unas estancias del convento de San Jerónimo el Real y terminó por convertirse en un conjunto de más de veinte edificaciones, plazas abiertas y jardín. Pese que no fue la residencia oficial del monarca, se construyó y se decoró con todo lujo, al mismo nivel que el alcázar.

La campaña de decoración del palacio resultó importantísima, llevándose a cabo enormes esfuerzos diplomáticos y gestiones con embajadores de cortes extranjeras por parte de Felipe IV y, en especial, del conde duque.

Las pinturas se encargaron a numerosos artistas de dentro y fuera de la corte española para decorar el citado salón de reinos. Este se construyó entre 1630 y 1635 y su nombre se debe a que, casi a la altura del techo y entre las ventanas superiores, se encontraban representados los veinticuatro escudos de la monarquía hispánica. En un principio, esta instancia se concibió como lugar en el que la familia real asistiría a la representación de funciones teatrales y eventos lúdicos varios, sin embargo, enseguida adquirió un simbolismo mayor; no se dejaron de llevar a cabo representaciones ociosas, pero se le agregó una importante función ceremonial y política. Se colocó el trono del monarca y era el lugar donde este recibía a sus visitas de la corte o extranjeras cuando se encontraba en el palacio del Buen Retiro.

Y para ello había que escoger momentos históricos relevantes, que contasen la historia de la grandeza de la monarquía hispánica —en franco declive— e impresionasen a los visitantes —incluso si para ello había que escoger a figuras como Spínola—. El sitio de Breda fue una lección magistral de estrategia militar por parte de Spínola. Además de ello, la actitud de este para con los vencidos fue un enorme gesto de caballerosidad y dignidad; Spínola pactó una capitulación honrosa que reconocía la enorme valentía del enemigo, al que otorgaba el permiso de que la guarnición abandonase la plaza en formación de orden militar, con las banderas al frente. Mostró un gran respeto y trato digno a los perdedores, y llevó a cabo una entrevista de cortesía al esperar personalmente fuera de la plaza al general Nassau.

Y este preciso instante es el que capta Velázquez; los protagonistas en el centro del cuadro son Spínola y Nassau, quien entrega las llaves de la ciudad en símbolo de rendición y está en una postura a medio camino de arrodillarse, algo que parece estar evitando Spínola con el gesto de su brazo, siendo esto todo un gesto de deferencia que muestra la no intención de humillar al enemigo.

No se trata de la clásica imagen en la que vemos al vencedor sobre el vencido, en clara posición humillante o triunfante. El cuadro de Velázquez se aparta claramente de esta convención. En primer lugar, vencedor y vencido confluyen en un encuentro de sorprendente benevolencia. En segundo lugar, Justino de Nassau aparece acompañado de una escolta de sus propios hombres, situados a la izquierda con sus picas y alabardas de enseña anaranjada. Las fuentes de tan insólita representación de una rendición se encuentran en parte en la esfera de los hechos y en parte en la de la ficción.

En el año 1627, Jaques Callot representó la retirada tal y como se había producido en realidad; Spínola sentado en el caballo y flanqueado por sus tropas, observa a la columna holandesa que se retira encabezada por una carreta en la que van el comandante holandés y su familia.

La clemencia que Velázquez recoge en su cuadro tuvo así su origen en los datos históricos, pero el punto central de la ceremonia —la entrega de llaves en la plaza— introduce una variación con respecto a los hechos reales. La entrega de llaves como símbolo de rendición era un motivo frecuente en pinturas y estampas, y Velázquez pudo haberlo tomado de una de ellas. No obstante, la idea empezó a circular de inmediato por la corte gracias a una obra de Pedro Calderón de la Barca, que se representó en 1625 para conmemorar la victoria. En el clímax del drama, titulado *El sitio de Breda*, Nassau entrega las llaves de la ciudad a Spínola, quien las recibe con las palabras que están materializadas en el cuadro de Velázquez: « Justino, yo las recibo y conozco que valiente sois; que el valor del vencido hace famoso al que vence » .

Velázquez hace de la rendición de Breda algo más que una victoria militar; el triunfo de las armas está presente en el lienzo, desde luego, mediante el célebre motivo de enhiestas picas españolas, cuyo número y destacada presencia contrastan con las arruinadas tropas holandesas de la izquierda. Pero, en el centro del cuadro, Spínola coloca una mano amable sobre el hombro de Nassau y de esa manera le impide que se arrodille para hacerle entrega de las llaves.

Tras el general español se encuentra su caballo, cuyos cuartos traseros ocupan de forma llamativa la parte derecha del lienzo. El caballo sin montura adquiere en este contexto una importante significación, pues lo normal habría sido mostrar a Spínola sentado a horcajadas sobre él mientras mira desde esa altura al enemigo vencido, tal y como vemos en *La rendición de Juliers* (o *Jülich*) de Jusepe Leonardo. En *La rendición de Breda*, en cambio, los dos hombres se encuentran en condiciones de igualdad; ya no es un cuadro del poder militar español, sino una metáfora de la superioridad moral española, que refleja la gloria del monarca en cuyo nombre Spínola manda a sus tropas y que glorifica la fe en que él y sus antepasados han jurado defender.

Se trata de una obra fascinante no solo debido a su originalidad en la interpretación de la historia y la tradición, sino también por el modo en que

Velázquez supo captar las reacciones de unos hombres corrientes ante lo que parecía uno de los hechos decisivos de la guerra con los holandeses.

Algunos de los soldados y oficiales observan la ceremonia con profunda atención, pero otros parecen distraídos bien por cosas que ocurren fuera del cuadro, bien por sus propios pensamientos y emociones. La orquestación de este complejo conjunto está sintonizada en su significado; todas las cosas y todas las personas están situadas en el lugar adecuado. Pero por debajo de esa superficie —gracias a las radiografías del cuadro— podemos entrever un notable proceso de ensayos y enmiendas.

SINO HAY BODA, HABRÁ GUERRA

Que las monarquías siempre han establecido relaciones diplomáticas a través de pactos matrimoniales es algo bien sabido y ningún matrimonio real se dejó, jamás, al azar o a los asuntos del corazón. Los hijos y las hijas de los reyes, a través de sus matrimonios, reforzaban amistades, sellaban pactos y terminaban guerras. O las empezaban, a veces.

Fruto de esa política pacifista, Felipe III comenzó las negociaciones para casar a su hija, María Ana de Austria —infanta de España y hermana de Felipe IV— con el heredero al trono inglés, el príncipe Carlos de Gales, futuro Carlos I de Inglaterra, con su padre, Jacobo I de Inglaterra. Estas negociaciones se alargaron nada más y nada menos que diez años y, una vez en el poder, fueron Felipe IV y Olivares los que tuvieron que continuar, y finalizar este acercamiento entre España e Inglaterra.

Pero había un problema complicado de solucionar: España exigía a Carlos su conversión al catolicismo —los ingleses eran anglicanos, protestantes— y grandes e importantes sectores ingleses se oponían rotundamente a ello. En 1618 había comenzado la guerra de los Treinta Años y las cosas ya no eran tan sencillas para el futuro matrimonio. Las hostilidades se habían acrecentado y la facción inglesa protestante pedía que se suspendiesen las negociaciones. Y aún más, pedían que el príncipe se casase con una mujer protestante, que se endureciesen las leyes anticatólicas y que se declarase la guerra directamente a España.

En 1620, Jacobo I retomaba las negociaciones que habían quedado paradas los años anteriores, pero la cosa parecía que no avanzaba debido a los problemas mencionados. Ante semejante panorama, en 1623, el favorito de Jacobo I, el duque de Buckingham, llevaba al príncipe de Gales de viaje a España, de incógnito, para que se ganase la mano de la infanta.

Las negociaciones terminaron por ser un fracaso acusado, tanto que en 1625 —y a exigencias del propio príncipe Carlos a su padre Jacobo I parece ser— una coalición angloholandesa atacó el puerto de Cádiz y pretendía asaltar la flota de

Indias, con la que España sufragaba sus guerras. Esto, obviamente, supuso el reinicio de las hostilidades y la rivalidad comercial entre España e Inglaterra por el control de las Indias occidentales.

En 1655 comenzaría, además, la guerra angloespañola bajo el protectorado de Cromwell. El 17 de noviembre de 1625 una flota al mando de sir Edward Cecil atacó Cádiz con diez mil hombres. Fue un fracaso total, ya que Fernando Girón, gobernador de Cádiz, junto al duque de Medina Sidonia rechazaron el ataque. Este momento de la historia de España está recogido en el cuadro de Zurbarán, pintado en 1634 como encargo del conde duque de Olivares para decorar el salón de reinos del palacio del Buen Retiro —como *Las lanzas* o *La rendición de Breda*, de Velázquez— *La defensa de Cádiz contra los ingleses*.

Por otro lado, tras abandonar la corte española y poner rumbo a su hogar, Carlos y el duque de Buckingham pasaron por Francia, donde el príncipe conoció a la hija de Enrique IV y Catalina de Médicis, Enriqueta María de Francia, con la que se casó, a pesar de ser también católica. Para evitar hostilidades con los sectores anglicanos de su gobierno —ya que su primer Parlamento se oponía a la unión—, Carlos I se hizo coronar en la abadía de Westminster sin la presencia de su católica esposa.

Como curiosidad, cabe destacar que, tras su paso por la corte de Felipe IV, una corte en la que no faltó el arte y la cultura —buena cuenta de ello nos puede dar la figura de Velázquez—, Carlos I se convirtió en un gran amante del arte y de los caballos purasangre que le había regalado como presente Felipe IV. Gastó muchísimo dinero en tales actividades, lo que le hizo ganarse aún más la antipatía de gran parte de la población y del gobierno.

Carlos I moría condenado por alta traición y decapitado, condenado por el Parlamento inglés, el 30 de enero de 1649 en medio de una Inglaterra convulsa que se encontraba inmersa en la revolución inglesa (1642-1689), que no era otra cosa que una guerra civil.

CUARENTA Y TANTOS HIJOS Y UN SOLO HEREDERO

Apodado el Grande y conocido como el rey Planeta, Felipe IV nació en Valladolid el 8 de abril del año 1605 y murió en Madrid, el 17 de septiembre de 1665, siendo su reinado el más largo de los monarcas de la casa de Austria y el tercero más longevo de la historia de la monarquía española. Entre sus títulos se encontraban el de rey de España, Portugal, Nápoles, Sicilia y Cerdeña, duque de Milán, soberano de los Países Bajos y conde de Borgoña.

Desde el primer momento su reinado estuvo lleno de disputas y enfrentamientos, pasando a la historia por hechos tan importantes como la guerra dels Segadors o la separación de Portugal, por personajes tan destacables como Velázquez y el conde duque de Olivares, y, desde luego, por la enorme cantidad

de descendencia que dejó. Eso sí, prácticamente todos ilegítimos y no reconocidos, por lo menos no en vida.

¿Y cuántos hijos tuvo Felipe IV? Pues según el historiador al que preguntemos, entre veinte y cuarenta, aunque los hay que se aventuran a dar la cifra exacta de cuarenta y dos. Coincidiremos en que, sea cual sea el número correcto, la cantidad es, cuando menos, abrumadora. Y lo dicho, casi todos ilegítimos, ya que, paradójicamente, dentro de sus dos matrimonios y los hijos habidos en estos tan solo llegó a la edad adulta un heredero; el enfermizo, débil y probablemente deficiente mental y físico Carlos II, al que llamaron el Hechizado en un eufemismo de lo menos sutil y que, más que probablemente, sea el claro exponente de los problemas que acarreó a la monarquía hispánica tras siglos de relaciones matrimoniales endogámicas forjando alianzas de poder.

Ya vimos anteriormente el caso de Felipe II y su hijo el príncipe que, casualidades morbosas de la historia, también se llamaba Carlos. Con su primera esposa, Isabel de Borbón, estuvo casado entre 1615 y 1644 y tuvieron siete hijos, de los cuales solo dos llegaron a la vida adulta; el príncipe de Asturias, Baltasar Carlos, que falleció a los diecisiete años, y María Teresa, consorte de Luis XIV de Francia —y por ende, reina de este país—, que disfrutó de una vida algo más larga.

Mariana de Austria fue su segunda y última esposa desde 1649 hasta su muerte, y de esta alianza nacieron cinco hijos de los que, de nuevo, tan solo dos sobrevivieron hasta la adultez; por una parte Margarita, consorte del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Leopoldo, y Carlos, príncipe de Asturias y posterior Carlos II, sucesor en el trono de su padre hasta 1700, siendo el último de los Austrias al morir sin descendencia.

Sin embargo, estos no fueron los únicos hijos de Felipe IV. La lista se engrosó muchísimo más con otros ilegítimos, hijos que engendró con mujeres de la vida pública como actrices —como María Inés Calderón, conocida como la Calderona, y con la cual tuvo a Juan José de Austria, que sí fue reconocido en vida y llegó a ser un importante político y militar durante el reinado de Carlos II — y con damas de compañía de sus esposas, como Constanza de Ribera y Orozco.

El rey frecuentaba asiduamente —escabulléndose por las dependencias del alcázar real de Madrid, el actual palacio real— teatros populares y de baja estofa como el corral de la Cruz o el corral del Príncipe, donde conocía a cortesanías y actrices.

Estudiosos de la figura de Felipe IV desde el punto de vista médico apuntan a que este monarca presentaba los síntomas de un sexoadicto patológico. Fuese como fuere, lo cierto es que no podemos negar que, por lo menos, promiscuo sí era, cuenta de ello nos la dan todos esos hijos ilegítimos, de los que reconoció a trece.

BLAS DE LEZO, EL HÉROE MALTRECHO

Los sobrenombres de Patapalo o Mediohombre no hacen justicia a la vida de uno de los almirantes y héroes más valientes de nuestra historia. Con tan solo diecisiete años, Blas de Lezo se enroló por primera vez en la marina al servicio de la escuadra francesa y siendo aún adolescente, participó en la batalla de Vélez-Málaga, la más importante dentro de la guerra de Sucesión entre Felipe de Anjou y Carlos de Austria. En la contienda, una bala de cañón se llevó su pierna izquierda por delante. Pero si de algo se han ganado un tópico los vascos, es de ser brutos por más que les pese, y Blas de Lezo y Olavarrieta, natural de Pasajes, Guipúzcoa, no pudo ser menos: a pesar del dolor causado por el cañonazo, se mantuvo en su puesto de combate, impertérrito, y no se quejó ni cuando se la tuvieron que amputar sin anestesia. Así empezó a forjarse su leyenda de héroe.

Dos años más tarde y luchando aún en la misma guerra a pesar de su cojera, perdió un ojo. Se encontraba en la fortaleza de Santa Catalina de Tolón, Francia, peleando contra las tropas del príncipe Eugenio de Saboya cuando el impacto de otro cañón hizo que una esquirla se le clavase en el ojo, perdiéndolo al instante.

En 1714 la plaza de Barcelona fue bombardeada porque Cataluña seguía levantada en armas en apoyo a los partidarios de la casa de Austria. Allí estaba Blas de Lezo sin conocer qué era el miedo. Se acercó tanto a la línea enemiga que recibió un balazo de mosquete en el antebrazo derecho, dejándolo manco para siempre.

Ser cojo, manco y tuerto no fue motivo suficiente para que a este intrépido marino se quedara en tierra. En 1720 luchó en los mares del Sur contra corsarios y piratas, y catorce años más tarde se embarcó rumbo a Cartagena de Indias, y a como comandante general, para defenderla de los ingleses.

Esta, sin duda, fue su más célebre batalla naval porque, como si de una superproducción épica hollywoodiense se tratase, tuvo que enfrentarse a una armada inglesa capitaneada por el almirante Edward Veron, y compuesta por ciento noventa y cinco buques, tres mil cañones y veintinueve mil soldados entre ingleses y milicianos de los Estados Unidos.

Blas de Lezo, contra todo pronóstico, resistió el ataque de una de las flotas más grandes de la historia con tan solo seis barcos y tres mil hombres. Porque a pesar de lo que podría considerarse una gran discapacidad física, el Mediohombre nunca se achantó y resultó un genial y arriesgado estratega militar.

Para retrasar el avance de la flota inglesa, ni corto ni perezoso hundió y prendió fuego a sus propios barcos e intentar así cortar el paso al enemigo. No sirvió de mucho, y tuvo que resistir con los seiscientos hombres que quedaron en el castillo de San Felipe donde los ingleses pretendieron tenderles una trampa al intentar atacar por sorpresa la retaguardia de la fortaleza.

Los hombres de nuestro héroe resistieron el ataque a pesar de la inferioridad

numérica y cavaron un foso alrededor del castillo para hacer las murallas más altas. Cuando llegaron los ingleses y quisieron asaltar el muro con escalas, estas se habían quedado muy cortas para el cometido. En ese momento el ataque dio un giro inesperado y los españoles acabaron con cientos de ingleses. Este hecho supuso tal golpe psicológico para el enemigo que a la mañana siguiente los de Lezo decidieron salir del castillo para cargar, con su ingenioso almirante al frente, contra los hombres de la pérfida Albión.

Fue tal la humillación sufrida que durante un mes se dedicaron a bombardear la zona inútilmente. Los atacantes, ya sin fuerza ni moral, acabaron retirándose de Cartagena de Indias mientras Vernon se despedía de la vergonzosa derrota al grito de « God damn you, Lezo!» (¡Que Dios te maldiga, Lezo!).



UN SELFIE HISTÓRICO:

VELÁZQUEZ, LAS MENINAS Y LA CRUZ DE SANTIAGO

Diego de Silva Velázquez fue el pintor más importante del Barroco español y, probablemente, uno de los más destacados de la historia de la pintura de nuestro país. Muchos cuadros suyos serían reseñables, sin embargo, tal vez el más

famoso y el más curioso sea el de *Las meninas*. ¿Por qué? Pues porque este célebre artista decidió incluirse en el cuadro. Parece que los *selfies* ya venían de lejos.

Sus periplos en la corte española comienzan en el año 1627 cuando es llamado a la capital del reino por el valido de Felipe IV, el conde duque de Olivares, para que realice un retrato del rey. Se dice que este quedó tan impresionado que decidió que Velázquez ocupase el puesto de pintor de corte — un honor inmenso para el momento— y que tan solo él pudiese retratar a partir de entonces al monarca.

En 1656 Velázquez pintó el que se ha considerado el mejor cuadro de la historia; sin embargo, las hipótesis alrededor de la obra son miles, debido a su complejidad y su ambigüedad.

¿Está Velázquez retratando a los reyes —que se ven reflejados en un espejo — y la infanta y sus damas han interrumpido en la habitación? ¿O son ellas las protagonistas del lienzo y los reyes los que se han acercado a cotillear la escena? ¿O, como apuntan otros estudiosos, se trata de una escena inventada por el propio pintor? Son tantas las hipótesis, como decimos, que incluso el mayor experto en el artista, el hispanista Jonathan Brown, ha hablado en varias ocasiones de un mal que padecen los historiadores que se dedican durante mucho tiempo al estudio del cuadro, el SFLM o Síndrome de la Fatiga de Las Meninas.

El historiador apunta que no se trata de un agotamiento del propio cuadro, sino de las cientos de interpretaciones que se han llegado a publicar sobre el tema hasta la fecha.

Sea como fuere, la nota —o una de las notas curiosas del cuadro— es que en él aparece el propio artista, casi en primer plano, como si el espectador estuviese observando la escena desde fuera y pudiese ver a Velázquez en plena faena. Y esto no era nada habitual para la época. Se especula que *Las meninas* es un cuadro inventado, que la escena jamás sucedió y que fue obra de la imaginación del pintor, que quiso así agradecer al monarca la confianza que había depositado en él durante tantos años en la corte.

¿Sabías que...?

Una menina o un menino era un miembro de la nobleza que desde la infancia entraba en palacio a servir a la reina o a los príncipes niños.

Y más enigmas en torno al cuadro, ¿quién pintó la Cruz de Santiago que lleva Velázquez en sus ropas? El pintor no entró a formar parte de la Orden de Santiago hasta tiempo después de haber pintado este cuadro, hasta 1659, es decir, tres años después de realizar la obra. Por ende, es indiscutible que Velázquez no lucía en su pechera la Cruz de Santiago cuando se retrató a sí mismo. Ahora bien, lo que sí ha suscitado hipótesis y discusiones es quién la mandó pintar. ¿Fue el propio Velázquez el que se retocó? O, como otros apuntan, ¿fue el propio monarca el que, de forma póstuma, pidió que se añadiese el símbolo como gesto de deferencia hacia el pintor que durante tantísimos años le sirvió con ahínco y esmero? O, más aún, ¿habría sido el propio Felipe IV el que lo pintó?

Reputados historiadores del periodo, como John Elliott, apuntan a que entre Velázquez y el rey surgió a lo largo de los años no solo una relación profesional, sino una sincera amistad, y que Felipe sentía cierta curiosidad e interés por la pintura, pudiendo haber aprendido algunas técnicas y consejos del gran maestro de la corte y que hay noticias, aunque no pruebas, de que en sus años más mozos Felipe pintaba. Lamentablemente no nos ha llegado nada que admirar.

¿Por qué era tan importante esta cruz? En tiempos de Velázquez, formar parte de la Orden de Santiago era una de las aspiraciones más codiciadas para cualquier miembro de la sociedad, y es que a ella pertenecían miembros de la alta nobleza y de la realeza. Aunque la Orden llegó a detentar un extraordinario poder, con el tiempo acabó perdiendo su carácter bélico y pasó a ser puramente elitista y social.

Entrar en ella no era nada fácil; algunos de los requisitos para pertenecer a dicha Orden eran certificar que se poseían limpios orígenes cristianos —esto es, ser cristiano viejo—, demostrar una ascendencia noble, no ser judío ni converso o que los ingresos económicos del aspirante no procediesen del trabajo de sus manos, y aquí es donde Velázquez tuvo ciertos problemas para conseguirlo. En el juicio al que tuvo que enfrentarse el pintor tuvieron que testificar amigos suyos —como el otro gran pintor del momento, Zurbarán—, para aclarar que sus limpias raíces eran ciertas y que su arte no se veía motivado por la obtención de ganancias económicas que enturbiasen su forma de vida. Se entrevistaron a casi ciento cincuenta personas y se concluyó que la procedencia familiar de Velázquez no era adecuada para tan alto honor.

El propio Felipe IV tuvo que tomar cartas en el asunto y, con ayuda del papa, consiguió que Diego de Velázquez entrara en la Orden de Santiago en noviembre de 1659.

¡Dato Curioso!

Heráldicamente hablando, Cruz de Santiago es una cruz latina de gules simulando una espada con los brazos rematados en flor de lis y una panela (heráldica) en la empuñadura. El apóstol Santiago fue el primero que murió de forma violenta y el único martirio se narra en la Sagrada Escritura, donde se cuenta que fue degollado con espada y por ello, en recuerdo de esta muerte, la Cruz que lleva el nombre del apóstol termina con esa forma de espada. Otro motivo podría ser que el apóstol Santiago peleó en varias batallas a caballo y espada en mano. Las tres flores de lis representan el honor sin mancha que profesaban los caballeros de esta orden y Santiago es considerado patrón y modelo de los esforzados caballeros de la Cruz. La Cruz de Santiago fue el emblema de esta orden religiosa y militar desde el siglo XII, el siglo de su propio nacimiento en el reino de León y cuyo objetivo era proteger a los peregrinos que hacían el Camino de Santiago, así como hacer retroceder a los musulmanes de la península ibérica.

MISTERIOS MODERNOS

EL CLAN DE LOS CANÍBALES ESCOCESSES

Aunque hoy en día muchos historiadores y estudiosos consideran esta historia un mito más que una realidad histórica, se trata de una de las leyendas escocesas más conocidas.

A mediados del siglo XVI, durante el reinado de Jorge VI de Escocia, fueron juzgadas y ejecutadas cuarenta y ocho personas por asesinato y canibalismo de alrededor de otras mil. Al parecer, Alexander Sawney Beane se casó y se retiró a vivir en una cueva cuya entrada solo se veía cuando bajaba la marea. A base de incesto engendró un clan enorme que se dedicaba a asaltar a viajeros a los que robaban y, posteriormente, asesinaban para llevar a cabo actos de canibalismo y vampirismo. Les pillaron cuando secuestraron a una pareja y el marido consiguió escapar. Se fue directo a las autoridades y les relató la sarta de atrocidades que le habían hecho a su mujer. Dicen que el propio rey Jorge en persona, acompañado de otros cuatrocientos hombres se plantó en la cueva y se encontraron con una cantidad ingente de cadáveres.

LA CONDESA SANGRIENTA

Cuando decimos la condesa sangrienta más de uno ya sabe de quién estamos hablando. Sí, efectivamente, de Erzsébet Báthory. Lo que se cuenta de esta noble húngara, miembro de una de las familias más antiguas e importantes de Transilvania, y que vivió entre 1560 y 1614, es que estaba terriblemente obsesionada con mantenerse joven y no envejecer. ¿Por qué esa obsesión con la eterna juventud? Parece ser que Erzsébet vio a su paso por un pueblo a una anciana decrepita y se burló de ella. La anciana ante su burla la maldijo diciéndole que ella también estaría como una vieja en poco tiempo.

Aunque fue raro para la época, Erzsébet recibió una exquisita y esmerada educación que la puso muy por encima —intelectualmente hablando— de la mayoría de los hombres de la época. Se casó muy joven con su primo, el príncipe Ferenc Nádasdy, pero este apenas estaba en casa, ya que se dedicaba más a sus obligaciones bélicas. Se ganó el apodo del Caballero negro de Hungría por su extrema violencia en el campo de batalla, donde empalaba a sus enemigos. Al parecer, Transilvania era tierra de empaladores, porque de aquí también salió el conocidísimo Vlad Tepes, de apodo el Empalador, considerado la inspiración de Drácula.

Sea como fuere, estos esposos compartían algo casi más fuerte que el amor,

su sadismo; existe un enorme registro de la correspondencia que compartieron durante las ausencias del príncipe en el que intercambiaban información y consejos sobre las maneras más apropiadas de castigar a sus sirvientes. Pero el amor se les torció; en 1604 Ferenc falleció y Erzsébet se quedaba viuda con cuarenta y cuatro años.

Parece ser que un buen día, una de sus sirvientas le dio un tirón de pelo mientras la peinaba. Erzsébet le dio un manotazo que le rompió la nariz y la sangre de la sirvienta la salpicó. Verdad o no, la condesa creyó ver que allí donde había caído la sangre desaparecían las arrugas y la piel se volvía lozana. ¡Había encontrado la respuesta a sus plegarias!

Se puso manos a la obra, degolló a la muchacha para llenar una bañera con su sangre, con la que se empapó todo el cuerpo. También bebió. Además, empezó a codearse con Darvulia, una bruja que le asesoraba sobre cómo hacer las cosas.

La veda se había abierto y en los años posteriores los ayudantes de la condesa se dedicaron a proveerla de jóvenes vírgenes de no más de dieciséis años, repitiendo los rituales una y otra vez. En un alarde, tal vez, de arrepentimiento solicitó al pastor de la localidad que les diesen entierros cristianos, pero este buen hombre no debía ser tonto y empezó a sospechar que en el castillo de la condesa muriesen tantas jóvenes por causas desconocidas. Ante ello, decidió empezar a dejar los cuerpos en terrenos cercanos, tirados al río, en silos. Este pastor sería quien, más tarde, la denunciase ante el rey de Hungría.

¿Qué hacía con sus víctimas? Pues no se limitaba a degollarlas para obtener su sangre, sino que se divertía cruelmente con ellas; quemaba sus genitales con velas, hierros y carbones, bebía su sangre directamente mordiéndoles mejillas y cuello —de ahí tantas leyendas posteriores sobre las prácticas de los vampiros—, pero también en los pechos. Las metía en jaulas donde las dejaba durante días, desangrándolas lentamente. También se dice que utilizó el aparato de tortura conocido como la «dama de hierro», una especie de sarcófago con forma de mujer lleno de pinchos que, al cerrarlo con la víctima dentro, se incrustaban en el cuerpo y producían la muerte por desangramiento.

Hasta entonces sus víctimas habían sido muchachas de condición humilde y cuyas familias no podían poner a la condesa en apuros, pero cuando empezó a buscar jóvenes de familias pudientes, a las cuales ofrecía la posibilidad de servirla como damas de compañía y de su corte, un privilegio para la época, sus muertes sí tuvieron repercusión y sí se buscaron respuestas por parte de las familias.

Se sabía que algo siniestro estaba ocurriendo en el castillo de Čachtice. Erzsébet fue acusada por el pastor de practicar magia roja y de llevar a cabo rituales abominables con las jóvenes desaparecidas. El rey de Hungría decidió tomar cartas en el asunto y envió al castillo a sus hombres. Al llegar, esta no

opuso la más mínima resistencia. Lo que presenciaron aquellos soldados lo marcaría para toda la vida; jóvenes muchachas torturadas, muchas de ellas prácticamente desangradas, cadáveres por doquier tanto dentro como fuera del castillo, sirvientas colocadas en cepos en el patio, con los huesos rotos de las palizas recibidas, vivas o muertas, todas con agujeros y heridas. En los sótanos del castillo y en los alrededores se exhumaron centenares de cadáveres. Todo el castillo estaba cubierto de serrín y cenizas para limpiar y ocultar la sangre, el olor era nauseabundo, a muerte y a putrefacción. Se dice que se encontró su diario, en el que contaba sus actos de forma pormenorizada y detallada, como si de experimentos se tratasen. Sumaban más de seiscientos.

En 1612 fue sometida a juicio y, acogiéndose a sus derechos nobiliarios se negó a asistir y a declararse de ninguna forma, ni inocente, ni culpable. Los que no pudieron librarse fueron sus sirvientes y ayudantes, ya que no gozaban de esa condición. Tuvieron que testificar y narrar los horrores, y fueron acusados no solo de asesinato, sino también de brujería. Todos fueron condenados a muerte.

A Erzsébet no se la podía ejecutar, de nuevo por su estatus nobiliario, por lo que se la emparedó en sus aposentos en el castillo tan solo dejando un hueco para la comida. Cuatro años después falleció. Aunque se pretendió enterrarla en la iglesia del castillo de Čachtice, el pueblo se negó en rotundo. Se la enterró lejos, sus archivos se sellaron y se prohibió hablar de ella en toda Hungría para condenarla al olvido. Obviamente, no lo consiguieron.

SIETE CHIMENEAS, UN FANTASMA Y UN EMPAREDADO

El edificio situado a pocas calles de la fuente dedicada a la diosa Cibeles en Madrid, es quizá uno de los lugares que más misterios y tristes historias encierra en su interior. En la plaza del Rey se levanta un palacete rectangular con siete pequeñas chimeneas en su tejado, y construido hace más de seiscientos años por orden de Felipe II.

Su leyenda comienza a finales del siglo XVI de manos de una pareja de recién casados formada por el capitán Zapata de la Armada española y su esposa Elena, hija de un hombre a las órdenes del rey, quizá uno de sus moneros. Hay versiones de la leyenda donde se llega a afirmar que Elena era amante del propio rey e incluso en otras, llegan a darla como hija ilegítima suya.

El joven matrimonio estrenó el palacete y vivió feliz en él hasta que pocas semanas más tarde el capitán fue llamado al frente para combatir en la batalla de San Quintín, en Flandes. La joven esposa se quedó sola y desconsolada, deseando que su amado regresara sano y salvo a sus brazos. Lo que Elena recibió fueron las peores noticias: el bravo capitán había muerto, poco antes de que la compañía que él mandaba plantara la bandera española ante los muros de San Quintín.

La joven viuda se sumió en la más profunda de las penas, encerrándose a llorar en su alcoba y negándose a probar bocado, hasta que un día apareció muerta sobre la cama. Jamás se esclarecieron las causas de su muerte y mientras unos daban por hecho que había muerto de pura tristeza, el servicio comentaba que su cuerpo mostraba signos de violencia.

Pero hay más; cuando entraron en la vivienda a por su cuerpo, el cadáver de Elena se había esfumado por arte de magia. Se acusó a su propio padre del asesinato y robo del cuerpo de Elena e incluso contaron que la había emparedado en alguno de los muros del palacete. Él aparecería una mañana ahorcado de una viga.

Comenzaron los rumores en los mentideros de la corte y pronto se destapó el escándalo: Elena había sido una de las amantes de Felipe II y este la visitaba aprovechando la ausencia de su marido. Que el propio rey ordenara desde el extranjero abrir una investigación para dar con el culpable y poder castigarlo, no ayudó a disipar los cotilleos.

A partir de entonces son muchas las personas que juraron haber visto durante la noche el fantasma de una mujer vestida de blanco, con una antorcha en la mano, andando sobre el tejado entre las siete chimeneas y apuntando con su dedo, unos dicen que hacia el palacio real, y otros, en dirección a Flandes, lugar donde perdió a su amor. Hay quienes también aseguraron que después de recorrer el tejado, se arrodillaba, se daba golpes en el pecho y desaparecía.

En la casa llegaron a residir, entre otros, el conde duque de Olivares, Manuel Godoy y el marqués de Esquilache, de quien se cuenta que, habitando el lugar, se produjo el famoso motín del 23 de marzo de 1766. Los asaltantes fueron a buscarle a su residencia y al no encontrarle allí se ensañaron matando al criado y prendiendo fuego a su mobiliario.

Otra de las tristes historias sucedidas bajo las chimeneas, tuvo como protagonistas a un matrimonio también desafortunado. Un rico anciano deseaba casarse, y para ello ofreció unas monedas de oro a un hombre por su joven hija. Esta, horrorizada por su futuro, en plena noche de bodas, y antes de consumar el matrimonio de conveniencia, decidió quitarse la vida.

¡Dato Curioso!

A finales del siglo XIX quiso emplazarse en el edificio la sede del Banco de Castilla. Durante las obras de remodelación se halló un esqueleto humano de mujer, perteneciente al siglo XVI junto a un puñado de monedas de oro de la época.

**VIDAS LICENCIOSAS,
PERSONAJES IRREEMPLAZABLES
Y ACONTECIMIENTOS RESEÑABLES**

EL MONSTRUO DE LA NATURALEZA

Félix Lope de Vega y Carpio es uno de los poetas y dramaturgos más importantes del Siglo de Oro español. Este madrileño nació el 25 de noviembre de 1562, y ya desde niño mostró sus preferencias por el arte literario y la fantasía.

Lope se vio siempre a sí mismo como un personaje literario de aires novelescos y recreó su propia imagen a conveniencia. Por ello es complicado discernir lo real de lo imaginario cuando se investigan las fuentes históricas que lo tratan. Existen contradicciones entre los datos que se tienen sobre la vida del autor y los documentos que se conservan al respecto. Lo que sí se sabe es que pasó parte de su infancia en casa de su tío, inquisidor de Sevilla, y de acuerdo al testimonio del propio autor, fue un niño prodigio que a la tierna edad de cinco años sabía leer latín y romance, además de componer versos. Mientras no supo escribir, daba su almuerzo a los estudiantes mayores a cambio de que anotasen lo que él dictaba. A los doce, siempre según él, ya escribía sus propias comedias.

Es también uno de los autores más prolíficos de la historia, hecho que le proporcionó los sobrenombres de Monstruo de la naturaleza y Fénix de los ingenios —dado este por Miguel de Cervantes—, y contribuyó al nacimiento del teatro moderno tal y como lo conocemos hoy.

Fue uno de los primeros autores en saber atraer al público a la taquilla y, en ocasiones, en sus obras empleó a mujeres vestidas de hombre como recurso comercial. En una época de pudor, ver mujeres con las piernas descubiertas atraía al público masculino, que acudía encantado por la novedad. Revolucionó la relación del autor con el público, afirmando escribir para todas las clases sociales por igual, no tanto por un sentido de justicia sino más bien monetario: de todos necesitaba cobrar para garantizar su independencia de los mecenas.

Sus comedias se vendieron pronto a buen precio y de esta forma conoció el éxito desde joven, convirtiéndose así en la encarnación de la fama y el éxito con poco más de veinte años. Esto le permitió vivir como quiso, lo cual significó en más de una ocasión que infringiera las normas y los hábitos sociales de su tiempo.

El Fénix estudió en el colegio Imperial, en el de los teatinos y en el de los jesuitas. En 1577 consiguió que el obispo don Jerónimo Manrique —emparentado con el poeta de las *Coplas por la muerte de su padre*— le concediera una beca para estudiar en la Universidad de Alcalá, pero no hay documentos que

confirman el paso del poeta por ella.

Lope fue un autor soberbio, envidioso, rebelde, caprichoso en temas de amor, enamorado y mujeriego. Tenía aires de grandeza, afán por el protagonismo y una obsesión con la honorabilidad. De hecho, en su imaginación se creyó descendiente del cántabro Bernardo Carpio, personaje legendario de la Edad Media e hijo de una nobleza que presumía de ser fundadora de Castilla y de haber comenzado la Reconquista. Tal fue su empeño que diseñó su propio emblema y un escudo nobiliario con diecinueve torres, algo que terminó siendo objeto de mofa para uno de sus más acérrimos enemigos literarios: Luis de Góngora, con quien mantuvo una patente rivalidad.

Trabajó para el duque de Alba, el marqués de Malpica o el marqués de Sarriá —que luego se convertiría en el conde de Lemos—. Dedicó obras al duque de Osuna, al marqués de la Santa Cruz o al conde duque de Olivares y mantuvo una complicada relación con su protector, el duque de Sessa, a quien llegó a escribir cartas de amor para sus amantes y prestar las que él mismo había escrito para las suyas. Y es que si su obra literaria fue abundante, también lo fueron sus sonados romances.

En 1580 comenzó sus amores con María de Aragón, a la que llamaría Marfisa en sus obras, puesto que a casi todas sus amantes las incluyó en sus trabajos. A los dieciocho años tuvo con ella una hija llamada Manuela. Más tarde frecuentó la casa de Jerónimo Velázquez, mecenas, director de una compañía de teatro y padre de Elena Osorio —Filis, Zaida y Dorotea en sus obras— quien fue su primer gran amor. A pesar de estar casada con otro hombre, fueron amantes durante cuatro años. Elena acabó separándose de su marido pero su padre la animó a mantener relaciones con el noble Francisco Perrenot, sobrino del poderoso cardenal Granvela y mucho mejor partido que Lope, quien no tuvo más remedio que compartirla con otro hombre.

La relación terminó como el rosario de la aurora. El despechado amante comenzó a escribir injurias contra Velázquez y su hija. Todo Madrid se enteró de los trapos sucios. Sin duda, hoy el Fénix habría sido carne de programa del corazón. La familia se querelló y Lope fue detenido y encarcelado. El tribunal lo condenó a cuatro años de destierro de la corte y dos del reino. El dramaturgo no aprendió la lección y reincidió escribiendo entre rejas. Una nueva demanda amplió el destierro ocho años y se le ordenó estar alejado del lugar donde vivía su víctima.

No contento con ello, antes de ir a cumplir su pena, se vio envuelto en un nuevo pleito por el rapto consentido de un nuevo amor, Isabel de Urbina (Belisa), hija del pintor de cámara del rey. Es posible que los familiares de Isabel retiraran la acusación gracias a un acuerdo que le obligó a casarse con la dama. El matrimonio se produjo por poderes, ya que el escritor se encontraba desterrado y de camino a Lisboa para alistarse en la Gran y Felicísima Armada de Felipe II,

lo que seguramente fue otra de las condiciones impuestas por los parientes de su mujer, deseosos como estaban de perder de vista a un yerno tan impresentable.

Se ha puesto en duda su participación en la Jornada de Inglaterra. Una parte de los investigadores cree que probablemente, y a pesar de lo que Lope dejase por escrito, se quedó en la capital portuguesa o que incluso aprovechó la primera escala en La Coruña para abandonar el barco alegando problemas de salud. En cualquier caso, en 1588 volvió derrotada la Gran Armada y con ella, Lope de Vega, quien se dirigió a Valencia con su esposa con la que tuvo una hija, Antonia, donde se dedicó a una intensa labor literaria. Se sabe que en Valencia tuvo amantes, pues fruto de ello es su hijo Fernando Pellicer, después fray Vicente, de madre desconocida.

Tras cumplir la pena de destierro del reino, el Monstruo de la naturaleza se trasladó a Toledo. De entonces son las leyendas sobre las clandestinas escapadas nocturnas que hacía a Madrid aun a riesgo de nuevas condenas.

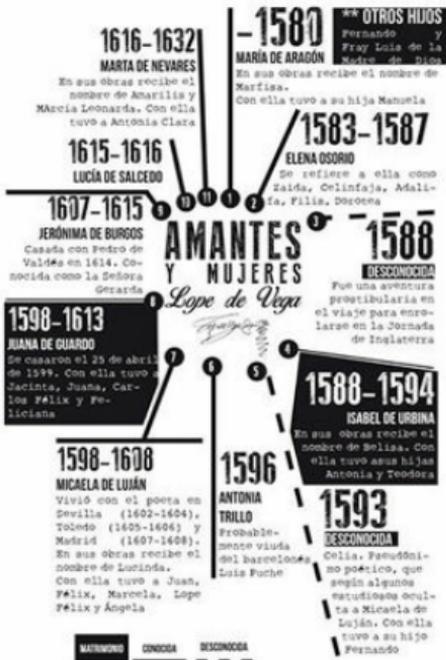
En 1594 falleció su esposa al dar a luz a su hija Teodora, quien moriría también dos años después. Para entonces Lope pudo retomar su vida en Madrid, algo que aprovechó con creces ya que en 1596 conocía a Micaela Luján, otra de sus amantes, y era procesado de nuevo, esta vez por amancebamiento con Antonia Trillo, actriz viuda.

Micaela —Celia y Camila Lucinda en sus obras— fue también una actriz, casada con un mediocre cómico que tuvo que emigrar a Perú a buscarse la vida. Mientras el buen hombre se encontraba allende los mares, Micaela y Lope le fueron colocando hijos que no le pertenecían, incluso cuando el pobre cornudo había pasado ya a mejor vida. Micaela tuvo nueve hijos de los que, al menos cuatro, fueron de nuestro casanova: Juan, Félix, Marcela y Lope Félix.

En 1598 volvió a casarse por segunda vez con Juana de Guardo, una mujer vulgar pero hija de un rico mayorista de carne de la corte. Juana le prometió una dote que, a pesar del matrimonio por interés, nunca llegó a ver. Con ella tuvo cuatro descendientes: Juana, Jacinta, Carlos Félix y Feliciana.

No debió de profesar mucho cariño a su nueva esposa cuando iba y venía a Toledo para visitar a sus antiguos amores. Fue entonces cuando se dividió entre dos hogares: residió oficialmente en Madrid con Juana, pero realizó viajes a los lugares en los que vivía Micaela. Ambas familias llegaron incluso a vivir muy cerca la una de la otra cuando todos residieron en Toledo.

Cuando Juana murió en 1613 al dar a luz a su hija Feliciana, Lope tuvo a bien no aguantar demasiado tiempo sin lanzarse a los brazos de otra de sus amantes, la actriz Jerónima de Burgos —señora Gerarda en sus obras—.



En 1609 se produjo un cambio en sus inclinaciones, quizás debido a una crisis existencial provocada por la pérdida continua de familiares, mujeres e hijos, que le impulsó al arrepentimiento por su forma de vida. Ingresó en la Cofradía de Esclavos del Santísimo Sacramento en el Real Oratorio de Caballero de Gracia y cuatro años después decidió ordenarse sacerdote. Pero el hábito no hace al monje y a Lope ni siquiera le templó la sangre, ya que continuó viéndose con Jerónima y conoció a otra de sus conquistas, Lucía Salcedo, la Loca. A nuestro monstruo siempre le interesó más el ambiente semiprostituario de la escena teatral que el estudio de la teología.

El último amor de su vida fue Marta de Nevares —Amarilis o Marcia Leonarda—, con quien tuvo a Antonia Clara. Marta fue una joven que había sido casada con un comerciante cuando tenía trece años. Cuando Lope y Marta se conocieron, ella tenía veintiséis años y él era un sacerdote de cincuenta y cuatro recién envidado. Fue un sacrilegio que no tardó en llamar la atención de las críticas, sobre todo las encabezadas por Góngora con quien se disputaba el principado poético.

Los problemas no abandonaron a la pareja. El marido preparó un atentado contra el autor y llegó a secuestrar a la hija de ambos. Cuando este murió poco

después, Lope se hizo cargo de Marta, quien sufrió de ceguera y ataques de locura hasta que falleció en 1632.

Los últimos años de su vida no fueron felices. En 1625 se prohibió imprimir comedias durante diez años en los reinos de Castilla y su trabajo empezó a no gozar del éxito de antaño. Intentó entonces acercarse a los nuevos gobernantes — Felipe IV había subido al trono en 1621—, pero no consiguió la protección que esperaba. Por si fuese poco, cuando su hija Antonia Clara cumplió los diecisiete años, huyó del hogar seducida por Cristóbal Tenorio, un protegido del conde duque de Olivares y ayuda de cámara del rey.

Lope de Vega cerró los ojos por última vez con setenta y tres años, el 27 de agosto de 1635. En su casa dejó unos mil quinientos libros, algo sorprendente para la época. No dejó de escribir hasta cuatro días antes de su muerte.

Fue el duque de Sessa quien se encargó del funeral y las misas de Lope de Vega. Quiso honrar su memoria enterrándolo en su propio panteón familiar que tenía en la parroquia de San Sebastián, donde también se celebrara el funeral de Miguel de Cervantes o donde tiempo después contraería matrimonio Valle-Inclán.

Sin embargo, quiso la fatalidad acompañar el descanso eterno de nuestro protagonista cuando, tiempo después, los herederos del duque se olvidaron o se desentendieron de pagar el nicho en que fue enterrado. Sus restos fueron trasladados posiblemente al osario común en una de las mondas realizadas por la parroquia, quedando así perdidos para siempre.

EL PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS

En un humilde hogar de Alcalá de Henares nació, el 29 de septiembre de 1547, Miguel de Cervantes Saavedra, novelista, poeta, dramaturgo y soldado español a quien se considera máxima figura de las letras españolas. Es mundialmente conocido por haber escrito la que se describe como la primera novela moderna, *Don Quijote de la Mancha*, en la que da vida a uno de los personajes más célebres de la literatura universal.

Cervantes era hijo de un zurujano sordo que, tres años después del nacimiento del escritor, tuvo que mudarse junto a su familia a Valladolid para huir de unas deudas que le llegaban al cuello. Allí no les fue mucho mejor a los Cervantes puesto que una mañana se presentaron en casa los alguaciles y Rodrigo, padre de Miguel, pasó ocho meses en prisión.

Una vez puesto en libertad, la familia comenzó un peregrinaje que les llevaría a vivir con su abuelo en Córdoba, y cuando este murió, a Sevilla, con su tío. Cruzó tantas veces la llanura manchega que aquellas tierras quedaron grabadas en su imaginación. Un último destino les llevó a instalarse en la nueva corte madrileña. Para entonces Miguel de Cervantes tenía veinte años, y le gustaba acudir a los

corrales de comedias de la capital donde buscó la compañía de poetas. Decidió continuar con su formación en el Estudio de la Villa, dirigido por el erasmista López de Hoyos, quien le ayudó a publicar sus primeros versos.

¿Sabías que...?

Un zurujano es un oficio entre curandero y médico con licencia para realizar en su casa curas elementales, hacer de barbero y realizar sangrías. Una especie de ATS si tuviésemos que buscarle un homólogo actual. Como el padre era sordo, Miguel hacía de intérprete con los clientes a pesar de tener una tartamudez que le provocó gran timidez desde niño.

Cuando parecía que todo marchaba bien para la familia, Cervantes hirió en una refriega a otro hombre, algo que le obligó a marcharse de su hogar bajo amenaza de destierro y de la amputación de la mano derecha.

Decidió marchar a Roma donde descubrió su pasión por las armas y, fiel a su estrenada vocación de soldado, se alistó como arcabucero en los tercios españoles que había en Nápoles. Turquía era entonces el azote del occidente cristiano y la potencia a la que Carlos I había tenido que plantar cara. Cervantes marchó hacia Lepanto a las órdenes de don Juan de Austria y a bordo de la galera *Marquesa de la Gran Armada*, en la que coincidió con su hermano. La batalla tuvo lugar y las tropas cristianas cantaron victoria en 1571. Sin embargo, Miguel de Cervantes volvió a Italia con heridas en pecho y brazo izquierdo que le obligaron a pasar seis meses hospitalizado.

Aunque el pecho curó, su mano quedó inutilizada para el resto de su vida, lo que le valió el sobrenombre de « el glorioso manco de Lepanto ».

Cervantes, decepcionado por la experiencia italiana, quiso regresar a España seis años después de su huida. Lo hizo junto a su hermano por mar, pero no pudieron llegar a su destino porque la galera en que viajaban fue atacada por piratas y los hermanos fueron llevados a Argel hechos prisioneros. En esa época, cada prisionero era tasado por los corsarios según su categoría y, hasta que no llegaba su rescate, eran encerrados en los llamados « baños » —cárceles— y

usados como esclavos. El precio de Cervantes ascendió a cinco mil ducados, porque en su registro encontraron cartas de recomendación firmadas por el duque de Sessa y don Juan de Austria y lo confundieron con un gran botín.

Aunque pidieron rescate para ambos, Miguel sabía que su familia no tenía suficiente dinero para pagar por sus cabezas. En 1577 llegó un solo pago y dejó a su hermano que disfrutase de la libertad.

¿Sabías que...?

La familia Cervantes intentó pagar el rescate por sus hijos a cualquier costa. La desesperación fue tan grande que llegaron a falsear un documento para hacer pasar por viuda a la madre y cobrar una ayuda. Solo consiguieron sesenta escudos.

La única salida que quedaba al cautiverio era fugarse, aun a riesgo de los castigos que infligían a quien lo intentaba. Y eso es lo que hizo hasta en cuatro ocasiones, aunque en todas fracasaron sus planes. Su paciencia, perseverancia, imaginación y valor eran infinitos. Tanto, que ese espíritu indomable impresionó a sus captores y uno de ellos, Hazán Bajá, lo encerró en los calabozos de su propio palacio, mucho más seguros.

Poco después el alcalaíno fue comprado por quinientos escudos y pasó a propiedad de Dalí Mamí, un caudillo árabe. Pasó cinco años en Argel hasta que en 1580 los padres trinitarios trataron de liberarle, intentando recaudar el dinero necesario entre los mercaderes cristianos del lugar. Gracias a ellos, Cervantes fue finalmente liberado año y pudo regresar a España.

¡Dato Curioso!

Los padres trinitarios pertenecían a una Orden que trató de liberar cautivos. En algunas ocasiones, incluso se llegaron a cambiar por ellos para salvarlos.

A su regreso en 1581 trató de buscar un empleo con el que poder pagar las deudas contraídas por su familia y poder dedicarse a escribir. Estuvo para ello en Lisboa, Orán y solicitó un puesto en las Indias sin éxito. Por estas fechas retomó la pluma y la lectura. Escribió comedias, llegó a obtener algún dinero por su actividad literaria y comenzó de nuevo a relacionarse con los autores de la farándula.

¡Dato Curioso!

Miguel de Cervantes acudía a casa del autor y mecenas de teatro, Jerónimo Velázquez, aquel cuya hija, Elena Osorio, fue uno de los amores más turbulentos de Lope de Vega. Es probable que ambos genios llegasen a conocerse gracias a Jerónimo Velázquez.

En 1584 Cervantes era ya alguien conocido y admirado en el teatro en el que Lope de Vega será señor absoluto. Fue también el año en que conoció a su primer amor, Ana de Villafranca o Ana Franca de Rojas, con quien tuvo a su única hija reconocida, Isabel de Saavedra. A pesar de ello, ese mismo año contrajo matrimonio con Catalina de Salazar. Ella tenía solo diecinueve años cuando se casó y el matrimonio resultó un auténtico fracaso porque el siempre inquieto Cervantes marchó a Andalucía dos años después sin haber tenido hijos el matrimonio. Nunca vivieron mucho tiempo juntos.

Cervantes colaboraba en obras ajenas, y es posible que su primera obra, *La Galatea*, la escribiese entre 1581 y 1583. Mientras tanto alternaría trabajos en diferentes campos. Uno de ellos fue en Hacienda Real como recaudador de impuestos, un trabajo poco gratificante en el que tendría que ir casa por casa recaudando dinero para las arcas del monarca. Fue esta labor la que le llevaría, por suerte para todos nosotros, a la cárcel real de Sevilla, acusado de irregularidades en las cuentas —a pesar de la escrupulosidad con la que realizó las anotaciones de su gestión—.

¿Por qué fue una suerte? Porque la primera parte de la obra cumbre de Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, se gestó entre rejas. No lo publicó hasta 1605, pero tuvo tanto éxito que tuvieron que editarlo una segunda vez el mismo año. Esta novela es el origen de la novela moderna, donde se parodia un género anterior que también gozó de éxito, las

novelas de caballerías. *El Quijote* es además el libro más editado y traducido de la historia después de la Biblia.

Cuando le concedieron la libertad puso rumbo a Madrid, junto a su esposa, donde conectó de nuevo con el mundo de las letras y aprovechó para relacionarse con las figuras literarias de su época. Siguió así viajando y escribiendo y en 1615 tuvo que publicar la segunda parte de su obra, *El ingenioso caballero don Quijote de La Mancha*, acuciado por la aparición, en 1614, de un segundo tomo firmado por el pseudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda, que pretendía aprovechar el tirón.

¿ Sabías que... ?

Los médicos de su época le diagnosticaron hidropesía por el síntoma que padecía de sentir continuamente sed. La diabetes no fue descubierta hasta la primera mitad del siglo XX.

Con sesenta y ocho años su salud comenzó a deteriorarse por problemas de corazón y arterioesclerosis.

Cervantes se apagó poco a poco y el 23 de abril de 1616, su mujer, su hija y su sobrina se despidieron de él.

¿ Sabías que... ?

A pesar de la gran cantidad de pinturas, monumentos y esculturas que hay del autor repartidos por toda la geografía, lo cierto es que su aspecto nos es desconocido. Los retratos que existen se pintaron después de su muerte y basándose en información poco precisa.

Esta es una de las anécdotas más conocidas del ingenioso escritor Francisco de Quevedo. Un chiste que se cuenta desde hace mucho tiempo era que un buen día Quevedo estaba haciendo sus necesidades en el campo, cuando alguien gritó: « ¡Qué veo! ». Y el escritor contestó: « ¡Hasta por el culo me conocen! ».

Francisco de Quevedo era un hombre culto, su padre fue secretario real y, por ello, el escritor tuvo acceso al colegio Imperial. También estudió en la Universidad de Alcalá de Henares, cuyas tradiciones escribió en *El Buscón*. Como la de emplumar al estudiante suspendido u otras novatadas que los estudiantes realizaban.

Además de por su rápida pluma, también era un conocido mujeriego que frecuentaba las tabernas de Madrid. Tal debía ser su fama, que la mujer del conde duque le obligó a casarse ya con cincuenta y cuatro años. Otro de sus amigos, el duque de Medinaceli, le presenta a Esperanza de Mendoza de cincuenta, viuda y con tres hijos de un matrimonio anterior. Este matrimonio no duró mucho; a los dos años y a estaban separados.

Se cuentan numerosas anécdotas del escritor, muchas posiblemente sean mentira, pero se han conservado en la tradición oral hasta nuestros días. Tal vez la más famosa sea la de su encuentro con la reina Isabel de Borbón, la primera mujer de Felipe IV. Dicen que un amigo le retó a llamar « coja » a la reina, y a que este era un marcado defecto en la esposa del rey. Las apuestas se pusieron en marcha. El escritor se presentó a la reina con dos flores, un clavel blanco y una rosa roja, y dijo este conocido calambur:

—Entre el clavel y la rosa, su majestad es... coja.

Otra anécdota con la monarquía del momento cuenta que estando con Felipe IV, este le pidió que improvisara algo. Quevedo en ese momento pidió que le diese pie para comenzar; el monarca, gracioso, en vez de darle una idea le tendió su pie; el escritor improvisó en ese momento: « En esta postura / dais a entender, señor, / que vos sois la cabalgadura / y yo el herrador ».

Sabemos que las medidas de higiene del momento eran inexistentes. Los hombres tenían por costumbre hacer pis en la calle, en las esquinas y portales, por lo que los vecinos empezaron a poner hornacinas con símbolos religiosos para que esos lugares fueran respetados. Se dice que Quevedo tenía por costumbre orinar en el mismo portal, pero una noche se encontró una cruz y uno de los vecinos le advirtió:

—Donde hay cruces no se mea.

A lo que Quevedo contestó:

—Donde se mea, no se ponen cruces.

Todo ello puede provenir del imaginario popular, sin embargo, hay anécdotas ciertas como su amistad con Lope de Vega y con el duque de Osuna, a quien le dirigió algunos sonetos. Pero sin duda más conocida es su enemistad con el poeta judío Luis de Góngora, a quien le dirigió estos famosos sonetos llenos de

sarcasmo:

*Érase un hombre a una nariz pegado,
érase una nariz superlativa,
érase una alquitara medio viva,
érase un peje espada mal barbado;*

*era un reloj de sol mal encarado.
érase un elefante boca arriba,
érase una nariz sayón y escriba,
un Ovidio Nasón mal narigado.*

*Érase el espolón de una galera,
érase una pirámide de Egipto,
los doce tribus de narices era;*

*érase un naricísimo infinito,
frisón archinariz, caratulera,
sabañón garrafal, morado y frito.*

UNA CARTA EXCULPATORIA

Todos sabemos que *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, publicada en 1554, es una obra española anónima, precursora del género de la picaresca, escrita con un estilo epistolar.

Hasta ahí todo perfecto. Lo curioso es que el objetivo de la obra se encuentra precisamente al final, y el relato cobra sentido al llegar a ese punto.

¡Dato Curioso!

Una ley de 1491 incluía un apartado sobre amancebamiento en el que se mandaba seguir a las mujeres solteras amancebadas con clérigos y perdonaba el castigo a las mujeres casadas, siempre que no fuesen acusadas por sus maridos, a los que, además, se les aplicaría una condena por haber consentido esa relación extraconyugal.

Otra ley de 1503 se hacía eco de una costumbre generalizada por entonces entre los clérigos para aludir la ley anterior: casar a sus amantes con sus criados para encubrir el delito. De esta forma mantenían sus romances lo suficientemente cerca de sus hogares como para continuarlos, pero mantenía fuera la sospecha de concubinato.

Tenemos a un personaje, Lázaro, que decide relatarnos su vida a lo largo de los años por un motivo: tras las penurias sufridas desde que su madre lo enviara a servir a un ciego, viviendo después de amo en amo a cual más pobre, por fin ha conseguido un empleo en Toledo de pregonero, y ha contraído matrimonio con la criada del arcipreste de San Salvador, quien incluso les arregla el alquiler de la casita que tiene junto a la suya. Puede parecer que la historia tiene un final feliz, pero entonces, ¿qué le reconcome al lazarillo para que quiera disculparse?

La razón son los cuernos. Su mujer es la amante del arcipreste e incluso existen rumores de que esta ha tenido tres hijos con él antes de casarse con Lázaro. El protagonista no quiere que esas habladurías perturben ni la paz ni la posición que por fin ha conseguido tras años malviviendo y pasando hambre, y por eso decide escribir cartas a alguien a quien no conocemos —a «Vuestra Merced»— y ventilar el asunto para reivindicar la honradez de su esposa, deshaciéndose de esta forma de la imagen de cornudo y consentidor.

El mayor éxito de esta novela escrita de forma retrospectiva es la de iniciar

una nueva narrativa que rompería con el género literario anterior, los libros de caballerías. Influyó en todo tipo de obras posteriores como el *Quijote* de Cervantes y a pesar de tener un rápido éxito editorial, llegó a encontrarse dentro del *Índice de libros prohibidos* de la Santa Inquisición, cuya censura eliminó partes de la obra que poseían un claro carácter anticlerical.

¿ Sabías que... ?

Del *Lazarillo* se escribió una segunda parte, publicada en 1555, en el que el protagonista, tras naufragar en un barco que lo llevaba a Argel, se convierte en atún.

IMPRIMIR NUNCA FUE FÁCIL EN ESPAÑA

Para empezar a hablar de la imprenta en España nos tenemos que situar en el siglo XV, concretamente en 1466 cuando el obispo Juan Arias Dávila creó la fundación del Estudio General de Segovia con ayuda de Enrique IV de Castilla. Ante la necesidad de proporcionar obras para sus estudiantes, hizo llamar en 1469 al impresor alemán Juan Párix. De esta unión salió el primer libro impreso en España: el *Sinodal de Aguilafuente*, una recopilación de las actas del sínodo de la diócesis celebrado en Aguilafuente en el mes de junio de 1472.

Ser impresor en España al principio no fue nada fácil. En Castilla, las licencias para imprimir las otorgaban los presidentes y oidores de las Audiencias. Esta aprobación permitía que algunos particulares imprimiesen y/o vendiesen, entre otras cosas, pragmática o cédulas reales. Esto fue así únicamente en la España central. En las regiones con derecho foral, como Cataluña, la historia fue diferente: los libreros y escritores gozaron de mayor libertad. En el mes de noviembre de 1480 las Cortes catalanas dieron libertad de impresión, aunque con un impuesto del quince por ciento sobre la extracción de libros impresos.

Por este motivo fueron muchos los escritores castellanos que decidieron establecer el lugar de su impresión en Zaragoza, que también disfrutaba del amparo de los fueros locales. Pero esta posibilidad duró poco tiempo: en 1592 se acordó un fuero que ponía de manifiesto el « daño » que ocasionaba la libertad de impresión para el Estado.

Más tarde llegó la censura de Felipe II que, con la Inquisición, prohibió la entrada de ciertos libros y que los autores imprimiesen fuera de sus dominios. En

1808 las Cortes españolas suprimieron la censura para los libros que tenían dos años después de promulgada la Constitución. Solo dos años después, en 1810, las Cortes de Cádiz, proclamaron la libertad de imprenta.

La primera imprenta de la historia fue creada aproximadamente en el siglo XIII d. C., en Turquía. El procedimiento consistía en entintar moldes de madera para sellar su silueta sobre el soporte.

Antes de que apareciese la imprenta de Gutenberg, allá por el 1459, las copias de los libros que se publicaban se hacían a mano por unos « copistas » . Muchos de ellos no sabían leer ni escribir y copiaban tal cual la forma de las letras.

Hacia 1891, en la imprenta KelmScott, William Morris demostró que podía obtener remuneración del diseño gráfico y logró crear un negocio basado en el diseño y maquetación de libros.

Matthew Carter diseñó la popular tipografía de Georgia y decidió bautizarla así al leer una noticia que decía: « Encuentran extraterrestres en Georgia » .

El libro de Kells, datado en el siglo VIII d. C., es el primer libro de la historia universal que enfocaba de alguna manera el mundo del diseño gráfico. Sus creadores irlandeses pusieron tanto empeño en los detalles gráficos que pronto fue tomado como modelo por posteriores artistas. Muchos afirman que esta obra, a pesar de su antigüedad, tiene una calidad gráfica muy superior a muchas de las obras actuales.

En la Biblioteca de Harvard descubrieron que poseían dos ejemplares de libros con encuadernación de piel humana. Se cree que una de las razones por las que se encuadernaban así era para tener una rareza, un ejemplar único y diferente. Afortunadamente, esta práctica no era algo habitual. Otra razón era como recordatorio, al igual que los guardapelos que se regalaban generalmente a los amados los días como San Valentín, bautizos, bodas y entierros en la época victoriana. Existe constancia de que un saltador de caminos hizo que se publicase en 1837 un libro con sus aventuras para que sirviese de recordatorio. Mandó encuadernar con su piel dos y enviar uno a un amigo y el otro a su médico. Felizmente, la costumbre cayó en desuso en el XIX.

CODEXDA VINCI

Uno de los personajes más famosos de la historia es, sin duda, el genio renacentista Leonardo da Vinci. Lo que no sabe la mayoría de la gente es que en España tenemos dos de los códices manuscritos expuestos en la Biblioteca Nacional de España y actualmente accesibles a todas las personas. Fueron encontrados en 1964 en los archivos de esta biblioteca después de estar ciento cincuenta años extraviados.

¿Pero cómo llegaron a España estos documentos? Al morir Leonardo, estos y

muchos otros documentos, pasaron a manos de su ayudante Giovanni Francesco Melzi. Unos cincuenta años después, el escultor al servicio de Felipe II, Pompeo Leoni, los adquirió a su hijo Orazio y se los llevó con él a España. Al morir Leoni en 1608 los manuscritos pasaron a manos de Juan de Espina, un amigo de Francisco de Quevedo y Villegas. Cuando vino Carlos, príncipe de Gales, se interesó por los manuscritos y para « salir del paso » se los regaló al rey. Tras esto llegaron a la Biblioteca Real en 1712 y no se encontraron hasta 1964.

¿ Sabías que. . . ?

Se puede consultar los dos Códices en la página de la Biblioteca Nacional de España. La BNE abrió una encuesta en Facebook y los seguidores eligieron los códices como próximo libro interactivo, así que ahora se puede ver, leer hasta cien citas extraídas de los Códices, ver las animaciones de los distintos inventos y hasta escuchar once piezas de música de la época, dos de ellas con reconstrucciones de instrumentos mejorados por Da Vinci como la viola organista.

Los Códices Madrid se encuadran en el periodo más fructífero de la vida de Leonardo, y mientras que el primero de ellos es un tratado de mecánica y estática, el segundo está relacionado con la fortificación, la geometría y la estática. Los manuscritos son de gran importancia en la obra de Leonardo, ya que contienen cerca del quince por ciento de las notas de Leonardo que hay referenciadas hoy día, pero también son importantes por la calidad y relevancia de los temas en ellos recogidos, que representan uno de los tratados de ingeniería más importantes de la época.

Para digitalizar y hacer una completa radiografía de los textos de Da Vinci, la BNE ha invertido más de veinte mil horas de trabajo, cuarenta profesiones entre bibliotecarios, investigadores, informáticos, diseñadores...

El 1 de noviembre del año 1755, entre las nueve y media y las diez menos veinte de la mañana, la tierra temblaba y sacudía la península ibérica. Se producía en Lisboa, pero sus consecuencias se harían notar en muchísimos lugares, especialmente en España, donde ya se habían producido algunos terremotos. ¿Pero por qué es importante el de Lisboa? Primero, por su enorme magnitud y consecuencias —se notó hasta en Finlandia y hubo, en total, entre sesenta mil y cien mil muertos—. Segundo, porque dio origen a la ciencia de la sismología.

Aunque por aquel entonces no existían mediciones, los estudios han demostrado que fue un terremoto de grado 9 en la escala de Richter —una salvajada— con epicentro en el océano Atlántico, a unos trescientos kilómetros de Lisboa y duró entre tres minutos y medio y seis minutos. Pero este no fue el primer terremoto habido en Lisboa, se tienen noticias de otro ocurrido en 1531 de grado 8, nada desdeñable tampoco.

Cuarenta minutos después del seísmo se produjeron tres *tsunamis* o maremotos con olas de entre seis y veinte metros que engulleron el puerto y el centro de Lisboa, junto a las personas que, habiendo sobrevivido al terremoto, habían corrido a refugiarse a los muelles, con lo que el resultado aún fue más catastrófico. De una población de doscientos setenta y cinco mil habitantes que tenía Lisboa por aquel entonces, se estima que murieron unas noventa mil personas. ¿De dónde salen entonces las cifras de los sesenta mil y cien mil muertos? Del resto de lugares donde el terremoto tuvo consecuencias. Por ejemplo, en Marruecos murieron diez mil personas y solo en la localidad de Ayamonte (Huelva) fallecieron más de mil.

¡Dato Curioso!

Debido a sus enormes consecuencias, fue el primer terremoto en ser estudiado de forma científica y se considera el origen de la sismología moderna. Incluso inspiró obras tan importantes como la Teodicea, de Leibniz. El primer ministro portugués, el marqués de Pombal, ordenó realizar una encuesta que se debía mandar a todas las parroquias del reino para evaluar los efectos y las consecuencias del terremoto. Las preguntas de la encuesta fueron: ¿Cuánto tiempo duró el terremoto?, ¿Cuántas réplicas se sintieron?, ¿Qué daños fueron causados?, ¿Se comportaron los animales de modo extraño?, ¿Qué sucedió en los pozos y albercas?

Con las respuestas a estas preguntas, sacerdotes y científicos reconstruyeron los acontecimientos de forma científica. Pombal es considerado el precursor de la sismología occidental con sus acciones y, por ejemplo, la cuarta pregunta se adelantó a los estudios de sismología chinos, que se hicieron durante los años sesenta del siglo XX.

¿ Sabías que. . . ?

Debido al terremoto de Lisboa, en Cataluña se abrió una grieta en la montaña de Montserrat y se encontraron aguas termales. De ahí nació el famosísimo balneario de La Puda de Montserrat. Y en Marruecos el terremoto destruyó los restos de la ciudad romana de Volubilis.

EDAD CONTEMPORÁNEA

II TIEMPOS DE CAMBIOS

LAS GUERRILLAS Y DE CÓMO ELEMPECINADO DE GOYA ACABÓ EN TOKIO

Tras las Abdicaciones de Bayona y la caída de España en manos de los franceses en 1808, los levantamientos no se hicieron esperar. Rápidamente llegaron las noticias de una sublevación antifrancesa que se había producido el 2 de mayo en Madrid —concretamente en Móstoles—, y que pronto se extendería al resto del país. La guerra de la Independencia española había comenzado.

Y la guerra no empezó bien para España. Nada bien. Sin embargo, se abrió el milagro. Ante el hundimiento del ejército español, y ante lo que parecía un camino sin retorno hacia la derrota, se produjo la aparición de numerosas unidades de combate irregulares que se dedicaban a hacer la guerra por su cuenta; algunas lideradas por jefes procedentes del ejército regular y otras, muchas, lideradas por simples civiles que lucharon casi con lo puesto, por defender lo suyo.

Las guerrillas —que así se llamaban— contaron, además, con varios puntos a favor, como fue el apoyo de la población y, sobre todo, con el conocimiento del terreno en el que actuaban, una enorme ventaja ante un enemigo que, aunque mejor instruido y preparado, en ese sentido estaba perdido.

Se cree que llegó a haber entre treinta y cinco mil y cincuenta mil guerrilleros cuya misión era la de desgastar y estorbar a los franceses. Interceptaban correos del enemigo, mensajes y aquello que pudiese minarles, como convoyes llenos de enseres, vivieres y armamento, y atacaban unidades pequeñas. Su labor fue sumamente importante, ya que lograron desestabilizar al ejército francés obligando a los franceses a utilizar parte de sus tropas para perseguirlas y para reabastecerse. Poco a poco el control francés terminó reduciéndose a las ciudades ya que el campo estaba en manos de las guerrillas.

Hubo varios jefes de estas guerrillas durante la guerra de la Independencia, pero el más famoso de ellos fue posiblemente Juan Martínez Díaz, conocido como el Empecinado. Militar español, héroe de la guerra de la Independencia y retratado por Goya, terminó sus días huido y colgado.

Este vallisoletano nacido en 1775 se encontraba en Fuentecén —localidad burgalesa en la que residía con su esposa de la que era natural— cuando presenció la violación de una joven muchacha a manos de un soldado francés. Se dice que fue en este momento cuando decidió luchar por su cuenta contra las tropas extranjeras.

Organizó una partida de guerrilleros para cubrir la ruta que iba de Burgos a Madrid para pasar a Valladolid posteriormente. Tras perder algunas

confrontaciones en campo abierto ideó el sistema de guerrillas.

En 1809 fue nombrado capitán de caballería, y era tan famoso que incluso los franceses nombraron un cargo como «perseguidor en exclusiva del Empecinado». En 1814 fue ascendido a mariscal de campo y se ganó el derecho de firmar oficialmente como el Empecinado. Sin embargo, no todo en su vida fue gloria. Considerado como un símbolo del liberalismo, con la Restauración borbónica y la vuelta al trono de Fernando VII, el Empecinado fue desterrado a Valladolid.

En 1820 se produjo el levantamiento liberal del militar Rafael del Riego, que dio paso al periodo conocido como Trienio Liberal. Y aunque Fernando VII intentó ganarse para sí al Empecinado, este decidió luchar por el bando de Riego, y es cuando parece ser que dijo —refiriéndose a la Constitución de Cádiz de 1812 que Fernando no quería poner en vigor—: «Diga usted al rey que si no quería la constitución, que no la hubiera jurado; que el Empecinado la juró y jamás cometerá la infamia de faltar a sus juramentos».

Llegó 1823 y con él el inicio de la Década Ominosa o la Segunda Restauración absolutista (1823-1833). Con la vuelta de Fernando VII, el Empecinado fue desterrado a Portugal.

El 1 de mayo de 1824 se decretó la amnistía y se permitió al Empecinado acogerse a ella, por lo que decidió regresar a España. Pero por el camino fue apresado por orden de Fernando VII y, aunque el liberal Leopoldo O'Donnell lo intentó evitar, el Empecinado acabó ahorcado el 20 de agosto de 1825. Demasiados enemigos le quedaban en el bando absolutista al que, curiosamente, ayudó en su día a volver al trono.

¿Y cómo terminó el Empecinado en Tokio? El grandísimo Francisco de Goya pintó el retrato de *El Empecinado*, según se cree, en 1809. Los historiadores de arte destacan el rostro del Empecinado, que se gira hacia el espectador con una mirada valiente y decidida que le describe perfectamente.

¿Sabías que...?

Hoy en día, empecinarse es empeñarse u obstinarse en algo. Sin embargo, y antes de que apareciese en escena histórica Juan Martínez Díaz, empecinado era el apodo que se ganaban los naturales de la localidad de Castrillo del Duero por la abundancia de la pecina —cieno negro— y que lo que venía a designar era una persona sucia, poco cuidada y desaseada, precisamente por la pecina. Pero el Empecinado, por tozudo, cambió su significado.

Con la Restauración de Fernando VII, Goya fue acusado de « haber aceptado empleo de parte del usurpador », ya que trabajó en la corte de José I Bonaparte. Tuvo que comparecer ante la Inquisición por la obscenidad de *La maja desnuda*, a la que posteriormente tendría que pintar vestida. Fue exculpado de toda acusación, sin embargo, en un gesto de astucia pintó entonces —buscando el favor real— sus famosísimas obras *El 2 de mayo de 1808 en Madrid (La carga de los mamelucos)* y *Los fusilamientos del 3 de mayo*, dos conocidos lienzos sobre el levantamiento de los madrileños contra los franceses.

En 2007 el cuadro de *El Empecinado* se expuso en el Museo Nacional de Artes Decorativas de Madrid, tras más de cien años en Tokio, donde lo tenía depositado su propietario en el Museo de Bellas Artes Occidentales.

PEPE BOTELLA

El 5 de mayo de 1808 se producían lo que se conocen como las Abdicaciones de Bayona; el rey de España de aquel momento, Fernando VII, y su padre, Carlos IV —rey hasta marzo de ese mismo año—, abdicaban ambos en la figura de Napoleón I Bonaparte que, a su vez, cedía el gobierno de España a su hermano José I Bonaparte, conocido popularmente como Pepe Botella, en un claro alarde de menosprecio y desprestigio.

Nada más poner un pie en España este mote comenzó a circular como la

pólvora y todo el mundo estaba al tanto de la afición del monarca a la bebida. Como en otras ocasiones históricas, las chanzas y la diversión no se hicieron esperar y, de nuevo, qué más español y patrio que dedicarle una coplilla y unas rimas, algunas de las cuales han llegado hasta nuestros días. Y como muestra, un botón: «El amor a la botella de tu norte la estrella. Cada cual tiene su suerte, la tuya es de borracho hasta la muerte. Pepe Botella, baja al despacho. No puedo ahora, que estoy borracho» .

El siglo XIX también es famoso por sus grabados e ilustraciones, y la figura del nuevo monarca y su afición a empujar el codo no se libraron de aparecer en estas, en claro tono de burla. En una de estas caricaturas aparecía el rey montado sobre un pepino —un juego de palabras con su nombre, Pepe— y portando una bandeja con bebidas.

Sin embargo, y como suele suceder —también en historia— cotilleos y rumores no son siempre ciertos. Parece ser que José I era prácticamente abstemio y que jamás apareció en público bebido. ¿Por qué este mote entonces? Una de las medidas que se tomaron durante su breve mandato fue la de hacer desaparecer el impuesto sobre los alcoholes y las bebidas espirituosas, además de ampliar los horarios de venta de este tipo de bebidas. Al rumor de que lo hacía «para beber más barato» porque era un borracho, no tardaron en aparecer.

Lo que sí parece cierto es que José I fue un monarca con una larga lista de amantes. Una de las primeras conocidas fue María del Pilar Acedo y Sarriá, condesa del Vado y de Echauz y esposa de Ortuño Aguirre del Corra, marqués de Montehermoso, un noble afrancesado. No se sabe si por gracia o por disculpa, José I le nombró grande de España, gentilhomme de cámara, le otorgó la Real Orden de España y le compró el palacio de Montehermoso. Sin embargo, parece ser que amor de verdad no era, ya que cuando José I tuvo que huir de España, perdido el título y el trono de rey, María del Pilar le abandonó.

Más amantes conocidas fueron la condesa de Jaruco, María Teresa Montalvo y O'Farril, casada con uno de los hombres más ricos de Cuba, arruinado durante el reinado de Carlos IV y cuyo romance le costó la friolera de cinco millones de reales. Como esta murió muy joven, José I puso su interés en su hija, casada con uno de sus capitanes generales, al que se preocupó de mantener ocupado en misiones bien lejos de su esposa. Este devaneo amoroso le valió otra coplilla —la verdad es que por entonces ingenio no nos faltaba—: «La señora condesa tiene un tintero donde moja la pluma José primero» .

Además de Pepe Botella, a José I Bonaparte se le llamó también Pepe Plazuelas. Este sobrenombre se lo ganó porque hizo nuevas plazas en Madrid, la mayoría de ellas derribando iglesias y conventos. La más conocida es la plaza de Oriente, frente al palacio real.

MARÍA CRISTINA ME QUIERE GOBERNAR... Y GOBERNÓ

Cuando en 1833 Fernando VII murió, la futura Isabel II aún no había cumplido los tres años, y fue su madre, María Cristina de Borbón Dos Sicilias, la que asumió las riendas del gobierno entre 1833 y 1840. Su regencia no fue fácil, y estuvo marcada por problemas y disputas. Sin embargo, no era mujer que se dejase dominar fácilmente, y ello nos lo recuerda aún hoy una canción que muchos conocemos y que tiene este estribillo: «María Cristina me quiere gobernar, y yo le sigo, le sigo la corriente porque no quiero que diga la gente que María Cristina me quiere gobernar».

¿Pero por qué la madre de Isabel II tiene una canción? Sabemos que María Cristina se casó con el sargento de su guardia de corps, Agustín Fernando Muñoz y Sánchez, el mismo año en el que se quedó viuda y del que se especulaba que ya era su amante en tiempos de Fernando VII. Esta relación no fue bien vista por la sociedad de la época, y se cree que fue por entonces cuando nació esta canción popular. No se sabe a ciencia cierta si se cantaba para reírse de Agustín Fernando Muñoz, si la cantaban los carlistas para burlarse de la reina o los liberales para meterse con los carlistas. Lo que sí se sabe es que fueron los exiliados españoles en Cuba los que la hicieron popular y fue grabada con unas estrofas nuevas por el cantautor cubano Níco Saquito —Benito Antonio Fernández Ortiz— en los años treinta del siglo XX, convirtiéndose en una de las coplas más conocidas de la música cubana. En España se volvió a escuchar ya en la década de los cincuenta.

Los rumores de su supuesto amante, del que además quedó embarazada, propiciaron que en las calles se dijese que la regente era una dama casada en secreto y embarazada en público, y que los carlistas popularizaron en la siguiente coplilla: «Clamaban los liberales que la reina no paría. ¡Y ha parido más muñones que liberales había!».

En 1840 estalló una revolución que retiró a los moderados del poder dando paso a los progresistas dirigidos por el general Espartero, que asumía la regencia. Otros dicen que estos escándalos con su nuevo marido y amante produjeron el exilio de María Cristina y la puesta en el poder de Espartero. Sea como fuere, por lo que este llegó a la regencia, su etapa fue breve, tres años llenos de pronunciamientos y conflictos con los moderados hasta que en 1843 cayó.

María Cristina abandonó España en 1840 y se trasladó a Roma y luego a París, desde donde luchó contra el gobierno esparterista hasta su derrocamiento en 1843. En febrero de 1844, con Isabel II ya declarada mayor de edad y reinando, volvió a Madrid y se instaló en el palacio de las Rejas, desde donde intentó controlar la política de su hija.

«¡NO, CON PAQUITA, NO!».
**EL FRACASO MATRIMONIAL Y LA NINFOMANÍA
DE ISABEL II**

Con tan solo trece años, Isabel II era proclamada mayor de edad y se convertía en reina, sin apenas educación ni preparación para desempeñar el cargo que se le presentaba y de la que el conde de Romanones escribía lo siguiente:

A los diez años Isabel resultaba atrasada, apenas si sabía leer con rapidez, la forma de su letra era la propia de las mujeres del pueblo, de la aritmética apenas solo sabía sumar siempre que los sumandos fueran sencillos, su ortografía pésima. Odiaba la lectura, sus únicos entretenimientos eran los juguetes y los perritos.

Tras muchas disputas y varios candidatos, Isabel era casada —en otro de esos tantísimos matrimonios de conveniencia y de alianzas políticas y matrimoniales pactado por el gobierno— con el infante Francisco de Asís de Borbón, duque de Cádiz, un hombre de poco carácter, débil y ajeno a los juegos políticos, que no interferiría demasiado y sería fácil de manejar. Una vez más, se llevaba a cabo una política endogámica, y a que los novios eran primos por partida doble.

Pero este enlace, lejos de satisfacer a todo el mundo, no gustó en absoluto a la persona más interesada en él: a la propia Isabel. Se dice que esta, al enterarse de con quién iba a ser casada, exclamó:

—¡No, con Paquita, no!

Paquita era el apodo con el que se conocía en la corte a Francisco y del que se aseguraba que era homosexual. En otro alarde de lengua muy larga, se dice que Isabel II, tras la noche de bodas, dijo a un tal León y Castillo:

—¿Qué se puede esperar de un hombre que en la noche de bodas llevaba más encajes [bordados] en la camisa que yo?

El pueblo, eco de la noticia, no tardó en hacer chascarrillos y coplillas: «Paco Natillas es de pasta flora y se mea en cuclillas como una señora».

Homosexual o no, Francisco parece ser que cumplió con sus deberes conyugales, ya que Isabel tuvo doce partos y varios abortos. Se ha llegado a especular incluso con una supuesta patología ninfomaniaca por parte de la reina.

De este matrimonio nació Alfonso de Borbón, futuro Alfonso XII, que reinó entre 1857 y 1885.

El matrimonio comenzó mal y terminó mal. Llevaron una vida marital separada; por una parte, Francisco se hizo inseparable de su amigo Ramón Meneses; por otra, Isabel II parece ser que asistía a una fiesta tras otra, trasnochando hasta altas horas de la madrugada. Y aquí debieron llegar los

amantes. El primero conocido fue el general Serrano o el «general bonito» como ella lo llamaba. Tal fue la insistencia y la persecución a la que se vio sometido por parte de la reina, que decidieron trasladarle fuera de Madrid. Otros amantes conocidos fueron el cantante José Mirall, el compositor Emiliano Arrieta, el coronel Gándara, el marqués de Bedma y el general O'Donnell. Parece que con algunos incluso llegó a tener descendencia; se dice que su hija Isabel —conocida como la Araneja o la Chata— era hija del capitán Arana, y que el padre de Alfonso XII, en realidad, fue el ingeniero Enrique Puig Moltó.

El rey no puso inconveniente a las relaciones extramaritales o a los hijos tenidos con otros pues le daba libertad a él mismo de hacer lo que le viniese en gana sin reproches y porque por cada infante que presentara en la corte recibía un millón de reales.

Finalmente, Isabel y Francisco pudieron hacer vida por separado —que no separarse, porque por aquel entonces no estaba permitido, y menos a los reyes—. Cuando se produjo el levantamiento de 1868 ambos monarcas se exiliaron y cada uno tomó su propio camino; Isabel en París y Francisco en Epinay.

ÉRASE UNA VEZ UNA REINA POR UN CORSÉ SALVADA

Se podría decir que en intentos de asesinato de gobernantes españoles es un tema en el que en este país vamos sobrados. Algunos de los que se llevaron a cabo con éxito fueron los del general Juan Prim en 1870, Cánovas del Castillo en 1897, José Canalejas en 1912, Eduardo Dato en 1921 y Carrero Blanco en 1973. Además, lo intentaran con otros, como Antonio Maura.

El 12 de febrero de 1852, cuando Isabel II tenía veintidós años, se produjo un intento de regicidio. En el interior del palacio real, Isabel se preparaba para ir a una misa de parida. El cura Martín Merino Gómez consiguió burlar a los guardias de palacio debido a sus hábitos religiosos y se encontró con la reina en la galería del palacio a la una y cuarto del mediodía. Sacó un estilete de hoja estrecha y calada e intentó apuñalar a Isabel II, provocándola una herida de quince centímetros de anchura cerca del brazo.

Se podría decir que la reina pudo salvar su vida gracias al corsé que llevaba puesto, pues la herida fue en parte amortiguada por las ballenas del mismo.

El cura fue detenido inmediatamente por la guardia real sin oponer resistencia. Confesó que lo que realmente quería era asesinar al presidente del gobierno, Narváez, a María Cristina o a Isabel II, sin demasiada preferencia por uno o por otro. Aunque posteriormente intentó autoacusarse de demencia, el recurso no fue aceptado en el juicio y se le condenó a muerte: el 7 de febrero salió de la cárcel del Saladero a lomos de un burro, maniatado y vestido con ropajes y birrete amarillos. Tras darle garrote, su cuerpo fue quemado y las cenizas depositadas en una fosa común.

SOBRE ESPIRITISMO Y OUIJAS, LITERATURA Y CIENCIA

El Diccionario de la Real Academia Española define el ocultismo como el conjunto de conocimientos y prácticas relacionados con la magia, la alquimia, la astrología y materias semejantes. Tiene su origen en la Antigüedad y tuvo varios periodos de auge a lo largo de todo el mundo, desde el Renacimiento hasta los siglos XIX y XX. Se trató como a una disciplina filosófica y espiritual que pretendía desarrollar los poderes ocultos del ser humano y el entendimiento de la vida universal y de los secretos de la naturaleza.

El espiritismo consiste en la consulta directa a los espíritus, aunque a España llegó más como un movimiento social y filosófico que como un movimiento religioso o espiritual. Cuando hablamos de espiritismo pensamos en el aparentemente inofensivo juego de la ouija, ese tablero con letras, números y vocablos como «sí» y «no», utilizado para comunicarse con los espíritus. Su origen es desconocido, aunque el modelo fue patentado por primera vez en Baltimore en 1890 por Elijah J. Bond, William Fuld y Charles W. Kennard. Originalmente era una mesa y el mensaje de los espíritus se daba en la misma a base de golpes; posteriormente los tableros parlantes se independizarían de la mesa, dando lugar a la ouija como la conocemos hoy en día.

¡Dato Curioso!

Se ha especulado desde entonces que ouija significa «buena suerte» en egipcio, pero esto es totalmente falso. Se trata, en realidad, de un vocablo fruto de la mezcla de dos palabras; oui, «sí» en francés, y ja, «sí», en alemán.

Este juego alcanzó más fama a partir de los años sesenta del siglo XX, cuando la casa Parker Brothers comenzó a comercializarla masivamente. Llegaron a hacerla de color rosa, especial para las niñas. En España hizo lo propio una conocidísima casa de juguetes, que terminó siendo denunciada en 1900 por un grupo de psicólogos. Hoy en día, por suerte o por desgracia para los amantes del misterio, ya no se comercializa.

En el siglo XIX estos artulugios tuvieron mucho eco en España y los experimentos se propagaron por las casas, los cafés, los ateneos e incluso por la mismísima casa real. La propia Isabel II no pudo resistirse a experimentar estas nuevas sensaciones.

En 1855 se instauraba la Sociedad Espiritista de Cádiz, y unos años más tarde, en 1861, se fundaba en Sevilla otra sociedad dirigida, nada más y nada menos, que por el general Primo de Rivera. A la capital también llegó, por aquellos años, el furor del espiritismo. Empezaron a proliferar no solo asociaciones, sino también libros, periódicos y revistas especializadas. En 1888 se celebró el primer Congreso Internacional Espiritista en Barcelona, y en 1892 en Madrid, donde uno de los temas principales fue la figura de Cristóbal Colón.

En 1860 apareció la primera revista dedicada al espiritismo —*El espiritismo de Sevilla*— fundada por Francisco Martín Boneval y también la obra *El libro de los médiums*, de Alverico Perón, que levantó ampollas en la Iglesia. El obispo de Barcelona la hizo quemar junto con otros cientos de revistas y libros sobre el tema en un auto de fe en la explanada de la Ciudadela. Los seguidores de estas disciplinas acudieron al acto y no solo se dedicaron a gritar improperios, sino que recogieron hasta cenizas. El obispo de Barcelona, además de quemar libros, hizo el agosto con ellos. Allan Kardec, desde Francia, envió un cargamento de libros para reponer los quemados, pero al llegar a la frontera española se solicitaron los derechos y pagos de aduanas. El obispo las confiscó y encima se quedó con el dinero y con los libros.

UN PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA Y UNA MÉDIUM

Francisco Pi i Margall fue un político, historiador y escritor español del siglo XIX que ha pasado a la historia por ser uno de los presidentes de la Primera República. Pese a destacar por sus numerosas obras y artículos en periódicos y en el mundo político —por razones obvias—, vamos a hablar de él aquí por otros menesteres. Como político e historiador que era, se consideraba una persona muy racionalista y eso le hizo chocar con una familia amiga, los Asensi, que eran espiritistas consumados, tanto, que hasta la hija se había vuelto médium. Pi i Margall se burlaba de ellos y de sus creencias, pero parece que no le bastaba y decidió ir un poco más allá. Les propuso organizar una sesión de espiritismo con su hija, en la que esta le anunció al político que un familiar suyo que estaba muy enfermo iba a morir. Parece ser que al cabo de un rato Pi i Margall recibió un telegrama que le anunciaba el fallecimiento de un ser querido.

También se cuenta que ciertos asuntos que habían quedado sin resolver a la muerte de Pi i Margall necesitaban de un papel que había dejado este escrito, pero que no aparecía por ninguna parte. ¿Dónde lo habría metido? Su hijo —que no debía ser tan escéptico como el padre— llamó a la médium hija de sus

amigos y le pidió que le ayudase a buscar dicho papelito. Ella lo encontró dentro de un libro alemán. ¿Casualidad, suerte o es que Margall le había hablado desde el otro mundo?

LA PARADOJA DEL MAGO ESCÉPTICO

Cuando se habla de ocultismo y espiritismo es casi imperativo mencionar a Harry Houdini, el escapista e ilusionista húngaro que se ganó la vida gracias a sus habilidades, que consistían en escapar rápidamente de cualquier atadura. Amarrar de pies y manos con cadenas y cuerdas a Houdini, meterle en una caja o en un saco, y que a los cinco minutos ya hubiera escapado, causaba furor entre los espectadores.

¿Dónde está su relación con el espiritismo? Pues en su enorme reticencia a estos menesteres. Parece ser que su turbulenta relación con el más allá comenzó cuando intentó desesperadamente contactar con su madre —fallecida unos años atrás—. Sin embargo, la experiencia no le gustó, ya que el mensaje que le transmitió la médium —en perfecto inglés— no podía ser de su madre, puesto que la señora solo hablaba una mezcla de alemán, húngaro y yidish. Su enfado fue de tal magnitud que a partir de entonces comenzó a asistir a sesiones de espiritismo para desenmascarar a los estafadores y su obsesión llegó tan lejos que junto a su esposa Bess ideó un código de diez palabras extraídas de una carta de Conan Doyle —con quien mantuvo gran amistad— para que, en el caso de contactar en algún momento con los muertos, pudieran saber que se trataba de un contacto real y no de una estafa.

SHERLOCK HOLMES Y EL MISTERIO DE LAS HADAS

Sir Arthur Conan Doyle —el creador de Sherlock Holmes— fue gran seguidor y defensor del mundo paranormal, al contrario, por lo que hemos visto, de su buen amigo Houdini. El mismo día que se publicó su primera novela de Sherlock Holmes, *Estudio en Escarlata*, también lo hizo un artículo suyo en un periódico defendiendo la existencia de los espíritus y la necesidad del espiritismo. Comenzaba así un interés infatigable sobre el mundo paranormal que influyó en su obra, como puede verse en la famosa frase de Sherlock Holmes: «Una vez descartado lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, debe ser la verdad».

El autor pertenecía a la Sociedad de Investigación Psíquica, donde se codeaba con otros científicos y pensadores que apoyaban la existencia del espiritismo. Lo que le llevó definitivamente a creer y ahondar en la doctrina espiritista fue la muerte de su hijo durante la Primera Guerra Mundial. Llegó incluso a realizar sesiones con William Hope, fundador del grupo espiritista Crewe Circle y en las

que se dice que contactó con su hijo. A pesar de que la Sociedad de Investigación Psíquica acusara al espiritista de fraude, el propio Doyle lo defendió, aunque terminó abandonando dicha sociedad.

No obstante, se convirtió así en un abanderado del espiritismo y se oponía fervientemente a todo aquel que dijera o intentara demostrar que el espiritismo era un fraude. El caso más sonado fue su presentación sobre la existencia de las hadas de Cottingley.

En 1917 llegaron a sus manos una serie de fotografías de unas adolescentes que pretendían engañarle con lo que parecían unas hadas aparecidas en el bosque. Las chicas, en realidad, habían recortado imágenes de hadas de unos libros de cuentos y las habían pegado en las fotografías. El afamado escritor escribió varios libros y artículos y convocó una rueda de prensa para mostrar las fotografías y probar con ello la existencia de un mundo oculto, misterioso y mágico. A raíz de este caso se creó una editorial llamada The Psychic Press y una librería dedicada exclusivamente al ocultismo que acogía reuniones y tertulias con expertos sobre el tema.

Tras la muerte de su primera mujer, Doyle se casó con Jean Leckie, una afamada médium que dirigió la sesión espiritista que pidió el gran escapista Houdini, que vio el fraude y comenzó así una gran enemistad entre ambos.

Tras la muerte de Houdini, su esposa Bess propuso un juego a los médiums para terminar con la cuestión de si el espiritismo era cierto o no. Estos debían descifrar un código cifrado y solo lo harían si contactaban con el difunto. Y aquí vuelve a entrar en escena Doyle, que asesoró y presentó diversos médiums a la viuda. Tras varios intentos fracasados, uno de los múltiples médiums, un tal Arthur Ford, consiguió descifrarlo y así la viuda comenzó a celebrar cada año sesiones de espiritismo para hablar con su esposo. ¿Gano Houdini o ganó Doyle? Difícil dar la respuesta.

UN EXCÉNTRICO GRUÑÓN

Don Ramón José Simón Valle Peña, más conocido por todos como Ramón del Valle-Inclán o Ramón María del Valle-Inclán, fue un autor atípico de carácter fuerte, alma insatisfecha y hosco comportamiento que vivió a contracorriente por el puro placer de tocar las narices al mundo porque, según decía él mismo, vivíamos entonces en una España de mentes adormiladas que debían ser sacudidas.

Fue un tertuliano fiel en los cafés bohemios de la época y se le engloba dentro de la Generación del 98, aunque tan solo en sus últimas obras se encontró próximo a este grupo literario. Formó parte del modernismo y se le atribuye el descubrimiento del esperpento, género literario que se caracteriza porque los personajes y la realidad se representan de manera grotesca con el fin de

caricaturizarla. Hasta aquí la clase de literatura.

La vida de este novelista, poeta, periodista y dramaturgo fue una extensa sucesión de anécdotas —las más de las veces debidas a su mal carácter de gruñón empedernido— y viajes entre Galicia y Madrid.

Nació en Vilanova de Arousa, Pontevedra, el 28 de octubre de 1866, y desde pequeño se crio escuchando leyendas y cuentos tradicionales de la mágica Galicia sobre trasgos, brujas y endemoniados que le contaba su vieja criada. Además, su padre, aficionado a las excavaciones arqueológicas en necrópolis y castros, encontró un cráneo humano que decidió conservar en casa para contribuir a la historia y cultura locales. Sin embargo, el joven Valle-Inclán de entonces siete u ocho años, decidió que era mejor emplearlo como juguete y aquella pobre cabeza humana terminó reducida a minúsculos añicos en un abrir y cerrar de ojos.

Los estudios no eran lo suyo y tampoco se molestó en que lo fueran. Ingresó en el Instituto de Segunda Enseñanza con nueve años y estudió el bachillerato sin ganas ni interés alguno. Fue su padre quien más tarde decidió que estudiase Leyes en la Universidad de Santiago de Compostela. En clase suspendía o aprobaba por los pelos pero, a pesar de su holgazanería, se convirtió en uno de los estudiantes más populares debido a sus salidas de tono, sus ingeniosas respuestas y gracias acentuadas con un ceceo al hablar que dejaron ojipláticos al resto de compañeros.

Aprovechó la muerte de su padre para abandonar al fin los estudios y en 1890, con veinticuatro años, puso rumbo a una nueva vida en Madrid.

En la capital decidió escribir y vivir del periodismo a pesar de no entusiasmarle demasiado la profesión —siempre quiso llevar por bandera un individualismo en su creación que le ahorrara corresponder a obligaciones o imposiciones sociales—.

A pesar de apoyar a los carlistas, terminó publicando en el periódico *El Globo*, de ideología republicana, ya que la herencia de su padre no le daba para vivir.

Conoció entonces la vida bohemia de los cafés de la Puerta del Sol, lugares de tertulia donde empezó a darse a conocer por sus tajantes opiniones donde no permitía a nadie que le tosiera. Ante la falta de dinero, puso rumbo a México, y en plena travesía conoció al dueño del periódico *El Veracruzano Independiente* a quien cayó tan bien que le prometió un puesto de trabajo. Poco tiempo después de su llegada le ofrecieron un puesto en el diario de la capital del país, *El Universal*, donde comenzó traduciendo algunos textos franceses e italianos al español a pesar de no tener ni pajolera idea de ambos idiomas.

Su estancia en Latinoamérica tampoco escapó a su cólera. Nada más llegar estuvo a punto de participar en un amago de duelo con el redactor de *El Tiempo*, rotativo en el que se había escrito un artículo hablando mal de todos los españoles

que llegaban a residir en México. Valle-Inclán se sintió aludido y tan ofendido que se presentó hecho un basilisco en las oficinas junto a dos padrinos para encararse con el culpable de tan infame publicación.

De vuelta a Pontevedra su aspecto comenzó a cambiar hacia lo estrofalario: se dejó crecer la barba y el pelo se lo cortaba de higos a brevas siguiendo una moda mezcla entre dandi y bohemio con un toque extraño, ya que don Ramón usaba capa o poncho mexicano. De hecho, su aspecto le convirtió en el blanco de las burlas de sus vecinos quienes enviaban a su domicilio a inocentes peluqueros ajenos al cachondeo para reírse del escritor. Una mañana, cansado de tanta tontería, despidió de una patada al peluquero al grito de:

—¡Yo me cortaré el pelo cuando a vosotros os sierren los cuernos!

En su tierra conoció y entabló amistad con Jesús Murais, marido de Rosalía de Castro, y entre sus amigos podían contarse también a Manuel Bueno, Jacinto Benavente, Pío Baroja, Rubén Darío o Azorín.

En 1897 regresó a Madrid, donde volvió a vivir días de extrema penuria. Y si bien tuvo amigos, su agresividad verbal y su empeño en fustigar le granjearon también enemigos. Uno de ellos fue Unamuno, cuyas ideas estéticas fueron opuestas a las de nuestro protagonista. Parece ser que ya antes de conocer a don Miguel le tenía tan poco aprecio que se dedicó a ir por todas las tertulias para poner de vuelta y media al autor.

Contaba Baroja que un día caminaba con Unamuno por la calle donde se asienta el Congreso de los Diputados y vieron a Valle-Inclán aparecer en sentido contrario. Al encontrarse se pararon y Baroja presentó el uno al otro antes de disponerse los tres a pasear juntos. No llegaron a andar más de cien metros antes de que ambos se enzarzaran con tal violencia que acabaron insultándose, pegándose gritos y separándose, dejando a Baroja solo en mitad de la calle y preguntándose qué había ocurrido.

Pero de entre todas las peleas en las que fue protagonista, una en especial le marcó de por vida. Ocurrió en el café de la Montaña conversando sobre el valor personal de los españoles. En plena discusión, Manuel Bueno y Valle-Inclán irrumpieron en insultos para terminar atacándose físicamente. El primero le dio al segundo un bastonazo que provocó que uno de los gemelos de la camisa se le clavara a Valle-Inclán en la muñeca. Días después la herida gangrenó y no hubo más remedio que amputarle el brazo izquierdo.

¡Dato Curioso!

La entereza de Valle-Inclán durante la operación fue formidable. Se desmayó brevemente en una sola ocasión y pidió un habano para fumárselo mientras presenciaba el final de su propia operación quirúrgica.

Ante la catástrofe, sus amigos decidieron ayudar para conseguirle un brazo ortopédico y organizaron la representación de la versión teatral de su obra *Cenizas*. Valle-Inclán nunca llegó a usar el brazo, pero al menos la función fue un éxito de asistencia de público. Entre el reparto que realizó la función, se encontraba la joven actriz Josefina Blanco, que acabaría siendo su esposa tiempo después.

No acabó aquí su desgracia. Madrid siguió siendo un lugar duro en el que vivir como bohemio. Representó y publicó sus obras, pero solo obtuvo fracaso como pago. Desesperado, no se le ocurrió mejor idea que hacerse minero en Almadén y para llegar a su destino, decidió viajar a caballo una noche lluviosa y relampagueante. El animal debió asustarse y en un intento por no caer al suelo, Valle-Inclán se disparó en el pie con una pistola que llevaba encima. Tres meses duró su convalecencia en Madrid; de ser minero no quiso volver a acordarse.

Mientras se recuperaba se puso de nuevo a escribir y creó *Sonata de otoño*, que adoptó más tarde al teatro.

Con el tiempo pasó del tradicionalismo carlista a declararse a favor de los liberales, lo que le valió un viaje como observador a la Primera Guerra Mundial para que escribiese e informase de todo lo que veía en los campos de batalla franceses. Ello le permitió conocer París, visitar sus calles, acudir a sus cafés, pasear por el Montmartre, Montparnasse y relacionarse con los literatos y las ideas parisinas. Al llegar a España ya era un antimonárquico acérrimo.

En 1924, *Lucas de Bohemia* supuso una revolución teatral y el comienzo del esperpento. Este éxito le permitió volver a México por segunda vez, aunque de una forma completamente diferente a como había sido su primer viaje de juventud: le acogieron con los brazos abiertos y le invitan a dar charlas, conferencias y congresos como ilustre invitado de honor.

Sin embargo, ni el éxito ni los problemas económicos que volvió a sufrir sirvieron para aplacar su guerreante ánimo. A la llegada al poder de Primo de Rivera, Valle-Inclán se declaró enemigo del dictador y una de sus obras, *La hija*

del capitán, fue secuestrada por explosiva e injuriosa contra el gobierno. En una ocasión empezó a despotricar en plena calle contra la figura del dictador y los agentes que llegaron a ocuparse del escándalo le rogaron que dejase de vociferar. Don Ramón, que no se achantaba fácilmente, se encaró con ellos:

—¡Ustedes, señores míos, tienen una obligación que cumplir! ¡Deténganme!
¡Yo tengo un inalienable derecho a ir a la cárcel!

Sin duda, aquello favoreció su fama como tremendo enemigo de la dictadura, que es lo que buscaba.

Cuando la dictadura estaba dando sus últimos coletazos, otro sonado escándalo tuvo lugar en la plaza de Callao por el que fue condenado a una multa de cincuenta y dos pesetas que se negó a pagar. La policía tuvo que presentarse en su casa para llevarlo a comisaría y el escritor no dejó pasar la oportunidad de volverles locos. Sin molestarse a salir de su cama, les gritó desde ella que volviesen más tarde porque aquellas no eran horas para molestar a nadie. Los agentes volvieron a insistir y él, más por incordiar que por defender sus derechos, les dijo que si querían entrar en su casa iban a necesitar una orden judicial. Los agentes volvieron una hora más tarde con el dichoso documento que don Ramón aceptó no sin antes ponerles una condición:

—Está bien, pero yo no me visto. Vístanme ustedes...

Los policías, impacientes, comenzaron a ponerle los calcetines mientras él seguía acostado. Valle-Inclán debió resultarles una auténtica pesadilla, puesto que antes de salir de la vivienda cogió un paquete que se guardó bajo el brazo. Cuando los policías le preguntaron por ello, dijo como si tal cosa que se llevaba libros y papel porque pensaba escribir el *Quijote* en la cárcel. Al irreductible autor aún le quedaba energía cuando llegó a comisaría y le formularon las preguntas de rigor:

—¿Profesión?

—Escritor.

—¿Sabe leer y escribir?

—No.

—¿Cómo! ¡Me extraña esa respuesta!

—¿Sí? Pues más me extraña a mí la pregunta.

Valle-Inclán se ganó por fin quince días de arresto.

Mucha de la enemistad que declaró contra el rey se debió a la negativa que le dieron cuando Valle-Inclán pidió al Ministerio de Gracia y Justicia que rehabilitaran los títulos del marquesado de Valle, vizcondado de Vieixin y del señorío del Caramiñal. Al parecer, los padres del escritor eran de ascendencia hidalga, poseedores de casas solariegas y viejos fueros que habían ido a menos. Su fallido encumbramiento a la nobleza le convirtió en un furibundo antimonárquico.

Pero en 1928 volvieron a cambiar sus afinidades políticas. Consiguió en este

año el contrato editorial más importante de su vida con la Compañía Iberoamericana de Publicaciones, la cual le ofreció la buena cantidad de cuarenta y dos mil pesetas anuales por su trabajo. La cura de su malestar económico le permitió, además, darse una vida en la que no le faltó de nada, aristocratizando su aspecto esperpéntico y consiguiendo, milagrosamente, que la ferocidad y los insultos contra el poder y a no fueran como antes.

El resultado de esto fue el que ya suponemos. Espoleado por su nuevo fracaso económico, comenzó de nuevo a vociferar contra los últimos días de reinado de Alfonso XIII —Primo de Rivera moría en París en 1931— y contra todo aquel que estuviese en el poder.

Con la implantación de la Segunda República, mostró su apoyo a ultranza mientras le convino. Al ver que no le tocaba nada en el reparto de cargos del nuevo gobierno, quiso demostrar su antipatía por ellos. Sin embargo, como es habitual en estos casos y sobre todo en él, su nombramiento como Conservador General del Patrimonio Artístico Nacional le reconcilió con el panorama político poco después de su rabieta inicial. Cargo por cierto, que le duró cuatro meses. Nada satisfacía plenamente a don Ramón.

¡Dato Curioso!

Tras la segunda operación de vejiga, se le presentó sangre en la orina y tuvieron que practicarle una transfusión. Hubo escritores jóvenes que se presentaron a donar la suya como apoyo pero se dieron de bruces cuando Valle-Inclán, mostrando toda la altanería y despotismo de la que era capaz, desechó sus ofrecimientos: «La sangre de ese no me sirve; no sea que en plena convalecencia me ponga a escribir cuentos para niños...».

En 1932 comenzó su declive. Valle-Inclán venía padeciendo desde tiempo atrás problemas de estómago que le hacían vomitar sangre y que se agravaron con dolores de vejiga. En las Navidades de ese mismo año se separó judicialmente de su esposa, con quien venía manteniendo una convivencia complicada. Descorazonado y triste, su salud se resintió, y, aunque ya había sido

anteriormente operado de un tumor en la vejiga, la recaída le hizo pasar una vez más por quirófano.

Los médicos entonces no le dieron muchas esperanzas. A pesar de ello, a su salida del sanatorio, tuvo aún tiempo de ser nombrado director de la Academia de Bellas Artes en Roma, donde tuvo fuerzas suficientes para sentirse atraído por los procedimientos fascistas de Mussolini. Los dolores diarios y la nostalgia por su patria le hicieron volver al final de su vida.

En la primavera de 1935 ingresó en una clínica para recibir tratamiento y él mismo predijo que no moriría hasta el 6 de enero. Casi acertó. Murió un día antes de lo que vaticinó de 1936.

DELESPERPENTO ALMÁS ALLÁ

Don Ramón, como muchos otros de su tiempo, se interesó por el ocultismo. Junto a Rubén Darío o Leopoldo Lugones, pertenecieron a la corriente europea de finales del XIX que se regía por el espiritismo —la parapsicología— y el misterio. Lo paranormal entonces se trataba desde una perspectiva científica con estudios serios, poniéndose de moda a uno y otro lado del charco.

Aquellos cuentos que le contaba de niño su criada de la Galicia celta y misteriosa, encendieron la imaginación del niño, que no dejó jamás de devorar toda lectura que caía en sus manos, de este y de otros tantos temas. Por ello, se introdujo pronto en los círculos esotéricos que existían por toda Galicia y participó de todas las experiencias místicas que pudo: clarividencia, viajes astrales, éxtasis, médiums...

Consumió hachís e hizo ayuno prolongado para poder conseguir las ansiadas visiones del futuro, al más puro estilo de santa Teresa de Jesús. Y quizá por ello, o por su clara intuición, llegó a predecir, casi con exactitud, la fecha de su muerte.

Al llegar a Madrid pudo dar rienda suelta a sus inquietudes esotéricas. Conoció a Joaquín Argamasilla, un joven noble español que prometía tener el don de la visión de rayos X, y a quien invitaron, en la década de los veinte, a demostrar sus poderes en Nueva York, delante del famoso Houdini, quien pretendía desenmascararle.

El esoterismo influyó también en su obra, donde encontramos referencias a las supersticiones, la muerte, las visiones oníricas y otros fenómenos paranormales. Muestra de ello es *La lámpara maravillosa*, de 1916, que dedicó a Argamasilla. Valle-Inclán dio, además, conferencias sobre la historia de los fenómenos del ocultismo, apariciones, levitación y proyección astral en importantes círculos.

Ramón y Cajal, premio Nobel de Ciencias en 1906 por sus estudios sobre las neuronas, fue uno de los pocos que se mostró escéptico durante la moda del espiritismo, y en su libro *Charlas de Café* escribió con sátira y humor:

Yo confieso, un poco avergonzado, mi irreductible escepticismo. Y me fundo, aparte ciertas razones serias —comprobación de las supercherías de los médiums e imposibilidad de demostrar la identidad de los aparecidos—, en los siguientes frívolos motivos: en ninguna de las invocaciones de ultratumba publicadas en libros y revistas espiritistas he encontrado una suegra duende turbando la felicidad de su yerno, ni un espectro de poeta chirle infernando, con bromas pesadas, la vida de sus críticos.

El neurocientífico, al igual que Houdini, se dedicó a buscar los fraudes o trucos que usaban los médiums en sus sesiones. De las reuniones a las que asistió no le sorprendieron ni el humo, ni las luces ni ningún efecto sonoro; sin embargo, lo que sí le llamó la atención fue « la increíble ingenuidad de los asistentes» .

UN DESTRIPIADOR, UN LICÁNTRORO Y UNA VAMPIRESA

Con el nacimiento de la criminología y de las técnicas forenses, comienzan a atribuirse los asesinatos ya no a las obras del diablo o a las posesiones demoníacas, sino a gente de carne y hueso. Eso sí, gente mentalmente perturbada. Así, en estos momentos, la policía comienza a buscar a los asesinos en serie.

Entre los más famosos podemos destacar a Jack el Destripador que asesinaba prostitutas en el Londres victoriano de finales del siglo XIX —cinco oficiales, aunque podrían ser más sus víctimas— y cuya identidad nunca se tuvo clara. Es un tema que aún sigue a vueltas entre los amantes del misterio.

Su apodo se le dio debido a una serie de misivas que por la época de los asesinatos recibió la policía de Scotland Yard en las cuales, el asesino, de su puño y letra, se adjudicaba los crímenes y dejaba este peculiar nombre.

Sus víctimas fueron mujeres de los suburbios de Londres que aparecieron estranguladas, degolladas y con mutilaciones abdominales y genitales, extirpándoles algunos órganos. La policía supo que el asesino tenía conocimientos anatómicos y quirúrgicos, sin embargo, algo debió de suceder. En menos de un mes cesaron los asesinatos y no se supo más. ¿Fue detenido por algún motivo, sin saber quién era y lo que había hecho? ¿Fue internado en algún sitio por enfermedad u otros motivos? ¿Emigró y se convirtió allí en otro famoso asesino? Sin embargo, el Destripador no es ni mucho menos el primer asesino histórico reconocido, pero sí el primero al que la prensa dedicó páginas y más páginas, especulando sobre su identidad y atribuyéndole otra serie de asesinatos cometidos en el mismo distrito de Londres —a pesar de que no siguiesen el mismo *modus operandi*—.

Otro asesino del siglo XIX famoso fue Martin Dumollard, conocido como el asesino de las criadas. Conseguía a sus víctimas prometiéndoles trabajo de sirvienta, especialmente a chicas jóvenes. En el campo las estrangulaba y sus ropas las vendía en el mercado. Lo cazaron gracias al testimonio de su esposa y a otras declaraciones que dieron pie a que se hallasen los cuerpos de varias jóvenes. Fue ejecutado en público, como venía siendo la costumbre de la época. El espectáculo de la pena de muerte, que se le llamó.

La centuria decimonónica nos trajo también a los conocidos como «profanadores de tumbas», William Hare y William Burke. Todo comenzó cuando uno de los inquilinos de la pensión que regentaba Hare murió de forma natural y ambos decidieron vender el cadáver a un anatomista. Hay que pensar que en aquella época las autopsias no estaban a la orden del día y el

conocimiento médico avanzaba lentamente debido a ello. Los cuerpos a los que poder meter mano estaban muy demandados y no siempre de forma legal. Ante el pique que ganaron con la acción decidieron darle una vuelta al negocio de posadero y convertirlo en algo un pelín más lucrativo; a partir de aquel momento comenzar a atraer a viandantes a la casa a los que asfixiaban y vendían al anatomista. Se sabe de unas quince víctimas. Finalmente, Burke y Hare fueron detenidos, denunciados por una pareja que se hospedaba en la pensión de Hare; el primero confesó los crímenes y fue condenado a la horca mientras que el segundo, misteriosamente, fue puesto en libertad sin cargos.

Ya en España también se conocen personajes que pusieron en jaque a las autoridades del momento. Uno de ellos fue Juan Díaz de Garayo, conocido como el Sacamantecas, quien asesinó a seis prostitutas estrangulándolas y mutilándolas en algunos casos. Fue atrapado y condenado a garrote vil.

Tras su estudio forense, Bernardo de Quirós dijo de él: « Su cráneo, su frente parece la de un neandertal. Mandíbulas prominentes. Es un macho brutal, un monstruo. Su rostro está lleno de asimetrías. Un enigma de la moderna antropología. Y en los crímenes algo extraño le ha obligado actuar. Él dice que ha sido el demonio» .

El pueblo español se hizo eco de este caso y el sobrenombre de Sacamantecas fue empleado por numerosas madres para amedrentar a sus hijos —como hoy sería la expresión « que viene el coco» o « el hombre del saco» —.

Otro asesino español fue Manuel Blanco Romasanta, el hombre lobo de Allariz. Decían de él que tenía rasgos afeminados y que no llegaba al metro y medio de estatura. De profesión sastre, estaba casado y era considerado una persona culta para los estándares de la media. Sin embargo, las tragedias todo lo cambian y parece ser que a Romasanta lo cambió la muerte de su mujer por causas naturales. Dejó su trabajo y se convirtió en vendedor ambulante de un unguento que decían que estaba realizado a base de grasa humana. Ante las habladurías, las autoridades lo apresaron, pero logró huir y desapareció de la faz de la tierra.

Reapareció en la localidad de Rebordechao. Poco a poco fue entablando amistad con las gentes del lugar, en especial con las mujeres. Llegó a trabajar como tejedor, un oficio considerado exclusivo de mujeres. Sería en este pueblo donde comenzarían los asesinatos y los crímenes, siempre mujeres y niños. Se sabe que fueron un total de nueve y que luego huyó con un pasaporte falso, hasta que las autoridades lo capturaron en Toledo. Según la confesión del propio licántropo fueron trece víctimas a las cuales mató y devoró, porque —según sus propias palabras— estaba bajo un maleficio que lo transformaba en lobo las noches de luna llena. Fue sentenciado a garrote vil y a indemnizar a las familias de sus víctimas; sin embargo, la reina Isabel II cambió su sentencia por cadena perpetua. Romasanta murió en prisión, nadie sabe en cuál, ni cuándo ni cómo.

¡Dato Curioso!

El caso de Romasanta es el único caso documentado de licantropía clínica; es decir, gente que cree poder convertirse en lobo o en otro tipo de animal.

En Barcelona sucedió uno de los casos más llamativos que se recuerden; la vampira de la calle de Ponent, una mujer que en realidad se llamada Enriqueta Martí y que empezó trabajando de niñera hasta que comenzó a ejercer la prostitución.

A la edad de veintisiete años se casó con un pintor, pero su matrimonio hizo aguas desde el principio, ya que Enriqueta tenía un carácter extraño e impredecible. Además, seguía prostituyéndose por los bajos fondos de la ciudad condal. En el momento de su detención, hacía más de un año que marido y mujer no vivían juntos.

Enriqueta llevaba una doble vida; por la mañana se dedicaba a mendigar por las calles, vestida con harapos y con niños que no eran suyos; y por las noches se vestía elegantemente y paseaba por los teatros y casinos a los que acudía la burguesía más acomodada de Barcelona, buscando clientes para el burdel que regentaba en un piso de la calle Minerva, y en el que explotaba a niños de entre tres y catorce años. Además de explotar a los niños, los asesinaba y los restos los convertía en ungüentos medicinales que vendía a las clases altas.

Enriqueta Martí o Marina —apellido que utilizaba para alquilar inmuebles que nunca llegaba a pagar— fue detenida gracias a una vecina que vio a dos niñas que tenía retenidas en el piso de la calle de Ponent. La vampiresa fue arrestada y las niñas devueltas con sus familias. Durante el registro del piso la policía encontró restos humanos de pequeño tamaño. Estas evidencias y el testimonio de una de las niñas que vio cómo la vampiresa mataba a otro infante, fue clave para sentenciarla. A pesar de ser condenada, Enriqueta Martí pagó antes por lo que había hecho. La versión oficial es que murió de cáncer de útero antes de cumplirse la sentencia, pero se cree que la realidad es que las otras presas de la cárcel la mataron de una paliza.

¡BUENAS HORAS, MANGAS VERDES!

¿Y quiénes eran los encargados de perseguir y atrapar a todos los criminales, maleantes y otros especímenes que alteraban el orden público?

El origen de las fuerzas del orden y la seguridad es muy antiguo, ya en la

Antigua Roma existía la guardia pretoriana, un cuerpo de élite que protegía al emperador y a otras familias nobles. Con la caída del Imperio romano esto desapareció y no será hasta la Edad Media cuando surge, como tal, el primer cuerpo dedicado a mantener el orden en un territorio... ¡Y nada menos que en España!

Nos referimos, por supuesto, a la Santa Hermandad. A partir del siglo XIII aparecieron en Castilla distintas hermandades cuyo objetivo era el de defender el orden público, perseguir malhechores y criminales e impedir el bandolerismo y los saqueos, que muchas veces causaban los propios nobles. Se ocupaban de patrullar las calles, evitar broncas en tabernas, rencillas entre vecinos y de cualquier cosa que pudiese alterar el orden de cada comunidad.

La Santa Hermandad se creó como tal en las Cortes de Madrigal de 1476, donde se unificaron las distintas hermandades. Se instauró oficialmente no solo en Castilla, sino también en la Corona de Aragón, consiguiendo que la nobleza perdiera parte de su poder y controlando los caminos, cosa que benefició el comercio.

Los costes de manutención de la Santa Hermandad eran elevadísimos, y debían pagarlos los propios municipios —muchos no podían hacer frente a los pagos— que quisiesen poseer este cuerpo de seguridad. Fue disuelta oficial y definitivamente en 1834.

¡Dato Curioso!

La expresión «A buenas horas, mangas verdes» se suele utilizar cuando algo que era muy esperado pasa cuando ya no sirve para nada. Los mangas verdes no eran otros que los cuadrilleros de la Santa Hermandad, que iban vestidos con un chaleco de piel que dejaba al descubierto las mangas de una camisa verde. Parece ser que la eficacia y la rapidez no eran las principales virtudes de este cuerpo, ya que nunca llegaban a tiempo al lugar donde se había cometido el delito.

Tras la disolución de la Santa Hermandad y tan solo diez años después apareció un nuevo cuerpo de seguridad, la actual Guardia Civil, en 1844. Entre sus funciones estaban tanto las de detener a vagos y maleantes, como las de vigilar a los criados desacomodados o la de impedir que se colocaran objetos como cajas y macetas en los tejados para evitar que cayeran sobre los transeúntes. También realizaban padrones y expedían todo tipo de permisos, como los de mercancías o pasaportes. Otro de sus quehaceres era el vigilar que la censura del gobierno se produjese tal y como este mandaba, controlando panfletos, octavillas, obras publicadas...

El régimen franquista impuso sus propias fuerzas de seguridad: el Cuerpo de Policía Armada y de Tráfico o la Policía Armada —conocidas popularmente como «la social» y «los grises»—. Su misión era la de la vigilancia total y permanente, así como de represión cuando fuera necesario. El CNP o Cuerpo Nacional de Policía se creó oficialmente en 1978.

LOS GRISES

A los policías del franquismo se les llamó los grises por el color de su

uniforme. Si bien esto lo sabe mucha gente, lo que pocos conocen es que esta policía fue prácticamente una imitación de la policía nazi, que Franco conoció cuando Heinrich Himmler y Hitler visitaron España en el año 1940. Se dijo que el objetivo oficial de la visita era que Alemania explicase a España el funcionamiento de su policía aunque la realidad expresa es que se quería tantear a Franco para que participase del lado de los alemanes en la Segunda Guerra Mundial, cosa que no pasó. Lo que sí pasó es que en 1941 se publicó la Ley de Policía, cuya misión era la de asegurar la vida de la nación, que en los Estados totalitarios se logra merced a una acertada combinación de técnica perfecta y de lealtad y se otorgaba el rango de Orden Público a la Milicia de las FET y de las JONS, creando así el Cuerpo de Policía Armada y de Tráfico.

EPIDEMIAS QUE ASOLARON ESPAÑA

UNA GRIPE POCO ESPAÑOLA

En 1918 se produjo una de las epidemias más dañinas de la historia: la conocida como gripe española —*Spanish flu* o *Spanish lady*—. Sin embargo, de española, en sí, tenía más bien poco. O nada.

En el momento del estallido de la epidemia el mundo se encontraba sumergido en el final de la Primera Guerra Mundial, y España era un país neutral que no había participado en la misma.

La información sobre el suceso y sus terribles consecuencias en los países participantes en la Gran Guerra que se vieron infectados se censuró tajantemente para no minar la moral de la población civil y de aquellos que se encontraban en el campo de batalla luchando por su país. Y como España no censuró la información, parecía que era el único país que estaba sufriendo la epidemia y que esta se había originado aquí.

Curiosamente, en España no se llamó en ningún momento gripe española, sino que se la bautizó como «el soldado de Nápoles», en referencia a la zarzuela *La canción del olvido* que se había estrenado en Madrid durante los inicios de la epidemia. ¿Por qué este nombre tan extraño para una enfermedad? Pues porque decían que la gripe era tan pegadiza como el estribillo de la canción *El soldado de Nápoles*.

Se la ha considerado la mayor catástrofe sanitaria de todo el siglo XX, ya que en menos de un año se produjeron entre veinticinco y cincuenta millones de muertes —otras fuentes aseguran que fueron entre cincuenta y cien millones de víctimas—. Entre el diez y el veinte por ciento de los infectados fallecía, y afectaba, sobre todo, a adultos saludables y a niños. Se estima que murió entre el tres y el seis por ciento de la población mundial.

La gripe española afectaba especialmente a jóvenes y adultos. ¿Por qué no afectaba a ancianos, cuando son el colectivo más castigado por este tipo de enfermedades? Se apunta a que las personas mayores de sesenta y cinco años serían inmunes a la gripe española por haber pasado con anterioridad la gripe rusa de 1889-1890 y que esta primera sería una mutación de la segunda. Por otro lado, la gripe estacional suele llegar con el cambio de otoño a invierno, de ahí su nombre. La gripe española llegó en primavera y verano.



Las hipótesis sobre dónde se produjo el primer foco son muchas, desde el lejano oriente, allá por China y mutado en Estados Unidos, pasando por Kansas o Austria. La sospecha más aceptada es la que sitúa el primer foco en Fort Riley — en el actual estado de Kansas— a principios de marzo de 1918. Se dice que ese mismo día enfermaron más de cien soldados y que a los pocos días la cifra ascendía a más de quinientos. En agosto de 1918 ya la encontrábamos en Best, un distrito francés por cuyo puerto entraban en aquel momento la mitad de las tropas aliadas procedentes de Estados Unidos para combatir en Europa durante guerra. Otras hipótesis hablan de los hospitales y acuartelamientos que había en Étaples, Francia, y que el virus habría llegado procedente de las aves, que habría mutado a los cerdos, que estaban muy cerca del frente y habrían iniciado el contagio en humanos. Desde Francia se expandiría al resto de países europeos.

Se expandió con tanta rapidez y tanta virulencia como causa, que no como origen, de la guerra. Los cuarteles estaban muy cerca unos de otros, los soldados —debilitados por el estrés de la guerra, los ataques químicos, la mala alimentación y la nefasta higiene en las trincheras— tenían el sistema inmunológico absolutamente debilitado, lo que favorecía la infección y, con sus movimientos por todo el mundo, el contagio masivo.

Los síntomas de la enfermedad eran de extrema gravedad y se consideraban raros para ser una gripe, por lo que en un primer momento se diagnosticó como dengue, cólera o fiebre tifoidea. Los infectados sufrían hemorragias en la nariz, el estómago, intestino y oídos, así como petequias en la piel. La mayoría de las muertes se produjeron por neumonía bacteriana, como consecuencia secundaria de la gripe, o por las hemorragias masivas.

Por otro lado, las medidas preventivas no fueron suficientes y efectivas, y la segunda oleada de la gripe fue mucho peor que la primera. En los entornos

civiles, donde la cepa de la gripe era leve, la gente enferma se quedaba en sus casas y se recuperaba —o fallecía— mientras continuaban con sus vidas y con sus labores. En los entornos de guerra la cosa fue muy diferente; los infectados leves se quedaban en los hospitales de trinchera mientras que los graves eran enviados a hospitales de campaña transportados en trenes en los que también viajaban mercancías y población civil.

¡Dato Curioso!

Como por aquel entonces no se pudo, se congelaron víctimas de la gripe para estudiar muestras de su tejido cuando fuese posible.

No todas las zonas afectadas perdieron la misma cantidad de gente; sin embargo, las secuelas sí que fueron iguales para todas ellas: parte de la población incapacitada, comercios cerrados por falta de dependientes y de clientes, falta de personal médico y de sepultureros —se utilizaron fosas comunes sin ataúdes y sin entierros propiamente dichos—, territorios insulares incomunicados y gran vacío demográfico en rangos de población masculina joven. Fue tanto el alcance que incluso conocemos personajes famosos que perecieron a causa de esta epidemia como, por ejemplo, el arquitecto Otto Wagner, el pintor austriaco Koloman Moser, el líder bolchevique Yákov Sverdlov, el político británico Mark Skyes, el famosísimo economista, político y sociólogo alemán Max Weber o el príncipe Erik de Suecia y Noruega.

Otra de las consecuencias que tuvo esta epidemia fue directamente sobre la Primera Guerra Mundial; inclinó la balanza de poder durante los últimos coletazos de esta en pro de la causa alidada, ya que Alemania y el Imperio austrohúngaro sufrieron cuantiosísimas bajas, bastantes más que Gran Bretaña o Francia.

OTRAS ENFERMEDADES QUE DIEZMARON LA POBLACIÓN

El XIX fue un siglo convulso para un país, el nuestro, ocupado en librar disputas políticas y guerras que terminaron desgajando el antiguo Imperio español tras la pérdida de sus colonias: Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Mientras unos se ocupaban de las guerras, la población española libraba sus propias batallas contra las grandes epidemias que asolaron ciudades enteras.

La primera de ellas fue el cólera, bastante común a lo largo de nuestra historia. Tanto, que se dieron hasta cuatro epidemias a lo largo de este siglo. En un país que no llegaba entonces a doce millones de habitantes, desaparecieron más de ochocientas mil personas.

¿ Sabías que... ?

La bacteria causante del cólera, la *vibrio cholerae*, provoca la muerte por deshidratación, ya que la persona que se contamina por beber agua o alimentos infectados por las heces de otra previamente enferma, sufría de vómitos y diarreas.

El primer brote se desarrolló en Vigo en 1833 y se propagó rápidamente por toda la Península —fue especialmente virulento en Andalucía—. La rápida transmisión de la bacteria pudo deberse a la inestabilidad política que se vivía entonces, ya que ese mismo año comenzaron las guerras carlistas que provocaron el movimiento de tropas por toda España. Tampoco ayudaron las condiciones de vida, ya que casi toda la población malvivía hacinada en sus hogares compartiendo espacio en numerosas ocasiones con animales. Se tomaron una serie de ordenanzas y medidas para paliar el cólera: prohibieron hacer las necesidades en la calle o tener conejos y gallinas dentro de casa. Además aislaron los suburbios por ser focos de infección y se crearon hospitales solo para esta clase de enfermos, como el que existió en el convento de San Jerónimo de Madrid. A pesar de todo, el peor brote se produjo a partir de 1855. En esos momentos, los científicos ya sabían que la enfermedad no se transmitía por el aire, sino por el agua, y por eso promovieron medidas de saneamiento e higiene, sobre todo en aquellos focos de infección y alcantarillado; así, ciudades como Madrid, promovieron el saneamiento de aguas dando lugar a la creación del Canal de Isabel II.

Si el cólera afectó a personas de todas las edades, la difteria se cebó con la población infantil. Atacaba a los órganos respiratorios, causando la muerte por asfixia. Por ese motivo se la conoció también como el garrotillo, en referencia al método de ajusticiamiento del garrote vil.

En la obra de Goya sobre el Lazareto de Tormes se observa el método que emplearon los médicos del siglo XIX para extraer las obstrucciones respiratorias.

Otra enfermedad que causó verdaderos estragos en el pasado fue la tisis o tuberculosis. Ya en la Edad Media los libros de medicina recomendaban beber leche para combatirla. También se creía que la imposición de manos del monarca curaba las úlceras de los enfermos. Fue en 1881 cuando el médico alemán Robert Koch descubrió que el causante de la letal enfermedad era un bacilo alojado en los tubérculos.

¿ Sabías que. . . ?

La enfermedad se transmite por el aire, con la tos y el estornudo, pero también al hablar, escupir e incluso al cantar. Algunos de los personajes que padecieron esta enfermedad fueron: Frederic Chopin, Edgar Allan Poe, Gustavo Adolfo Bécquer, Franz Kafka, Molière, Modigliani, Paganini, Alexander Graham Bell, Ramón y Cajal, Boccherini... La vacuna contra la tuberculosis no llegó hasta finales del siglo XIX.

La viruela campó a sus anchas a lo largo del siglo XVIII, y asoló toda Europa dejando cuatrocientos mil muertos al año, a un tercio de los supervivientes ciegos y el rostro desfigurado por culpa de las cicatrices y pústulas en la piel. Es, como la tuberculosis, una enfermedad antigua —ya existían evidencias en momias de entre el 1580-1350 a. C. con signos de la enfermedad—.

Fue Edward Jenner quien inoculó el virus a finales del XVIII administrando pequeñas dosis del pus de una llaga de un enfermo a un niño sano de ocho años. La vacunación comenzó cuando vio que el niño no se ponía enfermo. Sin embargo, el descubrimiento de la vacuna se produjo un siglo antes cuando Mary Wortley Montagu, esposa del embajador inglés en el Imperio otomano, observó allí cómo la gente se inyectaba el pus producido por la viruela en las vacas y tras ello, igual que el niño de Jenner, no fallecían ni sufrían la enfermedad. Lady Wortley aplicó lo visto en sus propios hijos y a su regreso a Inglaterra comenzó a divulgar este conocimiento. ¿Por qué entonces hubo que esperar un siglo a que se convirtiese en un tratamiento efectivo? Su descubrimiento no fue bien recibido posiblemente por el hecho de ser mujer, a pesar de ser una ingeniosa científica y

escritora.

EL PECULIAR CORTEJO EN EL ROMANTICISMO

Durante gran parte de la historia, las mujeres —ni los hombres— escogieron a sus cónyuges, especialmente entre las clases más altas. Los matrimonios eran, aunque suene poco romántico, transacciones sociales y económicas que sellaban acuerdos y alianzas, y suponían beneficios familiares y dinásticos. Sin embargo, eso no quería decir que el amor no existiese, que los intereses personales de los jóvenes de cada época no aflorasen y que nadie se dejase llevar por las pasiones.

Las mujeres de la época debían ser recatadas, discretas, áureas, etéreas, apenas hablaban en público, no mostraban sus intereses y no daban sus opiniones. No iban solas a ninguna parte, mucho menos si había hombres, donde entraba en acción la figura de la carabina. Sin embargo, lo que se mostrase de puertas afuera no tenía por qué ser, ni mucho menos, lo que se sentía de puertas adentro.

El cortejo era un periodo muy importante —y delicado— en la vida de las jóvenes, ya que un paso en falso podía dañar seriamente su reputación hasta llegar a convertirlas en parias sociales. Toda precaución era poca.

Pero hecha la ley, hecha la trampa, y los amantes y pretendientes desarrollaron lenguajes secretos para dar rienda suelta a todo aquello que, de otro modo, no podían decir.

En la Edad Media encontramos el amor cortés, una utopía erótica donde se enfatiza la caballerosidad, la cortesía, el hombre galán y se idealiza a la mujer. En el siglo XIX, con el Romanticismo, entró en escena el erotismo de los leves e imperceptibles toques corporales.

En 1891 el periódico de Nueva Zelanda publicó las claves de este cortejo mediante símbolos y gestos, bajo el título de «Coqueteo con los ojos».

Incluso en los casos más rebeldes, los cortejos de entonces podrían parecernos hoy sosos y aburridos. Además de los pequeños gestos, lo habitual eran citas en las que los pretendientes se encontraban, siempre con supervisores, y hablaban de trivialidades.

Las misivas eran frecuentes en el siglo XIX, y lo que se decían en ellas era, cuando menos, peculiar; desde piropos muy castos, halagos, invitaciones de lo más inocentes e, incluso, peticiones de escolta para pasar unos breves instantes con la amada. A veces, incluso, con seductoras frases. Algunas eran públicas y se entregaban a las carabinas o las familias; otras, en cambio, tenían carácter privado e incluso estaban escritas con consignas. Así, no era extraño que cuando un hombre quería invitar a una dama a salir lo hiciese por medio de tarjetas de lo más ingeniosas denominadas tarjetas de invitación o de acompañamiento. Y es que, la mayoría de las veces, lo que pretendían era obtener permiso para escoltar

a esas damas hasta la puerta de su casa.

Claves para coquetear con los ojos

1. Guiñar el ojo derecho: Te quiero
2. Guiñar el ojo izquierdo: Te odio
3. Guiñar ambos ojos: Sí
4. Guiñar ambos ojos a la vez: Nos observan
5. Guiñar el ojo derecho dos veces: Estoy comprometido
6. Guiñar el ojo izquierdo dos veces: Estoy casado
7. Bajar los párpados: ¿Puedo besarte?
8. Levantar las cejas: Bésame
9. Cerrar el ojo izquierdo lentamente: Prueba y ámame
10. Cerrar el ojo derecho lentamente: Eres bonita
11. Colocar el índice derecho sobre el ojo derecho: ¿Me amas?
12. Colocar el índice derecho sobre el ojo izquierdo: Eres guapo
13. Colocar el meñique derecho sobre el ojo derecho: ¡No te da vergüenza!

Tarjeta de petición de cita

«Tengo muchos deseos en conocerla. Si lo desea, por favor devuelva esta tarjeta, anotando la hora y el lugar para la entrevista en el reverso.»

Tarjeta de acompañamiento

—
«¿Puedo verla en su hogar o tendré que sentarme
en la cerca de su hogar para verla pasar?»

Tarjeta de acompañamiento

—
«¿Puedo tener el placer de escucharla a su hogar
esta tarde? Si es así guarde esta tarjeta, sino
¿puedo sentarme en la cerca de su hogar para
verla pasar?»

En esta época también se puso de moda el regalar anillos a aquellas mujeres a las que se estaba cortejando —lo que hoy conocemos como anillos de prometida—. Cierto es que aunque aquí le estemos quitando hierro al asunto, la vida de las mujeres de la época —la de las que seguían todas las normas y reglas del juego social— era opresiva.

Entre finales del siglo XIX y principios del XX las mujeres emprendieron una lucha durísima, una carrera de fondo llena de obstáculos, que llevaría a la aparición de los movimientos feministas. Las mujeres comenzarían a reclamar no solo su liberación sexual y social, sino sus derechos como seres humanos y ciudadanas. Las mujeres irrumpirían con fuerza en el panorama político y social para reclamar su puesto y no abandonarlo jamás.

CUANDO LAS NOVIAS SE CASABAN DE NEGRO

En la actualidad es habitual que las novias se casen de blanco o de colores muy similares. No es obligatorio, pero sí es la norma. Sin embargo, y aunque parezca terriblemente normal y arraigado, lo cierto es que no hace tanto tiempo que se originó la moda. Concretamente en el siglo XIX.

En 1840 tenía lugar el enlace entre la reina Victoria del Reino Unido y su primo, el que sería rey consorte, Alberto de Sajonia-Coburgo-Gotha. Años antes, en 1816, su prima Carlota se había casado vestida de blanco, y Victoria decidió utilizar ese mismo color para la ocasión. Debido a los grandes avances de la fotografía y de las publicaciones impresas, las imágenes de los novios fueron vistas por todo el mundo y el vestido de su majestad la reina de Inglaterra sentó precedente —aunque no sería hasta el siglo XX cuando se instaurase

definitivamente la moda del blanco en el altar—.

Se ha especulado mucho sobre este tema, señalando que el blanco era el color de la pureza y la inocencia, y que venía a simbolizar la virginidad de la novia. Sin embargo, el color de la pureza siempre se había asociado más al azul. Sea como fuere, hasta la fecha las novias se podían casar del color que quisiesen, incluso de negro —aunque este era en primera instancia entonces el color del luto—.

En 1660 la infanta María Teresa de España iba vestida de negro el día de su boda con Luis XIV de Francia. Catalina la Grande de Rusia, por ejemplo, se casó con un vestido de color plateado —muy típico en el siglo XVIII—. El único color que quedaba vetado del pantone era el rojo, característico y asociado a las prostitutas. Tampoco había vestido especial para la ocasión. No había grandes diferencias en la alta sociedad, por ejemplo, entre un vestido de fiesta para alguna celebración o acontecimiento importante y uno de novia.

CUANDO LA DECLARACIÓN DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE Y DEL CIUDADANO SE OLVIDÓ DE LAS MUJERES

Durante el Antiguo Régimen, el periodo inmediatamente anterior a la Revolución francesa, la desigualdad en la sociedad fue la norma; los ricos eran muy ricos y los pobres muy pobres, y no solo en términos económicos, los de arriba tenían muchos privilegios y posibilidades y los de abajo ningunas. Reyes con poderes absolutos que nos recuerdan aquello de « todo para el pueblo, pero sin el pueblo». Y las desigualdades no se daban solo en el plano social o económico; la desigualdad también existía entre sexos. La mujer era, eminentemente, madre y esposa.

Con la llegada de la modernidad se produjeron revoluciones tan importantes como la francesa de 1789 o las liberales de principios del siglo XIX, que pedían cambios y avances en el plano social y político... —pero sin incluir a las mujeres—. Se buscaba la consecución de la igualdad jurídica, de las libertades y los derechos y, en gran medida, se consiguieron, pero las mujeres continuaron siendo blanco de la desigualdad y la subordinación a la figura masculina —padre, esposo, hermano— y se vieron inmersas en un mundo desigual ahora amparado por las leyes.

Y en medio de esta tempestad apareció Marie Gouze, escritora y filósofa francesa nacida en 1748 y ejecutada en la guillotina en 1793. Fue una de las primeras mujeres a las que podemos llamar feministas —aunque esa palabra entonces aún no existía— y abolicionistas; es decir, aquellas que pedían la anulación de las leyes, preceptos y costumbres que se consideraba que atentaban contra los principios éticos y morales, como las diferencias sociales entre clases, la esclavitud o, en el caso que nos ocupa, la discriminación del sexo femenino en

todos los ámbitos políticos y sociales.

Burguesa de nacimiento, se casó muy joven con un hombre que la hacía inmensamente infeliz y que, al ser bastante mayor que ella, la dejó viuda muy pronto con un hijo. Este hecho la marcó profundamente, negándose a casarse de nuevo y manifestando que el matrimonio era « la tumba de la confianza y del amor» .

A partir de entonces se dedicó a la literatura y a frecuentar salones parisinos debido a su condición burguesa. Empezó también a usar el pseudónimo de Olimpia de Gouges. Su carrera literaria fue tremendamente controvertida, a la vez que llamó la atención de dirigentes políticos partidarios del movimiento abolicionista, como el diputado girondino Brissot.

Olimpia sufrió una profunda decepción cuando en 1789 se publicó la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano y las mujeres, todas ellas, quedaban fuera. Ni corta ni perezosa, en 1791 publicó su más famosa obra, *Declaración de los Derechos de la Mujer y la Ciudadana*, un calco del original que incluía a las mujeres.

Durante la Revolución francesa se unió al partido girondino y criticó duramente la política de Robespierre y Marat, líderes de la Revolución. Por su adscripción política, por sus escritos y por sus ideas, Olimpia de Gouges fue detenida en 1793 y exigió ser juzgada para poder defenderse de todas las acusaciones que se hiciesen contra ella y evitar así el Tribunal revolucionario.

En noviembre de 1793 buena parte de sus colegas girondinos fueron ejecutados y ella fue llevada ante el Tribunal revolucionario. Se le negó un abogado y ella sola tuvo que defenderse, poniendo sobre la mesa la inteligencia que poseía y todo su ingenio, pero de poco le sirvió: el 3 de noviembre era guillotizada.

De Gouges pedía la igualdad entre sexos en absolutamente todos los aspectos de la vida pública y privada, pedía el derecho a voto de las mujeres y a hablar y participar en política; es más, pedía el acceso femenino a la política, pedía que las mujeres pudiesen acceder a trabajos públicos, a tener propiedades privadas, a entrar en el ejército si así lo deseaban, pedía que las mujeres fuesen educadas en igualdad a los hombres y también pedía para ellas poder eclesiástico. Quería el derecho al divorcio y el reconocimiento de los hijos tenidos fuera del matrimonio por sus padres mediante contratos firmados entre los concubinos. Para proteger a las madres solteras, viudas o desfavorecidas solicitó la creación de maternidades y de hogares para aquellas personas sin trabajo, sin techo o mendigos.

Pese a que muchas mujeres vieron en Olimpia una figura lejana, de una clase social muy superior a la suya que no se preocupaba por ella, lo cierto es que los desfavorecidos —económica y socialmente— siempre fueron la prioridad de sus discursos.

ÁNGEL DEL HOGAR VERSUS BREADWINNER

Pese a lo que supuso la Revolución francesa y las posteriores revoluciones liberales, en 1804 se promulgaba el Código Civil napoleónico, que negaba a las mujeres todos los derechos civiles y jurídicos que se recogían para los hombres.

Muchos códigos penales y civiles se inspiraron en ese, por ejemplo, los de España. Estas leyes subyugaban a las mujeres desde la legalidad y se estableció una dicotomía y una enorme separación entre las funciones y los roles del hombre y los de la mujer.

La mujer se convertía en lo que se llamó el ángel del hogar; de ella se destacaba el amor maternal, la ternura, la abnegación, la dedicación a los demás. Se consideraba una criatura doméstica, esposa y ama de casa, dedicada a la familia y al hogar, era garante de la moral y el honor, de la decencia y el recato, y su principal cometido y dedicación en la vida era el de ser madre, siendo primero esposa.

Las solteras estaban terriblemente mal vistas, porque se consideraba que no habían cumplido su principal y más importante función, la de la maternidad, porque lo de ser madre soltera aún estaba peor visto.

Quedarse para vestir santos

Expresión usada para definir a las solteras de avanzada edad. Teóricamente esta frase se originó en España, en tiempos en los que aquellas mujeres que no conseguían casarse se entregaban de lleno a los menesteres religiosos. De tal forma, se podía ver frecuentemente a muchas solteronas realizando tareas en una iglesia, por falta de trabajos hogareños. Una de las faenas más habituales era la de vestir las imágenes de los santos que adornaban las instalaciones de los templos; de ahí la relación entre esta tarea y la soltería.

Las mujeres no eran agentes sociales, no eran agentes ciudadanos, no debían trabajar por un salario fuera de casa y sus limitaciones eran abrumadoras; no tenían derechos políticos ni civiles, tenían restringido el acceso a la propiedad, a la herencia o a la educación. En el caso de tener un salario era el marido el que lo administraba y no podían comprar bienes que no fuesen los de primera necesidad para el hogar sin el permiso del esposo. No podían firmar contratos, ni iniciar pleitos, y en caso de verse involucradas en uno, el marido era siempre su representante legal.

El hombre pasaba a ser lo que se conoció como *breadwinner*, esto es, el que ganaba dinero y sustentaba a la familia. El hombre era el agente del ámbito público, el sujeto social y político, el ciudadano, y su moralidad y honor recaían en su mujer.

Todos estos discursos se basaban en la naturaleza biológica y antropológica de la mujer, a la que se consideraba inferior no solo físicamente, sino también intelectualmente. Era un sujeto que dependía toda la vida del hombre y su buen juicio; primero del padre, después del marido y, si enviudaba y no había padre, del hermano o algún hombre de la familia. La independencia era imposible.

CUANDO LAS MUJERES CONQUISTARON EL VOTO Y LA UNIVERSIDAD

No solo Olimpia de Gouges luchó por lo que creía justo. A partir del siglo XIX comenzó a germinar un movimiento que posteriormente se denominó feminismo y en cada país surgió de una forma y en un momento determinado. Muchas fueron las mujeres que alzaron sus voces contra la opresión y, con el tiempo, estas conquistaron dos territorios hasta entonces en manos de los hombres: la universidad y el voto.

Más tarde apareció Harriet Taylor Mill (1807-1856), quien no solo defendió los derechos de las mujeres, sino que —cosa muy poco habitual para la época— tuvo el mejor compañero de armas posible, su marido John Stuart Mill, pensador liberal británico que no solo apoyó a su esposa, sino que publicó con ella la obra *Sometimiento de la Mujer* en 1869. Ambos buscaban el derecho a voto de las mujeres y la eliminación de todas las diferencias legales entre sexos.

Otra de esas mujeres de armas tomar fue Emmeline Pankhurst (1858-1928), que en 1903 fundó la Unión Social y Política de las Mujeres. Pankhurst es considerada la inspiradora e instigadora de nuevos tipos de protesta como las manifestaciones o las huelgas de hambre. Su organización fue conocida por la confrontación física de sus miembros; rompían veranas y atacaban física y verbalmente a oficiales de policía.

Y si alguien llevó estos planteamientos revolucionarios hasta el extremo, esa fue Emily Davison (1872-1913). De condición muy humilde tuvo que trabajar muy duro para conseguir ser maestra. Las penurias por las que pasó hicieron que se volviese feminista y se afiliase en 1906 a la Unión Social y Política de las Mujeres.

El 4 de junio del año 1913 asistió al Derby de Epsom con el propósito de reclamar allí el voto para las mujeres. Se dice que pretendía colocar un cartel con una consigna sufragista en uno de los caballos y que, por un error de cálculo, terminó arrollada por el caballo del rey Jorge V, llamado Anmer y montado por Herbert Jones. Davison falleció unos días después en el hospital debido a las lesiones craneales e internas que había sufrido en el atropello. En 1928 falleció Emmeline Pankhurst, Herbert Jones asistió al funeral y colocó una ofrenda floral sobre sus tumbas para hacer honor a la memoria de la señora Pankhurst y la señorita Emily Davison. Todo un gesto viniendo de un hombre en aquel momento.

En España hubo que esperar hasta casi el siglo XX para que el feminismo y la lucha por la emancipación de la mujer hiciesen mella. En el siglo XIX el voto en España seguía estando al alcance solo de una minoría dentro de un sistema electoral corrupto basado en el bipartidismo tácito, el caciquismo y el pucherazo. Ante este panorama político, las mujeres españolas se centraron más en reivindicaciones de carácter social y en los derechos civiles. El sufragio era importante, claro, pero para muchas no era lo primero. Tal vez porque ni siquiera los hombres españoles tenían acceso a él de forma libre y democrática.

Mujeres como Emilia Pardo Bazán (1851-1921) alzaron su voz contra la desigualdad en la educación para las mujeres. Creía que el problema de que en España no hubiese calado aún el feminismo era la propia falta de educación de las mujeres. No se puede luchar contra lo que no se conoce.

Concepción Arenal (1820-1893) creía que aunque los roles principales de las mujeres eran los de madres y esposas, estas no debían ser en absoluto las únicas

experiencias en sus vidas, sino que se debían ampliar horizontes y posibilidades.

También podemos hablar de Carmen de Burgos (1879-1932), periodista que firmaba sus artículos como Colombina. Esta madre soltera defendió con uñas y dientes el derecho al divorcio y al voto de las mujeres. Escribió *La mujer moderna y sus derechos*.

Clara Campoamor (1888-1972) se licenció en derecho en la Universidad de Madrid y era miembro del Partido Radical, fue elegida diputada en 1931, durante la Segunda República española, cuando se le encomendó participar en la redacción del proyecto de una nueva Constitución. Había llegado su momento, incluir el derecho a voto de las mujeres en este proyecto, sin limitaciones, sin peros. Lo defendería fervientemente en los debates que se produjeron alrededor de este tema, especialmente contra su colega, Victoria Kent (1898-1987). Esta era miembro del Partido Radical Socialista y también fue diputada a partir de 1931, sin embargo Kent no estaba a favor de conceder el voto a las mujeres. Otra de las primeas mujeres en llegar a obtener el puesto de diputada, un poco después que Campoamor y Kent, fue Margarita Nelken (1898-1968), perteneciente al Partido Socialista.

Lo lógico es que hubiesen sido los hombres y los partidos más conservadores los que estuvieran en contra del voto femenino; sin embargo, fueron los partidos más liberares o de izquierdas y dos de las mujeres diputadas las que opusieron resistencia. Victoria Kent y Margarita Nelken rechazaron conceder el voto femenino porque creían que las mujeres aún no estaban preparadas para asumir el voto, ya que no estaban suficientemente formadas y, por ende, dependían aún del marido y de la Iglesia en sus decisiones, lo que supondría que sus votos fueran a parar a los partidos conservadores.

También se escuchaban argumentos de lo más chocantes, como que otorgar el voto a las mujeres supondría sembrar la discordia dentro de los matrimonios o que las mujeres no tenían la inteligencia suficiente, formadas y educadas o no. Y no solo los argumentos eran chocantes, sino que algunas de las propuestas que hubo fueron de lo más peculiares. Por ejemplo, se sugirió conceder el voto solo a las mujeres mayores de cuarenta y cinco años, que para la época era prácticamente ser una anciana. También se propuso otorgarles el voto de forma provisional y si se veía confirmado que votaban a los partidos conservadores, retirarles el voto.

Clara Campoamor, sin embargo, sí defendía la concesión del voto amparándose en los derechos del individuo y el trato igualitario entre sexos. Aunque las mujeres votasen «erróneamente» —según para quién, claro— debían tener la oportunidad de hacerlo, o todo o nada, y lo correcto era todo. Finalmente, se votó la propuesta y ganó la facción partidaria de conceder el voto femenino con ciento sesenta y un votos a favor frente a ciento veintiuno en contra. En 1932, las mujeres españolas votaron por primera vez.

¡Dato Curioso!

A finales del siglo XIX, el 70 por 100 de las mujeres españolas se encontraban en situación de analfabetismo. Esto resultaba escandaloso comparado con otros países europeos del momento.

El acceso, complicado y tortuoso, de la mujer española a la universidad se produjo en las últimas décadas del siglo XIX, sin embargo, antes de ese momento ya existieron algunas tentativas.

María Isidra de Guznán y de la Cerda es considerada la primera mujer universitaria. Vivió entre 1768 y 1803, y su figura ha quedado plasmada en las páginas de nuestra historia como *La doctora de Alcalá*. Se le concede este primer puesto más como un honor que como un hecho en sí, porque pisar la universidad, no la pisó, y a que tuvo una formación a domicilio poco usual para la época.

Habría que esperar al siglo siguiente para que una mujer pisase una universidad y estudiase en ella. Eso sí, disfrazada de hombre. Concepción Arenal, a quien conocemos por su carrera como escritora y su labor político-social, vivió entre los años 1820 y 1893.

Su familia se trasladó de Vigo a Madrid al perder a su padre y su hermana. En 1834 ingresó en un colegio para señoritas, pero a Concepción esta formación no parecía satisfacerle y quería más, por lo que en el año 1841 empezó sus clases en la Universidad Central de Madrid —nombre que recibía anteriormente la Universidad Complutense de Madrid—, como hemos dicho, vestida de hombre, y a que las mujeres seguían teniendo vetado el acceso a los estudios superiores. En 1848 terminó sus estudios, pero no obtuvo la licenciatura, y a que asistía como oyente y no tenían validez sus exámenes —si es que llegó a realizarlos—.

Para Arenal, la educación y la instrucción de las mujeres era algo necesario y fundamental, y a que estas no tenían otra carrera en la vida que el matrimonio. Creía que las mujeres podrían desempeñar ciertas carreras, pero descartaba rotundamente el acceso de la mujer a las carreras relacionadas con la política y el mundo militar.

Consiguió que el monarca Amadeo I de Saboya decretase una Real Orden en la década de 1870 por la que autorizaba y aprobaba el acceso de las mujeres a la carrera de Medicina. Eso sí, estudiando al principio desde casa. No será hasta 1910 cuando las mujeres puedan matricularse en igualdad de condiciones que los hombres en la universidad.

María Elena Maseras i Ribera fue una médico y maestra española,

procedente de una familia de médicos, que ostenta el título de ser la primera mujer matriculada en la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona en el curso lectivo 1872-1873 y, por ende, a efectos prácticos la primera mujer universitaria en España con todas las de la ley y reconocida, aunque durante sus primeros cursos tan solo podía estudiar desde casa y presentarse físicamente a los exámenes. Fue en el año 1875 cuando el catedrático Narcís Carbó le permitió asistir a las clases añadiendo un nuevo pupitre al lado del profesor.

OBTENCIÓN DEL DERECHO AL VOTO FEMENINO		
1906	Finlandia	1921 Suecia
1913	Noruega	1928 Reino Unido
1915	Dinamarca Islandia	1931 España
1918	Irlanda Austria	1944 Francia
1919	Alemania Luxemburgo Países Bajos	1945 Italia
1920	Canadá EEUU	

La última de las primeras universitarias españolas fue Dolors Aleu y Riera, especializada en ginecología y pediatría, ejerció la medicina y abrió una consulta en el número 10 de las Ramblas de Barcelona, consulta que regentó durante más de veinticinco años. Compaginó su consulta con las labores de profesora de *Higiene doméstica en la Academia para la Ilustración de la Mujer*, y con las de escritora de textos sobre maternidad y cuidado infantil en distintas revistas periódicas. Podríamos decir que debió de ser de las primeras columnistas de consejos.

UNAGUERRA MUNDIAL Y UNA CIVIL

CUANDO HITLER Y FRANCO SE CONOCIERON
Y NO SE CAYERON DEMASIADO BIEN

El 1 de septiembre del año 1939 estallaba la Segunda Guerra Mundial, un conflicto que duraría hasta el 2 de septiembre de 1945 y que enfrentaba a dos bandos oponentes; los ejércitos Aliados —compuestos por Francia, Polonia, Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte más la Commonwealth, Dinamarca, Noruega, Bélgica, Luxemburgo, Países Bajos, Reino de Grecia, Reino de Yugoslavia y la URSS— y los ejércitos de las Potencias del Eje —Alemania, el Reino de Italia y el Imperio de Japón—. Desde el inicio de la guerra Alemania presionó a España para que se posicionase del lado de las Potencias del Eje, por afinidades ideológicas y bajo el lema de que el verdadero enemigo eran el comunismo y la URSS. Sin embargo, la situación de España no era por aquel entonces la mejor y es que solo unos meses antes, el 1 de abril del 1939, se ponía punto y final a la Guerra Civil, dejando atrás un país sumido en la pobreza, la miseria y la ruina y daba comienzo así la dictadura de Francisco Franco.

Como es lógico, para enfrascarse en otro conflicto —esta vez a nivel mundial— Franco y sus asesores tenían algunos reparos y algunas peticiones; el dictador temía que entrar en la guerra provocase la reactivación guerrillera del bando republicano y que pudiese contar, de rebote, con el apoyo de las potencias Aliadas y sus peticiones no eran nada desdeñables.

En septiembre de 1940, Ramón Serrano Suñer viajaba a Berlín para ultimar el proceso de entrada de España en la Segunda Guerra Mundial. ¿El resultado? Nada esperanzador para ninguno de los dos bandos. Wilhelm Canaris, almirante de la Marina imperial alemana, calificaba la petición de España de oportunista y de no poder ofrecer nada a cambio porque, en primer lugar, la situación de España era deplorable y, en segundo lugar, España no pensaba entrar en guerra hasta que el Reino Unido estuviese fuera de juego.

Franco y sus asesores creían que España tenía mucho que ofrecer a Alemania, que incluso estaban a su altura, pero lo cierto es que Alemania no pensaba lo mismo ni por asomo. ¿Cuáles fueron las exigencias que le puso Franco a Hitler? La devolución de Gibraltar, la cesión del Marruecos francés más la parte de la Argelia francesa, la unión del Camerún francés a la colonia española de Guinea y ayuda económica militar, alimentos y petróleo —ochocientas mil toneladas de trigo, cien mil toneladas de algodón, seiscientos veinticinco mil toneladas de fertilizante y doscientas cincuenta mil toneladas de caucho—.

La visita de Suñer fue un fracaso, pero le valió para ser nombrado el 16 de octubre de 1940 ministro de Asuntos Exteriores y para preparar una entrevista

personal entre los líderes de los dos países. El 20 de octubre Heinrich Himmler viajaba a España para supervisar las medidas de seguridad para la visita de Hitler —y, de paso, se pasaba por Montserrat a ver si encontraba el Santo Grial—.

La reunión tenía lugar el día 23 de octubre de 1940 en la estación de trenes francesa de la localidad de Hendaya, entre España —representada por Franco y su ministro de Asuntos Exteriores, Ramón Serrano Suñer— y Alemania —representada por Adolf Hitler y su también ministro de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop—. El tren de Hitler, llamado Erika, llegaba a Hendaya procedente de París a las tres y veinte de la tarde. Por su parte, Franco llegaba desde San Sebastián y lo hacía con ocho minutos de retraso. Fueron presentados por el barón Eberhard von Stohrer, el embajador en España del régimen nazi. La entrevista tuvo lugar en el coche salón del tren y asistieron, además de Franco y Hitler, Von Ribbentrop, Ramón García Suñer y los intérpretes de cada parte, Gross y Álvarez de Estrada. La reunión terminó a las seis y cinco de la tarde, tal y como había comenzado, prácticamente sin acuerdo.

La larga lista de reclamaciones de Franco hizo que Hitler comentara posteriormente a Mussolini que antes de repetir la entrevista de nuevo, prefería que le sacaran tres o cuatro muelas. Parece que buenas migas, no hicieron.

Los resultados de esta entrevista fueron prácticamente nulos. Hitler y los alemanes, como hemos mencionado, veían desorbitadas las pretensiones de Franco —quien creía que se reunía de igual a igual como gran potencia, cosa que España no lo era en aquel momento— y las negociaciones no prosperaron.

Se firmó un tratado secreto tras la reunión en el que Franco se comprometía a entrar en la guerra en una fecha en la que estimase oportuna y por su parte Hitler garantizaba la cesión de algunos territorios en África, sin especificar. O lo que es lo mismo, aire y humo.

Finalmente, y excepto por la División Azul —enviada a luchar bajo mando alemán en julio de 1941— España no entró en la guerra; sin embargo, el territorio peninsular se convirtió en una base abierta para el abastecimiento y reposo de las fuerzas nazis y fascistas.

El 12 de febrero del año 1941 Franco se reunía esta vez con Benito Mussolini para tratar de que España entrase en el conflicto. No obstante, la reunión transcurrió por los mismos derroteros que la de Hendaya. Parece ser que Mussolini se sorprendió de la mediocridad y de la petulancia de Franco, y no presionó a este para que entrase en la guerra, pues tampoco tenía gran cosa que obtener a cambio.

ESOTERISMO NAZI

Pensar en nazis preocupados por la búsqueda de objetos sagrados en los territorios de la Moreneta puede antojarse digno de una película al más puro

estilo Indiana Jones con cierto toque ibérico. Sin embargo, la visita que Himmler —comandante en jefe de las temibles SS— realizó al monasterio de la comarca catalana del Bages y a otros lugares de la geografía española en su afán de encontrar los tesoros de la cristiandad y otras religiones, son ciertos.

Tenemos que irnos hasta la niñez de Adolf Hitler para hacernos una idea del origen de esta obsesión por la búsqueda de objetos sagrados. Hitler vivió una infancia rodeada de símbolos mágicos y religiosos, y pronto se sintió atraído por las antiguas leyendas alemanas que hicieron que en su cabeza revoloteasen historias de héroes de antaño y objetos de gran poder. Se hizo aficionado a las óperas de Richard Wagner, cuyo universo musical estaba totalmente relacionado a las antiguas leyendas nórdicas sobre el Santo Grial y la mitología escandinava y germánica. Fue, además, un ávido lector de textos filosóficos, históricos, políticos y de las publicaciones esotéricas más famosas del momento.

Se sabe que visitaba con frecuencia una vieja librería especializada en estos temas entre cuyos títulos podían encontrarse literatura antisemita, cartas y símbolos astrológicos y reproducciones de alquimistas en plena investigación. Ernst Pretzsche, el librero, estaba a su vez relacionado con grupos que llevaban a cabo prácticas de magia negra.

¿ Sabías que... ?

Ernst Pretzsche suministraba peyote a Hitler para que este pudiese obtener el don de la visión que tanto deseaba tener.

Hitler acabó tan absorbido por estos temas que llegó a considerarse el salvador de su patria y un elegido de los dioses. Todas estas ideas y experiencias llamaron la atención de sociedades secretas ocultistas que le instruyeron y ayudaron a crear un partido, el NSDAP —Partido Nazi—, en el que el componente esotérico se convirtió en una pieza fundamental del ideario nazi.

La primera de estas sociedades fue la Thule-Gesellschaft, de tintes antisemitas. Una sociedad compuesta tanto por personas de la burguesía como por trabajadores liberales que se entregaron a las tesis pangermánicas más extremas y daban por seguro la superioridad racial de los arios. Muchos de los que dirigieron el Tercer Reich —Alfred Rosenberg (filósofo del nazismo) y Rudolf Hess (número dos del régimen nazi)— estuvieron previamente entre las filas de adeptos de la logia Thule. Heinrich Himmler también, pero en un círculo

distinto al que perteneció Hitler, puesto que el Führer se encontraba en aquel círculo secreto de iniciados del Grial.

Himmler fue a su vez el más fanático creyente de las ciencias ocultas y se dice que siempre le acompañaron dos libros, el *Bhágavad-Gitá* —importante texto sagrado hinduista— y el *Parzival* de Eschenbach —poema épico medieval cuyo argumento gira en torno al rey Arturo, la mesa redonda y la búsqueda del Grial—.

¡Dato Curioso!

Otro de los departamentos se ocupaba del estudio del alfabeto rúnico que tanta importancia tuvo en la simbología nazi. Existieron departamentos encargados de leyendas, geografía sagrada o ciencias paranormales, entre otros. Los trabajos realizados por cada uno se clasificaban como asuntos secretos del Reich.

En 1935, el comandante de las SS presidió y dirigió otra de estas sociedades, la *Deutsches Ahnenerbe* o Sociedad de Estudios para la Historia Antigua del Espíritu —una sociedad para la investigación y la enseñanza sobre la herencia ancestral alemana—. Estaba dividida en diversos departamentos y uno de ellos era el de arqueología germánica, aquel que se encargó de las excéntricas expediciones en busca de reliquias sagradas.

Dentro de la *Ahnenerbe* existió un grupo formado por doce elegidos reunidos en el castillo medieval *Wewelsburg* de Westfalia. Un edificio donde juntar a los miembros más importantes del esoterismo nazi y destinado a ser el centro de la religión nazi en el que habitaba el propio Himmler y en donde había una biblioteca con unas doce mil obras de temática ocultista.

Este recinto debería ser el lugar donde ir colocando los objetos de culto y poder sagrado que fuesen encontrando en sus expediciones: el Santo Grial, el Arca de la Alianza, la Santa Lanza de Longinos, las calaveras de la Diosa de la Muerte, el Bastón de Mando de Wotan y la Piedra del Destino formaban parte del repertorio codiciado.

Los nazis dieron con algunas de ellas. Tomaron por válida una de las cuatro

lanzas que existían repartidas por el mundo. La leyenda decía que la lanza de Longinos daría la invencibilidad a quien la poseyese y la muerte a quien la perdiese. Curiosamente, en cuanto Hitler la tuvo en su poder, sus ejércitos comenzaron a conquistar Europa. En el mismo momento en que los Aliados se la arrebataron, Hitler se suicidaba de un tiro en el interior del búnker de Berlín.

Para la búsqueda de la copa de Cristo contaron con la ayuda de Otto Rhan, un especialista en filología e historia medieval que en 1931 empezó a investigar el tema cátaro y terminó realizando las investigaciones más serias sobre el Grial para las SS. Su investigación es la que condujo a Himmler a la basílica de Montserrat.

¿ Sabías que... ?

Bajo los muros del castillo se encontraba una cripta en la que alojaba la sala de los muertos. En el centro de la sala se erigía una pira para quemar los cuerpos de aquellos que fueron seleccionados como «elegidos», llamados monjes-guerrero, y albergar así sus cenizas en cada uno de los doce habitáculos preparados para ello.

En torno a 1200 existía en Languedoc —sudeste de Francia— una extraña corriente religiosa denominada catarismo. Estos, a pesar de formar parte de la Iglesia de Roma, no creían en la muerte de Jesús crucificado por los romanos y defendían que satanás era un ser benefactor para los hombres. El papa Inocencio III los declaró secta herética y en 1208 comenzaron su genocidio. Los últimos cátaros fueron sitiados en la fortaleza de Montségur, cerca de la frontera pirenaica y de Cataluña, pero en 1244, el ejército del papa consiguió quemarlos en una hoguera. Cuatro de aquellos cátaros consiguieron escapar de las llamas descolgándose de la escarpada cima de la montaña en la que se asienta Montségur y se cree que así pudieron salvaguardar el llamado «tesoro espiritual» que custodiaban, huyendo en dirección a Montserrat. Realmente nunca se ha sabido si lo que salvaron —si salvaron algo— era la copa sagrada o el evangelio de San Juan.

Himmler llegó a Barcelona el 23 de octubre de 1940, acompañado por oficiales de las SS y por el general Karl Wolf —jefe de Otto Rhan—. El padre

Ripol fue el encargado de darles la bienvenida a la basílica, pero lo único que les interesaba era el mundo que existía bajo Montserrat.

¡Dato Curioso!

Heinrich Himmler accedió a visitar el museo del monasterio. Entre las piezas, se paró ante los restos de un hombre íbero de gran tamaño y su ignorancia le hizo creer que se trataba de un guerrero nórdico. Cuando el padre Ripol le explicó su error, Himmler exclamó enfadado que entonces los íberos procedían del norte de Europa.

La montaña donde se asienta la basílica está llena de cuevas y simas, y situada sobre un lago subterráneo, lo que hacía creer a los nazis que el preciado objeto podría haber sido escondido por los cátaros en alguna de las cuevas que poblaban el lugar.

Los monjes se negaron a dejarle pasar y Himmler tuvo que volver con las manos vacías. Para más inri, a su llegada a Barcelona se alojó en el hotel Ritz y allí le robaron el maletín donde guardaba los planos de los conductos subterráneos de Montserrat. El servicio secreto inglés tenía entonces mucha presencia en la ciudad condal y, ayudados por uno de los camareros del hotel, consiguieron robarle los documentos.

Aun así, no se rindió. Ordenó a Otto Skorzeny, coronel de las SS, a buscar el Grial y este aplicó la lógica militar: volvió a Montségur y desde allí trazó en línea recta la que debió de haber sido la ruta de escapada de los cuatro cátaros. Algunos investigadores creen que tuvo éxito.

¿ Sabías que... ?

Una leyenda popular cuenta que los monjes quisieron que Himmler presentara sus respetos ante la Virgen de Montserrat. Este se negó a hacerlo. No quiso besar a la Moreneta por ser negra.

Montserrat no fue el único lugar de España que visitaron los nazis. Felipe II llegó a guardar más de siete mil reliquias traídas de Flandes, Alemania, Italia, Dinamarca y Portugal. Visitaron la judería de Toledo para seguir las pistas de la mesa de Salomón y en el Museo Arqueológico Nacional, lugar que Wilhem Canaris, jefe del servicio secreto nazi, visitó en un par de ocasiones para interesarse por algunas piezas concretas traídas de Egipto en 1871 en la fragata española *Arapiles*. Las piezas desaparecieron, curiosamente, pocos días después.

Incluso Franco se interesó por las reliquias. Sabiendo que podría usarlas como elementos de control, ordenó rastrear la Península para encontrarlas. De esta forma el arzobispo de Valencia pudo contarle al generalísimo otra de las tantas versiones que se refieren al Grial; aquella que asegura que se guarda en la catedral valenciana. Parece ser que habría llegado hasta allí tras haber pasado por el monasterio de San Juan de la Peña (Jaca, Aragón), que lo custodió durante las invasiones árabes y napoleónicas.

LA GENERACIÓN DEL 27 Y EL VANGUARDISMO

La Generación del 27 se conoció y se formó en la Residencia de Estudiantes. Esta se creó como una idea innovadora dentro de la Institución Libre de Enseñanza, dirigida por Francisco Giner de los Ríos. Se pretendía crear un ambiente intelectual complementario a las clases universitarias. Alcanzó tal fama que durante el periodo entre las guerras mundiales se convirtió en epicentro de reunión de grandes personalidades; el científico Albert Einstein, el músico Igor Stravinsky o el arquitecto Le Corbusier fueron algunos que visitaron y expusieron su saber en la Residencia.

Las mujeres del momento no se quedaron atrás, la diputada y pedagoga María de Maeztu fundó la Residencia de Señoritas, donde acudieron grandes personalidades a dar conferencias como la científica Marie Curie, la abogada y política Victoria Kent —que también fue alumna— o la escritora y nobel Gabriela Mistral, entre otras. Además, la Residencia contó con la colaboración del Instituto Internacional de Boston y con becas internacionales de intercambio, lo que supuso una revolución que no solo favoreció a la mujer en el mundo universitario, sino que también fue epicentro de reunión de personalidades de todo el mundo.

CUADRO POR ENCARGO

Si decimos que uno de los mejores artistas del siglo XX fue Pablo Diego José Francisco de Paula Juan Napomuceno María de los Remedios Cipriano de la Santísima Trinidad Mártir Patricio Clito Ruiz y Picasso, es probable no saber quién es hasta no llegar al final de semejante retahíla kilométrica.

Picasso fue el hijo varón de una familia acomodada. Nació en Málaga en 1881 y murió en Francia en 1973. Su padre fue profesor de dibujo y conservador del Museo de Bellas Artes de Málaga.

Se cuenta que Pablo Picasso fue dado por muerto al nacer y que en ese momento de incertidumbre solo a su tío se le ocurrió soplarle una bocanada de humo de su cigarro que lo resucitó.

Su primera obra la pintó a los ocho años tras acudir a una corrida de toros que, sin duda, debió dejarlo impresionado. La llamó *El picador amarillo*, y nunca se separó de ella. En La Coruña, donde vivió unos años con su familia, realizó su primera exposición, con trece años. En esta época el pequeño Pablo publicaba caricaturas y dibujos en revistas autoeditadas a mano.

Con dieciséis años se fue a vivir a Madrid para estudiar en la Academia San Fernando, pero la abandonó poco tiempo después de instalarse en la capital

porque la atmósfera intelectual con la que se encontró allí no le convencieron y a que era muy distinta al modernismo catalán.

¡Dato Curioso!

A Picasso le gustaba acudir al Museo del Prado para admirar la obra del Greco, que por entonces estaba muy de moda entre los artistas.

La vida sexual de Pablo Picasso fue muy activa. Con catorce años tuvo su primera relación en un burdel de Barcelona. Su primera conquista fue Fernande Olivier —modelo de varios artistas—. El pintor la terminó conquistando debido a su insistencia, y llegó a instalar en su estudio un altar dedicado a ella compuesto por la blusa que llevaba el día que se conocieron, un par de flores azules y un retrato de ella con una blusa que se había dejado olvidada en el estudio.

Picasso fue también un hombre muy posesivo, tanto, que a una de sus parejas la dejaba prácticamente secuestrada en casa por miedo a que le fuera infiel, cosa que acabó ocurriendo igualmente. Así es como apareció la segunda amante del pintor, Eva Gouel —cuyo verdadero nombre fue Marcelle Humbert—, quien murió prematuramente por cáncer, cuando Picasso estaba en pleno auge de su arte.

En 1917 conoció a la que sería su primera esposa, la ucraniana Olga Koklova, bailarina del *ballet* ruso con la que tuvo a su primer hijo, Paul. Olga era entonces una mujer de veinticinco años, bella, ambiciosa, tozuda y con aires de grandeza —aseguró a Picasso que era sobrina del mismísimo zar de Rusia—. Para cuando se conocieron, el pintor era ya famoso y rico. Se casaron un año después por lo civil y siguiendo el rito ortodoxo ruso. Sin embargo, el matrimonio no funcionó. Los problemas de convivencia hicieron que el artista huyese a París con tal de no seguir peleando con su esposa.

En 1927, paseando solo por la capital francesa, conoció a una joven de diecisiete años que se convertiría en uno de sus grandes amores, Marie Therese Walter. A pesar de la juventud de Marie Therese y de contar él con cuarenta y seis, mantuvieron unas prácticas sexuales clandestinas y de tintes sádico y masoquista.

Olga murió sin haber concedido el divorcio a Picasso. Y tras Marie Therese vinieron otras mujeres: Dora Maar, Françoise Gilot, Geneviève Laporte, y su segunda esposa, Jacqueline Roque, con la que se casó con setenta y nueve años.

Fue también un trabajador infatigable; llegó a reunir una colección de aproximadamente trece mil quinientas pinturas, cien mil impresiones, treinta y cuatro mil ilustraciones y trescientas esculturas. Aunque participó en muchos movimientos artísticos, fue precursor del cubismo junto a Juan Gris y Georges Braque.

Una de sus obras más famosas fue producto de la Guerra Civil. En pleno conflicto, Franco obtuvo ayuda de la Alemania nazi y la fascista Italia, quienes decidieron atacar por cuenta propia el pueblo vasco de Guernica, uno de los símbolos de los fueros vascos. Fueron numerosas las tropas que se retiraron al lugar para preparar la defensa de Bilbao contra el bando franquista y por ello, el 26 de abril de 1937 fue bombardeado por aviones de la Luftwaffe. Dejó cientos de muertos y la localidad totalmente destruida. El hecho provocó tal impacto en la época que Guernica se convirtió en un símbolo de los horrores de la guerra.

El director general de Bellas Artes, Josep Renau, durante el gobierno de la Segunda República, encargó a Pablo Picasso que pintara el famoso cuadro con la intención de mostrarlo en la Exposición Internacional de París de 1937 y así llamar la atención de los ciudadanos y favorecer la opinión sobre el bando republicano.

Tras exhibirse en gran cantidad de galerías de todo el mundo, el *Guernica* se compró en una subasta por un español. Sin embargo, Picasso prohibió que el cuadro volviera a España hasta que el dictador Franco dejase el poder y volviese la democracia al país. Se quedó custodiado en el Museo de Arte Moderno de Nueva York.

¿Sabías que...?

Picasso no encontraba la inspiración para pintar el *Guernica* y, ante la falta de tiempo y el trabajo acumulado que tenía, tomó la decisión de reutilizar una obra que guardaba en su taller en la que se representaba la muerte del torero Joselito. Por eso, en plana escena del bombardeo de la ciudad, aparece un toro.

Es mucha la simbología empleada en la obra. También aparecen algunas de

las conquistas amorosas del artista, en concreto, Dora Maar, con quien mantuvo una relación, a pesar de seguir casado con Olga y esperar un hijo de la joven Marie Therese.

¡Dato Curioso!

Cuando Picasso estaba realizando la obra, la Gestapo llamó a su puerta. Al ver lo que estaba haciendo, le preguntaron: «¿Lo ha hecho usted?». A lo que respondió: «No, lo han hecho ustedes».

DE LE CHAT NOIR A ELS QUATRE GATS

Els Quatre Gats era una especie de taberna, *cabaret*, restaurante y cervecería que servía como lugar de reunión y encuentro, así como buque insignia y espacio de referencia del movimiento modernista y bohemio catalán. Se ubicaba en la planta baja de la Casa Martí, un edificio neogótico de corte modernista proyectado por Josep Puig i Cadafalch en 1896 emplazado en la calle Montsió número 3 —aún existe— para una adinerada familia de la burguesía catalana del momento.

En el local se realizaban tertulias, reuniones y exposiciones de arte —aquí expuso por primera vez Picasso en 1900—, se organizaban veladas literarias y musicales, espectáculos de títeres y de sombras chinescas. Con este nombre se publicó también la revista *Quatre Gats*.

Fue regentado por Pere Romeu, un catalán que había estado en París y había trabajado en Le Chat Noir, y se inspiró, precisamente, en este local parisino, un *cabaret* de finales del siglo XIX.

El nombre Quatre Gats era un sinónimo de «cuatro gatos» en referencia a los «pocos» que eran los modernistas y los bohemios en aquel momento. Pere Romeu buscaba con ello un local con ambiente vanguardista y moderno.

Tras su estancia en Madrid, Picasso regresó a Barcelona en 1898 y comenzó a asistir a Els Quatre Gats. Allí entró en contacto con el modernismo catalán y con el pensamiento anarquista de Barcelona —muy influenciado por las miserias de la guerra de Cuba—. Todo ello imprimió y moldeó el carácter y la personalidad de Picasso y, en buena parte, de su obra. Obras como el *Guernica* no se podrían comprender sin conocer el carácter político de su autor.

En el año 1900 Picasso visitó París para asistir a la Exposición Universal de

ese mismo año, se instaló en casa del pintor Isidre Nonell, gran exponente del impresionismo a quien había conocido en Els Quatre Gats, y conoció al artista francés Toulouse-Lautrec. A partir de entonces, Picasso viviría a caballo entre París y Barcelona.

EL POETA ROJO

Federico del Sagrado Corazón de Jesús García Lorca —nacido en Fuente Vaqueros el 5 de junio de 1898 y asesinado en el camino de Vinar a Alfacar el 18 de agosto de 1936—, fue uno de los mayores exponentes de la poesía, la prosa y el teatro del siglo XX. Adscrito a la Generación del 27, era diestro en otras muchas artes y, de hecho, entre sus amigos de universidad era más conocido por músico que por escritor o poeta.

Lorca nació en una familia acomodada y un tanto atípica para la época. Su bisabuelo paterno, Antonio García Vargas, ya vivía en esa misma localidad y a diferencia de la mayoría de sus vecinos sabía leer y escribir, por lo que durante muchos años desempeñó el cargo de secretario en el ayuntamiento —cargo hereditario que también ejerció su abuelo paterno—. Su familia, además, tenía aptitud para la música. Este mismo bisabuelo cantaba y era buen guitarrista, y uno de sus hijos, tío abuelo de Lorca, fue un bandurrista profesional en el famoso café de Chinitas —llegó a tocar delante de la reina Isabel II—. El abuelo de Lorca tenía tanto cariño a este hermano suyo, bandurrista, llamado Federico, que puso su nombre a un hijo —futuro padre de nuestro protagonista— y así lo heredó el autor.

La holgura económica en la familia de Lorca venía de lejos. Isabel Rodríguez Mazuecos, su abuela, era hija de acomodados labradores de Fuente Vaqueros, y compartía el amor por los libros de su marido. El padre de Lorca, Federico García Rodríguez, poseía terrenos en la vega donde cultivaba remolacha y tabaco, y su madre, Vicenta Lorca Romero, maestra de escuela, terminó por inculcar a sus hijos la pasión por la literatura.

Con los antecedentes culturales de su familia no es extraño que el Lorca adolescente se interesase por la música. En otoño de 1914 se matriculó en la Universidad de Granada en las carreras de Filosofía y Letras y Derecho. Por esta época empezó a frecuentar las tertulias junto a otros jóvenes intelectuales — los periodistas Melchor Fernández Almagro, José Mora Guarnido y Constantino Ruiz Carnero, los futuros poetas o críticos José Fernández Montesinos, Miguel Pizarro y José Navarro Pardo, y los pintores Manuel Ángeles Ortiz, Ismael González de la Serna o Hermenegildo Sanz—, en El Rinconcillo del café Alameda.

A quien le debemos el nacimiento de Lorca como escritor es, sin duda, a Martín Domínguez Berrueta, profesor de Teoría de la literatura y las artes que

llevaba a su clase a distintos viajes por la geografía española: Baeza, Úbeda, Córdoba, Ronda, León, Burgos y Galicia. Fue en estos viajes donde Federico descubrió su vocación como escritor y fruto de ella surgió su primer libro en prosa *Impresiones y paisajes*, publicado en 1918 y que versaba sobre temas políticos e intereses estéticos.

En 1919, algunos de sus amigos de la tertulia se trasladaron a la Residencia de Estudiantes de Madrid y Lorca necesitó la ayuda de su profesor Fernando de los Ríos para convencer a sus padres de continuar sus estudios junto a ellos.

La Residencia de Estudiantes era entonces un hervidero de intelectuales, por lo que Federico se relacionó con los escritores y figuras más importantes de cada campo. Conocería entre otros a Luis Buñuel, Rafael Alberti o Salvador Dalí.

Para entonces, ya habría conocido —y de nuevo, gracias a Fernando de los Ríos— a Juan Ramón Jiménez, quien influiría en la visión de su obra poética y con quien llegaría a tener una estrecha amistad.

En mayo de 1921 conoció también a Manuel de Falla en Granada. La amistad que entablaron le llevó a emprender proyectos musicales, de cante jondo y títeres. En 1925 se fue con Dalí a Cadaqués (Girona) para pasar la Semana Santa, y el viaje marcó profundamente la vida y la obra de ambos.

A partir de estos años comenzaría la que para Lorca fue una de las crisis más hondas de su vida. El *Romancero gitano* se publicó en 1928 y aunque gozaba de éxito tanto por parte de la crítica como por la del público, Lorca temió entonces encasillarse como un autor costumbrista que defendía a los gitanos y ligado al folclore andaluz. También coincidió esta etapa con una ruptura con Emilio Aladrén, un escultor con quien mantuvo fuertes lazos afectivos. Por si fuera poco, recibió duras críticas de Dalí y Buñuel sobre su *Romancero*, lo que agravó su estado anímico.

En 1929, tras unos proyectos fallidos en forma de revista y de obra censurada —*Don Perlimplín con Belisa en su jardín*— por la dictadura de Primo de Rivera, Fernando de los Ríos apareció de nuevo al rescate del poeta. Le propuso un viaje a Nueva York, que el poeta calificaría como una de las experiencias más útiles de su vida. Fue aquí donde comenzó su *Poeta en Nueva York*, obra que se publicaría cuatro años después de su asesinato.

De Nueva York dio el salto a La Habana, ciudad cubana en la que exploró su música y cultura y en la que trabajó en nuevos proyectos y obras. Para cuando volvió a España nuestro país ya se encontraba en la Segunda República y pudo codirigir, junto a Eduardo Ugarte, La Barraca, un grupo de teatro universitario y ambulante creado con ayuda gubernamental. El proyecto formó parte de las misiones pedagógicas de Gines de los Ríos para acercar la cultura a zonas con poca actividad y escasos recursos.

Volvió a irse del país antes del inicio de la guerra, esta vez con destino a Buenos Aires, donde en 1933, la compañía de la actriz Lola Membrives estrenaba

Bodas de sangre. Cosechó bastante éxito y Lorca triunfó gracias a su trabajo, a una gira por Hispanoamérica y a algunas conferencias. Entabló nuevas amistades —Pablo Neruda y Juana de Ibarbourou entre otros— y de regreso a España en 1934, terminó obras como *Yerma*, *Doña Rosita la soltera*, *La casa de Bernarda Alba* y *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*. Siguió representando obras con su Barraca, organizó clubes de teatro y expuso en conferencias. Sin embargo, España vivía para entonces un clima insostenible de violencia que terminó desembocando en la Guerra Civil.

Lorca llegó junto a su familia el 14 de julio de 1936 y en menos de una semana, el día 20, el centro de Granada ya estaba bajo poder falangista. Aunque él nunca se había afiliado a facción política alguna, durante la República disfrutó de un puesto de funcionario. Incluso conoció a Primo de Rivera gracias a la afición de este último por la poesía.

Tuvo por ello que buscar refugio en casa de su amigo Luis Rosales, algo que no le sirvió de nada. El 16 de agosto de 1936, la Guardia Civil se lo llevaba, acusado de ser un espía de los rusos, de haber sido secretario de Fernando de los Ríos... y por homosexual.

Su última noche la pasó en Vímzar junto a otros dos detenidos —el maestro Dióscoro Galindo y dos banderilleros anarquistas— en una cárcel improvisada. Lo mataron el 18 de agosto a las cinco menos cuarto de la madrugada y dejaron su cuerpo en una fosa común anónima. Hoy siguen sin encontrarse sus restos.

UN CONTROVERTIDO CINEASTA

El 22 de febrero de 1900 nació en Teruel uno de los grandes genios del cine español: Luis Buñuel Portolés. Su vida está llena de giros y cambios: estudio ingeniería, acabó licenciándose en Filosofía y Letras, y terminó trabajando para el mundo del cine de todas las maneras posibles.

Fue uno de los estudiantes estrellas de la Residencia de Estudiantes, hecho que lo marcó profundamente desde el punto de vista personal y profesional; e incluso influyó en su forma de ver y vivir la vida, ya que se volvió muy naturista —llevaba una alimentación y una vestimenta muy particulares, e incluso se bañaba con agua helada—.

En la Residencia hizo grandes amistades que perdurarían toda su vida, como Salvador Dalí o Federico García Lorca, quien escribió el guion titulado *Viaje a la luna*, y que nunca llegó a rodarse. Será allí donde participará en la representación teatral de *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla, en Toledo. En este cine club de la Residencia también participaban, entre otros, Salvador Dalí, Federico García Lorca, Rafael Alberti, Pepín Bello y Juan Ramón Jiménez.

Con quien más relación tuvo fue con Lorca y con Dalí, y solían salir juntos

cuando estudiaban en Madrid. En una ocasión en que Salvador tenía que sacar unas entradas para el cine volvió media hora después diciendo:

—No entiendo nada. No sé cómo hay que hacerlo.

Y es que, según Buñuel, Dalí no tenía ningún sentido del dinero.

Por otra parte, las relaciones con las mujeres no eran muy buenas; siempre se trababa en la primera cita, como le pasó cuando fue a conocer a unas bailarinas jóvenes rusas y acabó discutiendo con ella sobre Rusia y su revolución. La bailarina fue tachada de «reaccionaria y asquerosa».

Pero no todo era estudiar en la vida de Luis Buñuel; también tenía un lado más travieso. En una ocasión intentó proyectar una película pornográfica en una sesión de cine infantil, y a veces cogía cubos de agua y los tiraba desde el balcón de su casa a desconocidos que pasaban por debajo —esto apareció en su última película *Ese oscuro objeto de deseo*—. Aunque lo que más le gustaba era disfrazarse de lo que no era, como cuando se disfrazaba de cura e iba a los peores bares para contemplar la reacción de la gente; también suplantó la identidad de un guía turístico del Museo del Prado y ofreció una visita guiada inventándoselo todo.

No buscaba premios, y una vez dijo que nada le disgustaría más que recibir un Oscar. Se tuvo que callar cuando en 1972 ganó uno a la mejor película extranjera por *El discreto encanto de la burguesía*.

El rodaje del documental *Las Hurdes* le salió gratis de casualidad. Un amigo anarquista, conocedor del proyecto de Luis, le dijo medio en broma que si le tocase el gordo de la lotería le pagaría la película. Al poco tiempo le tocó, y como buen cumplidor, no faltó a su promesa.

Luis Buñuel falleció en Ciudad de México el 29 de julio de 1983; viejo y sordo, solía leer una y otra vez el libro de Simone de Beauvier *La vejez*. Se dice que quiso poner su testamento a Nelson Rockefeller, el hombre más rico de la época. Un año antes, en 1982 publicó sus memorias tituladas *Mi último suspiro*.

UN ARTISTA DE BIGOTE ROCOCOCO

Salvador Felipe Jacinto Dalí i Domènech, primer marqués de Dalí de Púbol (1904-1989), uno de los más grandes pintores surrealistas, también estudió en la Residencia de Estudiantes. Parece ser que Lorca le tiraba los tejos y él se dejaba hacer. Muchas de las cartas que el escritor le mandó fueron destruidas por la que luego sería su mujer, Gala, por culpa de los celos.

¿Sabías que...?

Uno de los rasgos más característicos del pintor es su bigote. Se inspiró en dos personajes: Josep Margarit, un militar cuyo retrato se encontraba en la casa del padre, y Diego Velázquez, admirado por Dalí.

Sus padres tuvieron un hijo anterior al que también llamaron Salvador, pero murió con un año de edad, y estos creyeron y le dijeron que él era su reencarnación, cosa que Dalí siempre creyó.

Con su padre no se llevaba muy bien, y menos aún cuando después de fallecer su madre, este se volvió a casar. Terminó por ser expulsado de casa y desheredado. Dalí le dio un preservativo usado con su esperma y le dijo:

—Toma, y a no te debo nada.

Fue uno de los principales incitadores del surrealismo —«Yo soy el surrealismo», llegó a declarar—.

Su musa y gran amor fue Gala, a quien conquistó en la primera cita a pesar del desliz que tuvo al afeitarse las axilas y embadurnarse todo el cuerpo con su sangre, estiércol de cabra y aceite. La regaló un castillo, el de Púbol, donde Gala se retiraba a descansar, hacer reportajes para *Vogue* y recibir visitas.

La pareja tenía su casa de Portlligat, Cadaqués, en donde nada más entrar hay un oso disecado lleno de abalorios, y en el jardín una piscina con forma fálica rodeado de sofás-labios. Tenían también el teatro-museo de Figueres, de uso exclusivo para Salvador, y totalmente al estilo Dalí: la fachada está llena de fantasmas apoyados en muletas, y su ego era tal que pasaba horas mirando por un pequeño escondite las colas que hacían los turistas para entrar en su museo.

Como hemos comentado, Dalí no tenía mucho sentido del dinero, tanto es así que tenía un medio infalible para pagar en los restaurantes caros, y es que hacía un dibujo en sus cheques y lo firmaba. Sabía que el dueño del restaurante lo pondría en un marco a la vista de todo el mundo, ya que era un Dalí auténtico.

Sentía pasión por los coches, y solía decir que un artista era bueno cuando podía comprarse un coche, y un genio cuando podía tener un Cadillac. En el garaje de su teatro-museo está su coche —matriculado en Mónaco por cierto—.

Gala murió en 1982 y Dalí intentó suicidarse. Dijo que su intención era «entrar en un estado de animación suspendida, igual que hacen algunas bacterias». En el momento de su muerte, en 1989, estaba escuchando *Tristán e*

Isolda, de Richard Wagner, su melodía favorita. Fue enterrado en el museo de Figueres, mientras que Gala está en el castillo de Púbol, aunque con una tumba a su derecha para su marido. En su testamento legó al Estado español toda su obra.

CARRERO BLANCO

A partir de los años setenta, en España se produjo un periodo de apertura en la dictadura franquista y las fuerzas de la oposición comenzaron a moverse en la sombra. La transición hacia la democracia comenzó el 20 de noviembre de 1975, cuando Franco era enterrado en el Valle de los Caídos después de semanas de enfermedad. Aunque algunos lloraron su pérdida, lo cierto es que el champán y el cava se agotaron en los supermercados.

En sus últimos años de mandato el almirante Carrero Blanco cogió las riendas del gobierno y volvió a blindar la dictadura intentando restaurar un fascismo católico, guiado por López Rodó y otros miembros del Opus Dei. Este frenazo al aperturismo acabó con la destitución del mismo Fraga en 1969 debido a su incapacidad por acabar con la pornografía y el maoísmo.

Los partidos políticos afloraron bajo la forma de asociaciones y el terrorismo de ETA y del FRAP dio lugar a la creación de una ley antiterrorista. El fusilamiento de varios activistas políticos provocó la repulsa internacional y en España se convocó una manifestación en la plaza de Oriente para vitorear al cada vez más viejo caudillo. Durante el discurso, Franco se equivocó en pronunciar el nombre de España por tercera vez y gritó « ¡España! ». Televisión Española lo ocultó con otros ruidos de fondo.

Antes de morir, Franco dejó todos los asuntos bien atados y, como monárquico que era, puso en el poder al jefe del Estado que más le convino. Tendría que haber sido elegido rey don Juan, hijo de Alfonso XIII, un marino que no caía muy bien al dictador. Su sucesor, Juan Carlos I —a quien Carrillo auguró que terminaría siendo conocido como Juan Carlos I el Breve— juró ante el dictador su cargo en las Cortes por lo que no hizo falta un referéndum. Se casó con Sofía de Grecia, una princesa de la casa helena que estudió Arqueología, Bellas Artes e Historia en Salem.

Dos días después de la muerte de Franco se proclamaba rey a Juan Carlos I, aunque España se sintiese más republicana que monárquica como rezaba el periódico *Mundo Obrero* del 25 de noviembre: « ¡No al rey impuesto! ». Con la transición, el ideal republicano y de estado no confesional se fue al traste. El mismo Tierno Galván colocó un crucifijo sobre su mesa y presidió procesiones.

A la transición española siempre se la ha tratado de singular debido a que ocurrió desde arriba, es decir, fue el poder el origen del cambio y no una derrota militar ni legal.

El 20 de noviembre coincidieron dos momentos históricos: el entierro del dictador, al que acudieron personajes como Augusto Pinochet, Imelda Marcos, el

rey Hussein de Jordania y el vicepresidente norteamericano Nelson Rockefeller; y la coronación del rey, al que acudirán, entre otros, Felipe de Edimburgo, Giscard D'Estaing o el presidente alemán Walter Scheel.

Arias Navarro tuvo que dimitir al no poder cumplir su programa, y entonces empezó a despuntar un joven político ambicioso que había sido gobernador civil de Segovia y director general de Radio Televisión Española: Adolfo Suárez. Su designación no fue muy bien acogida, ya que la mayoría de los españoles le veían como un sólido franquista.

UN VERANO DE SEIS MESES

En el curso académico de 1973-1974 sucedió algo con lo que sueñan muchos estudiantes: un verano de seis meses. Con la reestructuración del gobierno de Carrero Blanco se nombró ministro de Educación y Ciencia a un tal Julio Rodríguez, de cuarenta y cinco años y gran experiencia como docente y rector. Parecía un buen fichaje.

Como ministro, se puso a trabajar en las reformas educativas y adoptó la idea de constituir el sistema educativo adecuando el año académico al año natural. Por ello, una vez terminado el curso ordinario de ese año, los estudiantes deberían esperar seis meses —hasta enero— para entrar en la universidad. Todo con el fin de conseguir una mejora en la calidad educativa, además de dar cabida —económica y financiera— a los más de cien mil estudiantes nuevos que entraban ese año en la universidad.

Sin embargo, no todo salió como se esperaba. En diciembre de 1973, el atentado contra Carrero Blanco produjo un desbarajuste en las medidas adoptadas. Se tuvo que reorganizar todo el gobierno y se destituyó a Julio Rodríguez por Cruz Martínez Esteruelas, quien volvió a establecer el calendario académico de toda la vida.

ADOLFO SUÁREZ, EL POLÍTICO «CHULETÓN»

Adolfo Suárez es una de las figuras claves de nuestra historia gracias a su gran labor en el proceso de transición del franquismo a la democracia. Durante sus cinco años de gobierno, de 1976 a 1981, estableció las bases de una democracia parlamentaria. Suárez era la imagen renovada que necesitaba la política española. Conquistó a hombres y mujeres por igual con su sonrisa electoral.

A Suárez se le conoció como « el chuletón de Ávila » por ser un desclasado dentro de la Moncloa y por su valentía.

Se licenció en Derecho y tuvo multitud de trabajos: maletero en la estación de tren, vendedor de electrodomésticos a puerta fría, mayordomo e incluso extra

de cine. Fue presidente de una asociación llamada De jóvenes a jóvenes, perteneciente a la Acción Católica de Ávila para la que, con motivo de la organización de un congreso, el joven Suárez empapeló todas las calles con carteles para arrancarlos esa misma noche con el fin de denunciarlo en el *Diario de Ávila* como víctima de un boicot, y así dar visibilidad a su asociación.

La culminación de la transición española llegó con la redacción de la Constitución, ratificada por referéndum en diciembre de 1978 y actualmente la más longeva de la historia de España —que no del mundo, que para eso está la Constitución de San Marino redactada en el año 1600—. Es, además, uno de los textos más extensos, con ciento sesenta y nueve artículos y que requiere ser completada con numerosas leyes, orgánicas y ordinarias.

La redacción de la Constitución fue supervisada gramaticalmente por el premio Nobel Camilo José Cela.

Julio 1936	Levantamiento contra la II República y comienzo de la Guerra Civil
Abril 1939	Fin de la Guerra Civil
1939-1975	Dictadura franquista
1969	Nombramiento de Juan Carlos I como sucesor
1973	Nombramiento de Carrero Blanco como Presidente del Gobierno
1975	Muerte de Franco
1976	Nombramiento de Adolfo Suárez por parte del rey como Presidente del Gobierno
1977-1981	Gobierno de UCD, el de Adolfo Suárez, que gana las elecciones.

LACAJA ¿TONTA?

La televisión ya existía antes de la transición. La primera retransmisión se produjo el 28 de octubre de 1956 a las seis y cuarto de la tarde con la carta de ajuste. Como eran tan pocos los receptores, se hacía una llamada telefónica o se mandaba un telegrama a las casas con el siguiente mensaje: « Oiga, vamos a empezar a emitir» .

Las emisiones regulares de la televisión en España consistían en la retransmisión de discursos o de la misa. Dichas emisiones se llevaban a cabo en un pequeño plató de unos cien metros cuadrados, en Madrid. La retransmisión del primer partido de fútbol, que fue entre el Real Madrid y el F. C. Barcelona en

febrero de 1959, fue un bum y las familias empezaron a comprar televisores para sus casas.

¿Sabías que...?

En 1938 el Tercer Reich presentó a Franco la llamada fonovisión, una tecnología de Telefunken que permitía enviar sonidos e imágenes a distancia. Es el origen de la televisión en España.

La televisión jugó un papel muy importante en el cambio de la sociedad española. Antes de los años setenta los valores de paz, orden y estabilidad eran los prioritarios, pero tras la muerte de Franco, libertad y democracia adelantaron a los anteriores. Televisión Española ayudó a vender los valores de la transición debido a que estaba sometida a los patrones del gobierno.

Aparte de los informativos, sin duda, el programa estrella de los años cincuenta era la trasmisión del tiempo. Mariano Medina es conocido por ser el primer hombre del tiempo —se le llamaba santa Teresa porque durante las retrasmisiones solo se veía su brazo y un puntero que iba señalando los mapas—.

En esa época aparece por primera vez Matías Prats padre, el primer gran locutor de Televisión Española. Era conocido por llevar gafas de sol en televisión debido a que sufría de ftofobia, o por haberse tragado una mosca en pleno directo.

Los programas de cante y baile que ponen en televisión en Nochevieja tienen su origen en las noches preelectorales. Se trató de una táctica electoral —de ahí la frase «la fiesta de la democracia»—, porque el 15 de junio de 1977 con las primeras elecciones democráticas tras la dictadura, y para amenizar la espera de los resultados, Televisión Española presentó el programa llamado *Esta noche fiesta*, en donde cantantes de la época como Julio Iglesias, Isabel Pantoja, Manolo Escobar o Karina amenizaban la noche y la espera.

Antes de la transición, la televisión era la forma de ocio de la sociedad por excelencia, y esto se acentuó con el auge, a partir de los setenta, de series con valor pedagógico —de los nuevos valores democráticos— con una gran repercusión social como *Curro Jiménez*, *Cañas y Barro*, *Fortunata y Jacinta*, *Los gozos y las sombras* y el entrañable *Verano azul*. *Curro Jiménez* era una de las grandes de la época. Trataba la historia de un bandolero andaluz del siglo XIX que existió realmente. El personaje real se llamaba Andrés López y fue un barquero de Cantillana que, por culpa de diferentes pleitos, se tuvo que echar al

monte.

A partir de los años sesenta la televisión era tan popular que se creó una segunda cadena: TVE 2, con una programación más cultural.

Entre los programas mejor valorados de 1976 estaban *Heidi* —en el primer puesto— y *La casa de la pradera* —en el cuarto—. Con los años, los programas familiares dieron paso a otros más cercanos a la verdadera sociedad. Entre los infantiles destacaron, sin duda, *La bola de cristal*, *Barrio Sésamo*, *Los mundos de Yipi* o *Un globo, dos globos, tres globos*.

Otro tipo de programa muy popular en nuestra televisión fue el de entretenimiento. *Un, dos, tres... responde otra vez* se lleva la palma. Estuvo diez temporadas desde 1972 y su creador fue Narciso Chicho Ibáñez Serrador. Chicho hacía que cada programa tuviera una temática distinta para lo que ambientaba el plató e invitaba a humoristas o actores.

¿ Sabías que... ?

Antes de «Un, dos, tres... responde otra vez», Chicho ya hizo otro concurso en Argentina llamado «Un, dos... Nescafé», cuyos concursantes iban en parejas y debían ir respondiendo a las diferentes preguntas.

Muchas anécdotas ocurrieron en las diez temporadas que existió. En el programa dedicado a los grandes exploradores —29 de octubre de 1982—, Narciso Ibáñez Serrador quiso contar con un elefante para que apareciera en pantalla. Para ello le llevaron dos ejemplares: una elefanta grande y su cría. Chicho prefirió trabajar con el más pequeño, así que dejaron atada a la madre en los exteriores del plató. La cría comenzó a bramar en mitad de la grabación y su madre consiguió zafarse de las cadenas que la sujetaban e irrumpió en el estudio tirando todo lo que se encontraba a su paso, para susto de los presentes.

ELDESTAPE. UNANACIÓN ALDESNUDO

El destape fue uno de los mayores fenómenos sociales de la época de la transición. Surgió tras la desaparición de la censura franquista y se caracterizó por la aparición de desnudos de mujeres —y en menor medida de hombres—. Durante la censura, todo lo relativo al sexo era perseguido con dureza, pero a

partir de los años sesenta esto se volvió más complicado a causa del auge del turismo. Los turistas venían con sus biquinis, aparecieron las salas X en Francia, la prostitución clandestina estaba en auge... y la Iglesia católica, alarmada, proclamó fervientemente la castidad y una represión sexual exacerbada.

¿ Sabías que... ?

Antes de la dictadura, en los años 20, en España se filmaban películas de alto contenido sexual, cuyo público pertenecía a la misma elite, como el rey Alfonso XIII, a quien le gustaban mucho este tipo de películas.

Durante el último año de vida de Franco la represión llevó a España a iniciar el destape. Un periodo que duró entre diez y quince años y que casi quedó relegado al cine de comedia cuyo principal objetivo era exhibir.

Una vez suprimida la censura, y en espera de una legislación para poder hacer cine porno, en 1977 el gobierno de Adolfo Suárez sacó la clasificación de cine S, un punto medio entre la comedia y el porno. Cuarenta años de represión desembocaron en pantallas llenas de colegialas, suecas, sexólogos, jóvenes viciosos, bragas transparentes, nalgas y muchas tetas.

La primera película considerada S fue *El amor del capitán Brando* (1974), donde se veía a la actriz Ana Belén desnuda ante el espejo. La película fue un éxito arrollador y estuvo un año en cartel. La actriz y cantante recuerda que la situación del rodaje no fue nada fácil.

No podemos olvidarnos de Rocío Dúrcal, que mostró su cuerpo a todos los españoles que la habían visto crecer ¡junto al de otra mujer! Fue en la película *Me siento extraña* en donde se rodaron escenas lésbicas junto a Bárbara Rey.

Una de las películas más taquilleras de España fue *La trastienda*, donde se mostraba por primera vez un desnudo integral, el de María José Cantudo. La trama de la película giraba en torno a un médico del Opus, su mujer y una enfermera. Recaudó ciento ochenta y seis millones de pesetas.

A partir de entonces lo que estaba prohibido comenzó a ser casi obligatorio, y los pechos de las actrices empezaron a ser muy comunes en las películas. En 1975 se descubrió Concha Velasco en *Yo soy fulana de tal*, a la que siguieron un sinfín de actrices: Charo López en *Manuela*, María Luisa San José en *La mujer es*

cosa de hombres, Ángela Molina en *Camada negra*.

El destape era un signo de rebeldía, y algunas actrices decían estar amenazadas por grupos ultraderechistas por sus interpretaciones ligeras de ropa. Otras decían que lo hacían por exigencias del guion.

Por su parte, en los desnudos masculinos predominaba el papel de «macho ibérico» y fanfarrón en el terreno sexual. Y el actor por excelencia de este tipo de películas fue Alfredo Landa —dio lugar al fenómeno conocido como «landismo»—. Protagonista de numerosas películas de los años setenta y ochenta, y ganador de numerosos premios nacionales. Fue, sin duda, el tipo con el pelo en pecho y conquistador nato de suecas exuberantes.

Películas picantes
No deseearás al vecino del quinto (1970)
Españolas en París (1971)
El chulo (1973)
Juego de amor prohibido (1975)
La trastienda (1975)
Tres suecas para tres Rodríguez (1975)
Adiós, Emmanuel (1977)
Me siento extraña (1977)
El fontanero, su mujer y otras cosas de meter (1981)
Agítese antes de usarla (1983)

El destape también llegó a los quioscos. Era imposible no mirar las portadas de numerosas revistas en donde se mostraban los encantos femeninos. Revistas como *Interviú* —la más conocida—, *Lib*, *Macho*, *Pen*, *Climaz* o *Bazaar* se convirtieron en fenómenos de masas, mostrando a la mujer como mero objeto y con un trasfondo comercial detrás. Estas revistas traían un aire fresco a la prensa nacional. Las mujeres que salían en ellas eran mayoritariamente actrices, porque así daban un buen impulso a sus carreras artísticas. De este modo, actrices como Nadiuska, Ágata Lys, Bárbara Rey o Marisol se desnudaron para los reportajes.

¿ Sabías que... ?

Marisol apareció «joven y desnuda» en la revista *Interviú* en septiembre de 1976 por 40 pesetas. Hoy, el original de la revista alcanza los millones en subastas de internet.

SACA EL GÜISKY CHELI PARA EL PERSONAL

La jerga de los ochenta surgió como una lengua propia a finales de los setenta. Se caracterizaba por hablarse en ambientes delictivos y se inspiraba en el argot de la droga y la lengua de los gitanos, el caló. El escritor Francisco Umbral publicó en 1983 su *Diccionario cheli*, donde recogía las expresiones de la época, de las que algunas de ellas han perdurado hasta la actualidad.

También existía un argot procedente del cine quinquí, un género cinematográfico que filmaba las aventuras y desventuras de los delincuentes y que tuvo mucho auge a finales de los setenta y principios de los ochenta. Películas como *Perros callejeros* o *Yó, el vaquilla* marcaron un antes y un después.

Diccionario ochentero

Baboso	Desmadrado	Garito	Antro
Bujara	Homosexual	Geta	Cara
Bulo	Mentira	Longuis	Inocente
Camello	Enamoramiento, seducción, engaño	Menda	Yo
Canguelo	Temor	Mogollón	Algo bueno o malo, agradable, aburrido, bellísimo, fácil
Chachipen	Verdad	Molar	Gustar
Chalao	Loco	Payoponi	Sudamericano
Chirle	Navaja	Piltra	Cama
Chola	Cabeza	Pinrel	Fie
Chungo	Malo	Pino	Diente
Currar	Trabajar	Sapos verdes	Guardias civiles
Demasié	Demasiado	Sobar	Dormir
Dabuten	Perfecto, genial	Tasca	Taberna
Fetén	Excelente	Trena/ Talego	Cárcel
Flipar	Alucinar, sorprenderse	Virujil	Frio

Diccionario ochentero (expresiones)	
Estás más acabado que la Piquer	NO ligar
Es un carro guay	Es un buen coche
Cómo está el patio	Vaya panorama
Tiene un careto mínimo	Es muy fea
Menudo pollo estás hecho	Ser un pícaro
No me interesa tu rollo	No me interesas, no quiero problemas
Mover el esqueleto	Bailar
Ser la monda lironda (o pera limonera)	Ser lo mejor
Dormir como un tronco	Dormir muy bien, de un tirón
Ir al curro	Ir a trabajar
Darse el piro	Marcharse
See you later, alligator	Hasta luego, cocodrilo (en referencia a una canción de los años cincuenta)

ESTRENAR LA DEMOCRACIA, LA MOVIDA

La Movida fue el último de estos movimientos del cambio en aparecer, ya con la democracia establecida. Pero llegó con fuerza y dejó una profunda huella, rompiendo con lo anteriormente establecido.

Aunque se la suele conocer como «madrileña», este es un gentilicio que se añadió *a posteriori*, y, si bien es cierto que en la capital tuvo una enorme importancia, la Movida fue un movimiento que surgió y se desarrolló simultáneamente en todo el país.

La Movida surgió del movimiento musical *punk*, aparecido en 1975 en Reino Unido y Estados Unidos para romper con el virtuosismo de la primera mitad de los setenta del rock progresivo y sinfónico con un estilo directo, sencillo y agresivo. Aunque realmente la Movida nació de la *new wave*, movimiento muy cercano al *punk* pero que evolucionó hacia sonidos electrónicos, sintetizadores, disco, mod, pop o *rock*.

Fue un movimiento joven, apolítico, que se libró de muchas de las restricciones del recientemente abandonado franquismo, reclamando el ocio y la vida nocturna. Sus integrantes tuvieron escauceos con las drogas, una actitud más abierta con el sexo y reclamaron más libertades.

El principio de la Movida se inició en el Rastro de Madrid hacia 1977, por jóvenes interesados en temas de cultura urbana con influencia extranjera en muchos de los casos, los cómics, la música en general, todo absolutamente

underground, alejada de los grandes medios.

Kaka de Luxe, pioneros del *punk* español, comenzaron como dibujantes de *fanzine* y decidieron formar el grupo para recaudar dinero. Se disolvieron en 1978 después de publicar un solo EP, pero del grupo salieron Alaska, Carlos Berlanga y Nacho Canut —que formaron Alaska y los Pegamoides—; el Zurdo, que creó Paraíso; o Enrique Sierra que se fue a Radio Futura. Entre estos primeros grupos también encontramos a Nacha Pop, Tos, Mamá o Aviador Dro y sus Obreros Especializados.

El año 1979 fue clave en la divulgación de la Movida, ya que se creó Radio 3 de RNE, especializada en pop y cultura juvenil, que vino a competir con Onda Dos, surgida unos años antes. Se empezaron a hacer también programas de música en Televisión Española con Paloma Chamorro. Fue este mismo el de las primeras elecciones generales. El partido de la UCD ganó, pero en Madrid triunfó el PSOE con Enrique Tierno Galván como alcalde, gran impulsor político del movimiento.

Tras estos hechos relevantes, no es casualidad que en febrero de 1980 se produjera el evento considerado el inicio de la Movida, el concierto homenaje a Canito, batería de Tos —futuros Los Secretos— en la Escuela de Caminos de Madrid, donde participaron la mayoría de los grupos mencionados y algún otro, y que fue retransmitido por Onda Dos y la segunda cadena de Televisión Española.

El otro gran escenario de la Movida fueron las salas de conciertos y los bares de copas, concepto intermedio entre un bar tradicional y una discoteca inaugurado en 1976 por El Pentagrama —el Penta—, en el barrio de Malasaña y mencionado en *La chica de ayer* de Nacha Pop. En 1979 abrieron la sala El Sol, la Vía Láctea y la sala Carolina en Tetuán —la Carol—, donde Leño grabó su disco *En Directo* en 1981. En ese año abrió en Avenida de América la sala Rock-Ola, que ascendería a templo mítico por la gente y grupos que pasaron por él. Allí se fraguaron amistades y proyectos, y coincidieron entre sus paredes todo tipo de tribus urbanas en una macedonia que bien define el espíritu heterogéneo de la Movida.

En estos años cumbre *La Luna de Madrid* se afianzó como la revista independiente más exitosa, llegando a vender treinta mil ejemplares mensuales y formando, junto al Rock-Ola y *La edad de oro* —programa de televisión dirigido por Palomo Chamorro— el triángulo de la Movida.

La popularidad de la Movida no fue solo aprovechada por la industria musical, también por la política. Por una parte, la joven España democrática necesitaba transmitir al exterior una imagen de modernidad, de normalización de la sociedad dentro del contexto avanzado europeo para ser atractivos a nuestros países vecinos y entrar a formar parte de la OTAN (1982) y de la Comunidad

Económica Europea (1986), puertas que durante el franquismo siempre estuvieron cerradas. Por otro lado, especialmente por parte del PSOE, acercarse a la Movida significaba acercarse a la juventud y a un potencial grupo de votantes. El que más tarde sería alcalde de Madrid del Partido Popular, Álvarez del Manzano, llega a afirmar que la Movida nunca existió, y que fue un invento socialista.

Marcar el final de la Movida resulta tan complicado como marcar el origen, sobre todo porque no se basó en un único hecho y su legado continuó intacto en años posteriores. Por eso hay que buscar la desaparición del movimiento en la desaparición de los elementos descritos anteriormente: en 1985 la sala Rock-Ola cerró tras la muerte de un joven en una pelea en sus puertas; *La edad de oro* fue cancelada tras una serie de polémicas debido de su carácter transgresor que le valieron la crítica de los partidos conservadores y la Conferencia Episcopal; y por último, la revista *La Luna de Madrid* entró en decadencia tras la marcha de su director Borja Casani.

LA MÚSICA, TERMÓMETRO DE CAMBIOS

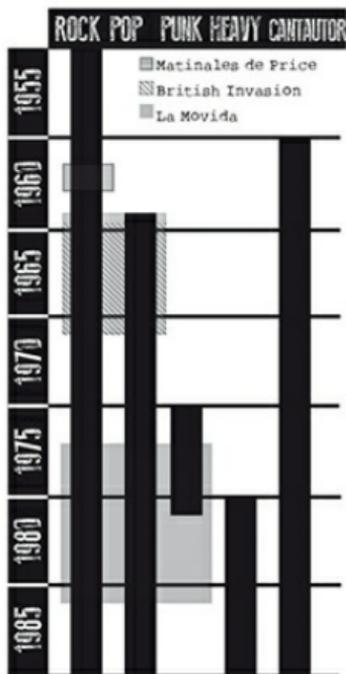
En la segunda mitad de los años cincuenta los primeros discos de Elvis Presley aparecían en las tiendas españolas, y el *rock* llegaba casi a la vez que al resto de los países. Casi a la vez porque en España todo debía pasar por el filtro censor del franquismo que implicaba cambios de portadas o la eliminación de canciones. Aunque lo cierto es que el régimen nunca tuvo una actitud expresamente censora con el *rock* como estilo, sino, más bien, con aquellos elementos concretos que consideraron contrarios a su moral. Tal vez el desconocimiento de un movimiento muy nuevo hizo que pasase bastante desapercibido como amenaza.

A finales de los cincuenta surgieron en España los primeros grupos, algunos medios especializados hablaban ya de *rock* y el estilo empezaba a calar entre la juventud. En estos primeros años los países de referencia eran Francia, Italia y Estados Unidos. Buena parte de la influencia empezó en los bares a los que acudían los soldados de las bases estadounidenses en la Península —Torrejón, Zaragoza, Sevilla, Rota o los puertos de Valencia y Barcelona—. Así que el estilo llegó y empezó a ganar popularidad, preparando el escenario para el triunfo de la *British Invasion*.

El naciente *rock* en España tuvo un percance con el régimen franquista a principios de los sesenta; en el Madrid de 1962 se inauguraban los Matinales de Price, conciertos quincenales las mañanas de los domingos. Fundados por el batería de Los Pekenikes, Pepe Nieto, y su hermano, el periodista Miguel Ángel Nieto, permitieron a grupos que hasta ahora solo podían tocar en sus barrios o

colegios mayores darse a conocer al gran público. Los Estudiantes o un desconocido Miguel Ríos pasaron por el escenario durante casi un año. En 1963, el diario *Pueblo* publicó unas fotos de jóvenes bailando *twist* en la calle e inició una campaña difamatoria presentando aquello como un templo del mal y del pecado. La autoridad competente clausuró el Teatro-Circo Price, pero tal y como han declarado sus protagonistas y el tiempo demostró, para entonces aquello ya era imparabile.

A principios de los sesenta en Estados Unidos y consecuentemente en España el *rock* perdió fuerzas y algunos afirmaron, por primera vez, que el *rock* había muerto. Por su parte, Reino Unido estaba gestando en esos años su propio estilo, lo que marcó el inicio de la conocida como *British Invasion*. La revista *Life* lo expresó así: «En 1776 Inglaterra perdió sus colonias americanas. La semana pasada The Beatles las recuperaron». Esta banda preparó el terreno para la «invasión» que fue inmediatamente seguida por The Rolling Stones, The Animals, The Dave Clark Five o The Who.



En 1965 The Beatles tocaron por primera y única vez en España. Primero lo hicieron en Las Ventas (Madrid), ante cinco mil personas teloneados por Los

Peknikes, y al día siguiente en La Monumental de Barcelona, ante un número algo mayor de público. El régimen estaba alerta de estos escandalosos flequillos y desplegó a « los grises » para controlar posibles disturbios e impedir la entrada a aquel que fuera sospechoso. Aunque los promotores tenían todo preparado con mucha antelación, el concierto no se autorizó hasta una semana antes de su fecha prevista, y se terminó permitiendo por el miedo a un conflicto diplomático con Inglaterra, ya que la reina Isabel II los acababa de nombrar Caballeros del Imperio británico. Y aunque las cifras de ventas de discos y la asistencia a los conciertos fueron ridículas comparadas con las que solían juntar los de Liverpool, resulta muy revelador que, a pesar de las dificultades para escuchar los discos, la represión policial, los episodios como los del Circo-Price y el precio de las entradas, en Madrid y Barcelona se juntase ese número de personas. A partir de estos conciertos y debido al revuelo que causaron, la repercusión del *rock* y del pop fue cada vez mayor.

La *British Invasion* desencadenó la conocida como primera edad de oro del *rock* español, o del pop, según a quién se pregunte. También se puede hablar de la era de los conjuntos. Gracias a que para poder actuar en directo era necesario inscribirse en el Sindicato Vertical del Estado como « artista de variedades y/o música moderna », sabemos que en 1965 había seis mil « conjuntos » inscritos como *rock 'n' roll*, a los que habría que sumar aquellos que nunca llegaron a inscribirse. Surgieron bandas como Los Brincos, Los Sírex —teloneros en Barcelona de The Beatles—, Lone Star o Los Cheyenes, que se unieron a las de los principios de la década como Los Peknikes, Mike Ríos o el Dúo Dinámico. Hicieron una música en la misma línea de la británica pero desarrollando un estilo propio y cantando casi siempre en español. También empezaron a surgir grupos en Barcelona interpretando sus temas en catalán.

El éxito era tan evidente que las discográficas españolas como Zafiro o Hispavox expandieron su negocio a los nuevos estilos y otras internacionales como EMI o RCA abrieron sucursales en España. Esto llevó a una segunda oleada de grupos que afianzó el movimiento y que comenzó a cantar en inglés con fines comerciales, cosechando algunos éxitos. Los Bravos fueron el primer grupo español en alcanzar posiciones altas en las listas europeas y norteamericanas con *Black is Black* en 1966, Miguel Ríos que —ya con su verdadero nombre—, publicó en 1969 una versión en inglés del *Himno de la Alegría* que vendió siete millones de copias y fue número uno en las listas de Europa occidental, Australia, Japón o Norteamérica.

Hemos visto que el *rock* tuvo dificultades con el régimen por motivos estéticos, por los bailes o por el hecho « peligroso » de que los jóvenes se juntasen, pero no fue este un movimiento antifranquista, sino sencillamente estuvo influenciado por tendencias extranjeras que, cada vez más, chocaban con

la moral cristiana y conservadora. Sin embargo, los cantautores sí que fueron diferentes, ya que, sin marcar una revolución tan grande en el panorama musical, sus letras, actitudes y pensamiento político eran «abiertamente» contrarios al régimen político del momento.

Los cantautores empezaron a cobrar fuerza en los sesenta cuando la sociedad, poco a poco, fue distanciándose del poder político establecido, mientras los movimientos clandestinos como los del PCE, el PSOE o los sindicatos ganaban más seguidores. Durante los primeros setenta los incidentes derivados de la represión se multiplicaron; enfrentamientos con la policía tras los conciertos, censura, detenciones e incluso exilios de algunos autores como, por ejemplo, Joan Manuel Serrat o Joaquín Sabina, refugiado político británico. Asistir a un concierto era toda una declaración de intenciones políticas y el aumento de estos incidentes era consecuencia directa de las cada vez mayores demandas democráticas de la sociedad.

Un forma habitual de esquivar la censura era cantar poemas de los autores de la Generación del 98, del 27 o posteriores, que tuvieran especial significado. Paco Ibáñez, desde el exilio en París, cantó a *A galopar* de Rafael Alberti, himno de las tropas republicanas durante la Guerra Civil. También publicó discos con poemas de Antonio Machado, Goytisolo, Miguel Hernández o Neruda, entre otros. Serrat interpretó canciones con textos de Miguel Hernández o Antonio Machado, y fue gran defensor de la lengua catalana durante la dictadura —en 1968 comenzó a cantar en castellano—. Lluís Llach fue otro activista político. Su canción *L'estaca* era considerada un verdadero himno.

Otros cantautores también cantaron a su tierra, como María del Mar Bonet, reconocida en Cataluña y Baleares por su labor de difusión de la cultura; Amancio Prada, del Bierzo, que cantaba temas en gallego y recitaba a Rosalía de Castro, o el aragonés José Antonio Labordeta, político, poeta y cantautor. También en vasco, Mikel Laboa o Benito Lertxundi que formaban parte del movimiento *Ez Dok Amairu* para la recuperación de la lengua y cultura vascas.

El fenómeno *hippie* de la segunda mitad de los sesenta dio lugar al *rock* psicodélico, al sinfónico y al progresivo, marcados por el virtuosismo y la experimentación de nuevas estructuras musicales. Aparecieron grupos como Deep Purple, Led Zeppelin, Pink Floyd, Yes, Genesis o Jethro Tull.

En España los grupos de la época dorada de los sesenta y los nuevos no supieron adaptarse y poco a poco fueron desapareciendo. Así, en la primera mitad de los setenta la industria y los medios se centraron en ídolos adolescentes encabezados por los Pecos, Miguel Bosé, o cantantes melódicos nacionales como Julio Iglesias y José Luis Perales.

También apareció con fuerza, aunque algo más tarde, la música disco, con gran influencia internacional. A pesar de la falta de éxito de los grupos de *rock* nacionales, los internacionales sí que tuvieron repercusión en esta década.

Vendieron miles de discos y en sus giras —especialmente a partir de la muerte de Franco— llenaron grandes recintos.

Nacido a finales de los sesenta, el *rock* andaluz tuvo un papel protagonista, y a que consiguió elaborar una identidad propia que triunfó a mediados de los setenta, aprovechando el elemento sinfónico y progresivo para incorporar elementos flamencos al *rock*. El grupo más importante, Triana, publicó su primer disco en 1975 y logró gran repercusión con su *rock* progresivo con letras cargadas de mensajes en favor de la libertad. Tuvieron también una repercusión importante y buenas ventas Alameda, Mezquita o Guadalquivir, así como Medina Azahara, y a final de década, que incorporaron un sonido más *heavy* y que siguen en activo en la actualidad.

En una línea diferente, menos progresiva y más clásica, Veneno fue el efímero grupo formado en 1975 por Kiko Veneno y los hermanos Rafael y Raimundo Amador.

También en otras partes de la Península surgieron bandas con influencia sinfónica o progresiva que rescataron al *rock* del letargo. El *rock* catalán cobró relevancia con grupos como Iceberg, Música Urbana o Companyia Elèctrica Dharma, influidos por el *jazz* e integrando, en lugar de elementos flamencos, toques tradicionales mediterráneos.

Mención aparte del progresivo merecen los madrileños Tequila con un *rock* más clásico y directo influido por The Rolling Stones.

Desde principios de los setenta se comenzó a gestar en los barrios de las grandes ciudades un estilo de *rock* diferente a los mencionados hasta ahora; era el urbano y el *hard rock*. Influidos por el *hard rock* extranjero y el naciente *heavy metal*, el denominador común de este estilo era el inconformismo de sus letras, la reivindicación social, la vida cotidiana en las ciudades, el desencanto con la sociedad establecida y con el poder dominante. Eran bandas con miembros muy jóvenes que se iban abriendo camino a base de conciertos, pero que pasaban años sin firmar contratos discográficos porque nadie apostaba por ellas. No fue hasta la creación de Chapa Discos de Vicente Mariskal Romero, periodista y productor musical, cuando este sello les permitió empezar a grabar a partir de 1978.

En 1972 nació Asfalto, pero tendrán que esperar a 1978 para lanzar su primer LP con Chapa Discos. Canciones como *Días de Escuela* reflejan ya el descontento con la dictadura en lo que es todo un documento histórico en forma de canción.

El *rock* urbano y el andaluz perdieron fuerza a partir de 1980; sin embargo, un nuevo estilo prácticamente desconocido en España hasta entonces surgió, el *heavy metal*. Este estilo canalizó a muchos de los fans y los medios de sus predecesores del *rock*, siendo prueba de ello que la discográfica Chapa Discos

también siguió esta estela publicando discos de los nuevos grupos.

El impulso inicial, una vez más, nos vino de fuera, especialmente de la « nueva ola » británica surgida estos años con grupos tan importantes como Iron Maiden.

En España el éxito tampoco fue escaso; paralelo a la Movida, fue el siguiente movimiento musical más importante en el país de estos años. De entre las primeras bandas más importantes tenemos a Barón Rojo, que debutaron en 1981 y que en 1982 ya vendían cientos de miles de copias de su segundo disco *Volumen brutal*, además de tantear el mercado internacional tanto con sus discos como de gira, lo que les valió el reconocimiento de la prensa especializada.